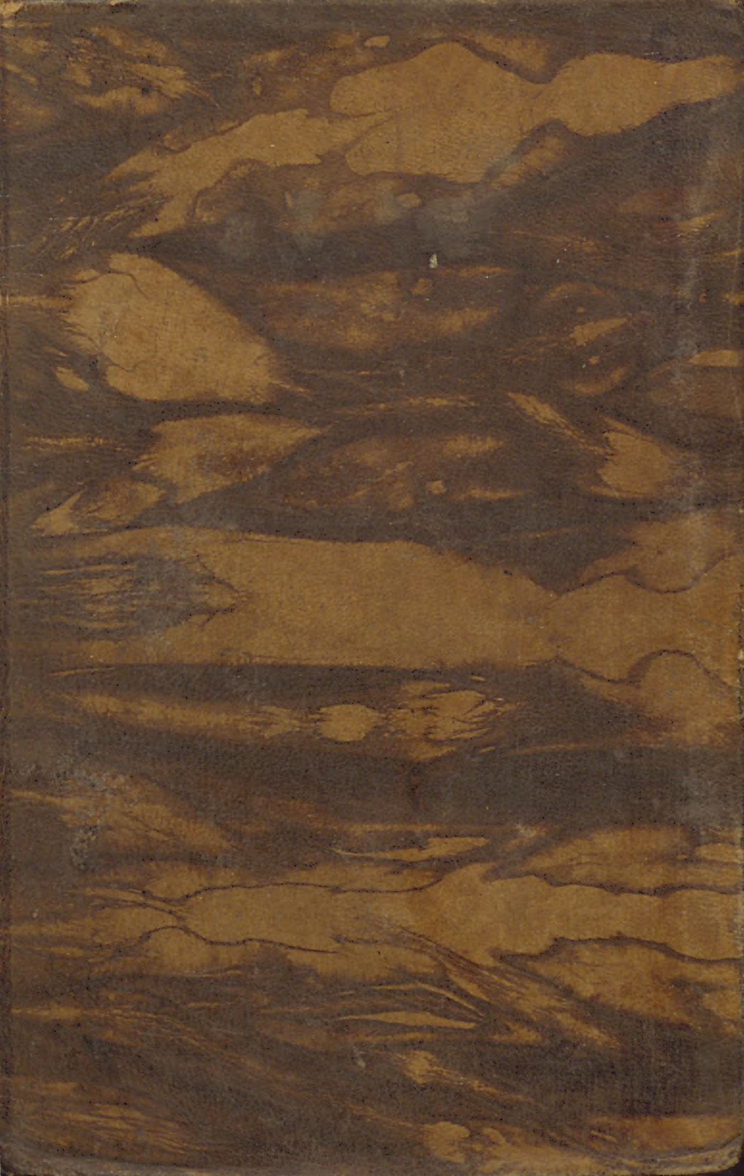






GALERIA FUNEBRE

DE ESPECTROS

Y SOMBRAS ENSANGRENTADAS.

TOMO III.



GALERIA FUNEBRE

DE HISTORIAS TRÁGICAS,

Espectros y Sombras ensangrentadas.

SU AUTOR

D. Agustin Perez Zaragoza Godinez

dedicala

Á LA AUGUSTA REAL PERSONA DE S. M.

DOÑA MARIA CRISTINA DE BORBON,

Reina de las Españas,

bajo la Real proteccion del REY N. S. (Q. D. G.)

TOMO III.

MADRID: Junio, 1831.
Imprenta de D. J. PALACIOS, *calle del Factor.*

HISTORIA TRÁGICA 6.ª

LA DUQUESA

DE

MALFI.





T. 3. *Malf.* P. 7.



Esposo mio Salva de estos asesinos á tu muger y á tus hijos.

Cuanto mas honor y autoridad tienen las personas de alto rango, mas notables y sensibles son sus faltas, y causan mayor escándalo; asi como la fortuna se echa mas de menos, y se hace dificil de soportar la desgracia al que ha sido feliz cuando llega á esperimentar contratiempos, desastres y adversidades. Dionisio el tirano tenia mas pena de verse despojado de su reino, que Milon desterrado de Roma, porque el uno era señor soberano, hijo de un rei, que no podia ser

juzgado por nadie; y el otro no era mas que un simple ciudadano, donde el pueblo era legislador y sus leyes respetadas. Por lo tanto, la caida de un árbol grande hace mas ruido que la de un arbolillo; asi como se ven mas desde lejos las torres y los palacios de los reyes, que las cabañas de los pastores. Esta es la razon por que los grandes señores deben vivir de tal suerte y con tal prudencia, que ninguno tenga ocasion de tomar mal ejemplo de sus conversaciones ni de su conducta; y esta modestia debe ser observada con mas escrupulosidad por las mugeres, si quieren ser verdaderamente grandes; pues la virtud, la humanidad, la castidad y la continencia las hace mas reco-

mendables en la sociedad; y respecto á que desean ser todas queridas y respetadas, es preciso que su conducta sea digna de tal amor y satisfaccion sin envilecerse de ninguna manera, ni hacer cosa alguna que pueda denigrar este mismo esplendor que recomienda á todo el mundo su reputacion. Mucho me temo que á pesar de tantos hechos heróicos y conquistas de la reina babiloniana Semíramis, tenga jamas tanta estimacion como su vicio ha tenido de vituperio, por aquellos historiadores que nos han dejado la memoria de los hechos antiguos. Digo esto, porque siendo la muger como la imágen de la dulzura, del pudor y de la amabilidad, al momento que abandona el cami-

no de su deber y de la modestia para mancillar ella misma su honor, se pone en el riesgo de sufrir muchos sentimientos é inquietudes, y causa la ruina de aquel que sería mui estimado y elogiado, si el atractivo de las mugeres no le escitase á caer en la demencia que comunmente produce el amor. No iremos á buscar los ejemplos de Sanson, Salomon y otros que se han dejado peinar tontamente de las mugeres, cometiendo por ellas grandes faltas é incurriendo en muchos peligros: yo me contentaré con referir una historia bien sensible, triste y horrorosa, pero moderna, del tiempo de Luis XII, que que por su bondad y amor á sus vasallos fue llamado el padre del

pueblo, y bajo cuyo reinado fue ganada á los españoles y napolitanos la memorable batalla de Ravena; y es como sigue.

Un caballero napolitano llamado don Antonio Bolonia, que habia sido uno de los gefes de palacio de Federico de Aragon, en otro tiempo Rei de Nápoles, y que por este medio recobró los bienes que tenia en su pais: este caballero, digo, sobre tener un físico interesante, era un militar valiente, de buena opinion entre los grandes, y á mas tenia una infinidad de gracias que le hacian amar y obsequiar de todos; pues particularmente para montar y adiestrar los caballos no habia otro que le igualase en toda la Italia: en punto á

música era otro asombro, porque acompañaba á su hermosa voz con el laud y tal gracia, que los mas melancólicos olvidaban sus penas oyéndole. En fin, se esmeró tanto en él naturaleza, que parecia haberle prodigado sus tesoros; pues hasta por el arte habia adquirido todo cuanto es de desear para ser un hombre feliz y acreedor á los mas distinguidos elogios: por ejemplo, el conocimiento de las bellas letras que tanto habia estudiado, pues se abochornaban en su presencia frecuentemente los que hacian de ello uso, estado ó profesion, admirándose de sus luces. Don Antonio de Bolonia pues habiendo dejado en Francia á Federico de Aragon, se marchó

á su casa para vivir tranquilo y librarse de la confusion, olvidando los cumplimientos y delicadeza de los palacios, para ser el administrador de sus mismas rentas, y vivir en la oscuridad de su rincon. Pero en vano fue tomar esta determinacion, siendo imposible evitar lo que la suerte tenia decretado; pues la desgracia parece persigue á muchas criaturas desde el vientre de sus madres; de manera, que aquel que mas justo y sabio parece, conducido por su destino vemos mui frecuentemente que se va, sin saber cómo, á precipitar en la muerte ó en su ruina. Asi sucedió á este caballero napolitano, pues desde el mismo momento que tuvo la prosperidad, empezó á sufrir

su decadencia; y por la misma casa que le habia elevado, se vió privado de estado y de vida: ved aqui de qué manera.

Ya hemos dicho que este don Antonio Bolonia habia sido gefe en el palacio del Rei de Nápoles, y con este motivo, siendo hombre de talento, buen cortesano, y de los conocimientos necesarios para saberse conducir en la corte, mereció el mas distinguido concepto y estimacion de la Duquesa de Malfi; y esta misma señora le propuso la sirviese en el propio empleo que habia tenido en palacio.

Esta Duquesa procedia de la noble casa de Aragon, y era hermana del Cardenal de Aragon, hombre poderoso, por cuyos motivos

estaba persuadida de no ser desairada, siendo Bolonia mui afecto á la casa aragonesa, como que en ella se habia criado desde su mas tierna edad; y haciéndole llamar un dia, le habló en estos términos: «Señor de Bolonia, pues que la desgracia de toda nuestra casa ha querido que vuestros príncipes hayan perdido sus estados y abandonado su dignidad, privándoos de unos amos tan buenos, sin recibir otra recompensa que los elogios que todos os tributan de haberlos servido con la mayor fidelidad, he resuelto ofreceros igual suerte en mi casa, para que me sirvais con el mismo destino y facultades que tuvisteis en el palacio del Rei vuestro amo. Conozco que esto será humi-

llaros demasiado; pero no ignorais quién soi y mi parentesco con quien tanto apreciais, y que si no soi Reina ni gran propietaria, tengo un corazon Real, y os haré ver por la misma esperiencia lo que soi capaz de hacer, y si los que me sirven salen de mi casa sin la justa recompensa de sus fatigas. La magnificencia y la generosidad pueden residir en los palacios de los pequeños príncipes, como en los mas opulentos de los grandes monarcas. Me parece haber leido que un cierto Ariabarzana, persa, mónstruo de ejemplos de galantería y grandeza, se presentó un dia con tanto lujo al grande Artajerjes, que el Rei se asombró de su magnificencia y se dió por vencido. Me-

ditad lo que os propongo, pues confio en que no os negaréis, tanto por ser justa mi súplica, cuanto por estar segura de que nuestra casa y familia ocupan un lugar distinguido en vuestro corazon, y no creo puedan borrarse de vuestra memoria.»

Al oir el caballero Bolonia una súplica tan cortés de la Duquesa, viéndose obligado por los aragoneses, y arrastrado por yo no sé qué instinto á su desgraciada grandeza, le respondió en estos términos: «Pluguiese á Dios, Señora, que con tanta razon y justicia pudiera negaros lo que me pedís, como derecho teneis para decirlo; y segun la obligacion que me imponen el nombre y memoria de los arago-

neses, os prometo ser obediente ahora y siempre á vuestros preceptos, y que mi vida estará pronta á ofrecerse en sacrificio para complaceros y serviros; pero no sé esplicaros lo que siente en este momento mi corazon, que contraría á mis deseos, pues se inclina mas á la soledad del retiro; y de consiguiente, me hallaria mas contento con disfrutar tranquilamente de lo poco que tengo, que con admitir de nuevo grandes cargos de las casas suntuosas de los príncipes; mas sin embargo, por no disgustaros, y que no creais pretendo eludirme del cargo que me ofreceis, despreciando vuestra corte; y en vista de que no puedo tener mayor honor que el de serviros,

me resuelvo, sin consultar al porvenir, á obedeceros aceptando humildemente el honor que me dispensais, mas bien por no ser ingrato, que por el deseo de verme en aquel estado en que ya me hallé: disponed de mi persona á vuestro placer, y ocupadme en lo que pueda complaceros y serviros.»

La Duquesa le dió gracias por su buena voluntad, y le encargó de todo el manejo de su casa, mandando que toda su servidumbre le tratase y respetase como á su misma persona, obedeciéndole como al representante del gefe de toda la familia. La Duquesa estaba viuda; pero era jóven y hermosa por escelencia, y tenia un niño de su

difunto marido, que era el heredero del ducado. Pensemos ahora si con tal belleza, y gozando de grandes conveniencias, seria fácil, aunque lo intentase, reprimir sus pasiones, hallándose en la juventud que las da pábulo contínuamente, y maxime sintiéndose estimulada de una inclinacion que la mortificaba en estremo por no poder significarse como un hombre para alivio de su pena. En tal situacion yo diria que era mejor tratase de un buen enlace, que correr el riesgo y la suerte de los amantes; pues á decir verdad, no es mui acertado tener á una jóven ya formada sin casarla, ni que una viuda tierna y robusta se conserve en el estado de viudez por mu-

cha confianza que tenga de su continencia. Los muchos ejemplos que nos suministra la esperiencia manifiestan que tarde ó temprano vencen casi siempre el interes ó el amor, y que es una gran locura forme el bello sexo propósitos entre tantos peligros como sin cesar le rodean, sin tener para resistirlos constantemente las fuerzas necesarias: no será sin embargo esta proposicion tan absoluta, que no tenga sus escepciones; pues vemos no faltan mugeres virtuosas en tal grado, que logran ser continentes en medio de los contínuos ataques de la seduccion. Pero siendo mui difíciles, y no menos arriesgadas semejantes pruebas, es preciso convengamos en

que basta un momento para pervertir á una muger que toda su vida haya cerrado sus oidos á las insinuaciones seductoras de tantos hombres rendidos á sus perfecciones.

No hai necesidad, pues, de recorrer las historias para convencernos de esta verdad; pues todos los dias tenemos á la vista los efectos de esta pasion dominante del género humano, y la conviccion de que no hai otro medio de reprimir los males que causa, sino la union conyugal.

Esta Duquesa pues, contínuamente triste y desvelada, se afligia de vivir sola, y se lamentaba en su soledad de verse sin la dulce compañía que tenia en

vida de su difunto marido: sufria sin cesar el cruel combate de las pasiones, y decia: ¿Es posible que despues de haber gustado cuanto vale la honesta obediencia que la esposa debe al marido, esperimente yo aun aquel deseo que altera las almas apasionadas de aquellos que se sujetan al amor? ¿Podré yo enamorarme y estraviar mis costumbres olvidando mi deber? Mas ¿qué deseo es este? Yo padezco; mi espíritu desfallece; tengo un no sé qué, y no sé á quién esplicarle. Soi mas loca que Narciso; no tengo sombra; no veo á quien pueda dirigir mi vista; no se me ofrece en la simple imaginacion la idea de un hombre en el mundo á quien confesar el tormento que padece

mi alma. Pigmaleon amó una estátua de mármol, y yo no tengo mas que un deseo, cuyo color es mas pálido que la misma muerte, pues que no hai con qué darle un solo punto de bermellon. Si yo descubro esta flaqueza á alguno, puede ser se burle de mí; y por hermosura y grandeza que yo tenga, se reirá de mis locas aprensiones. Por lo demas, pues que no hai enemigo ninguno en campaña, y que nada nos asalta mas que una simple sospecha, despreciemos ilusiones y borremos de la memoria semejantes desaciertos, tratando siempre de correspouder con mis acciones á la estirpe Real de donde procedo.

Asi es como esta viuda hermo-

sa y jóven princesa ocupaba la noche discurriendo sobre sus deseos y flaquezas; pero luego que vino el dia, y empezó á ver aquella multitud de caballeros napolitanos que andaban por la ciudad echando miradas tiernas y dirigiendo palabras espresivas á las damas, se desvanecia al momento todo cuanto habia pensado por la noche, como el fuego pasa por la estopa; y se proponia, á cualquier precio que fuese, no vivir mas tiempo de esta suerte, prometiéndose la conquista de algun amigo, buen mozo y discreto. Mas la dificultad estaba en no saber en quién fijar su amistad por temor del escándalo, y porque la era mui sospechosa la conducta galante de la mayor

parte de la juventud; en términos, que dejando á un lado todos aquellos petimetres que paseaban en caballos turcos y sardos perfectamente enjaezados la ciudad de Nápoles, se propuso dar la preferencia á otra clase de hombres, antes que á la loca juventud. De esta suerte su desgracia empezaba ya á tramar el hilo que sofocó la respiracion de su vida desgraciada.

Ya te acordarás, lector mio, de haberte dicho que el caballero Bolonia era uno de los mas perfectos napolitanos en hermosura, proporcion, gallardía, discrecion y política, habiendo pocos en aquel tiempo que pudiesen compararse con él. Tenia una dulzura natural tan seductora, que todos los que

le frecuentaban no podian menos de tomarle aficion. ¿Qué incentivo no era este para la Duquesa? Ella buscaba un hombre á quien hacer participante de su fortuna; ¿y cómo resistirse á este impulso, teniendo en su propia casa á uno que consideraba adornado de todas las cualidades que su corazon podia exigir en un esposo? La Duquesa pues se apasionó ciegamente del caballero Bolonia con tal estremo, que delante de todos estaba siempre alabando sus perfecciones, y dejaba conocer la inquietud de su espíritu cuando no le tenia en su presencia. El caballero Bolonia, que no era tonto ni atolondrado, y que por esperiencia sabia ya cuan grande es la fuerza de esta pasion, co-

noció bien pronto la inclinacion de la Duquesa, y que sin ficcion estaba ardiendo en la pira de amor; y aunque viese la desigualdad y diferencia que mediaba entre los dos, sin embargo resolvió seguir su fortuna, y tomar posesion, si podia, de un corazon que tan tiernamente le apreciaba, bien convencido de que el amor no respeta gerarquías, y que ni el potentado, ni el valiente guerrero, ni la mayor dignidad del estado estan libres del imperio de sus flechas, pues para él son todas las criaturas iguales, y todas se rinden á sus halagos. Sin embargo, volviendo en sí, decia muchas veces: ¿No es una locura la que yo pretendo, en perjuicio y con peligro de mi honor y

de mi vida? ¿Es posible que un hombre de honor se rinda á los ataques de la sensualidad, y que la razon ceda á la parte que participa con los brutos y demas animales privados de ella, sometiendo el alma á las debilidades del cuerpo? No, no, es preciso que el hombre virtuoso haga brillar los puros sentimientos que le marca la razon: esta debe ser su freno para que los deleites no le hagan olvidar su deber, y privarle de la tranquilidad de su conciencia. La reputacion de un hombre honrado no consiste solo en que sus pensamientos sean rectos, sino en la discrecion necesaria á la buena direccion de sus acciones, para que venciéndose á sí mismo, se abra la puerta á una

gloria que le haga digno de la posteridad. El amor es la tentacion general de las criaturas : yo lo confieso; pero es preciso que esta pasion se dirija á un fin virtuoso, cual es el del matrimonio, porque de lo contrario esta imágen del bien vendria á parar en villanía cifrada solo en el brutal placer. Mas ¡ah! decia entre sí, ¡qué facil es disputar solo y á sangre fria, estando ausente del objeto que puede rendir los corazones mas duros, y que parecen invencibles! Yo veo mui bien la verdad, y conozco el bien que debo seguir; pero cuando miro á esta hermosura, sus gracias, su delicadeza y sus atractivos; y últimamente, cuando me dirige sus miradas, cuando me habla con una pre-

dileccion tan cariñosa, olvidando su grandeza para abatirse hasta el estremo de dar importancia á mi pequeñez, ¿cómo es posible pueda yo vencerme y ser indiferente á un bien tan raro y precioso, despreciando una deidad que ansian merecer los mas grandes personages, y á la que todos respetan y reverencian? ¿Estaré yo tan falto de entendimiento para permitir que esta hermosa y jóven princesa, viéndose por mí despreciada, convierta el amor en lágrimas, y que despues amando á otro, ocasione mi ruina? ¿Quién es el que ignora hasta qué grado lleva su furia una muger, y particularmente de esta clase, viéndose despreciada? No, no, ella me ama, yo seré su escla-

vo, y resuelvo abrir mis brazos á la fortuna que se me presenta. ¿Seré yo el primer particular que se ha casado, ó amado á una princesa? ¿No tendré yo un honor mas alto en consagrar mis pensamientos y albedrio á una muger de lustre tan elevado, que no en envilecer mi corazon obsequiando á una simple mugercilla, con la que nunca podria lograr ningunos adelantamientos? Baudovin de Flandes no hizo una accion mas laudable cuando robó una joven hermosa, hija de la Casa Real de Francia, en el mar, conduciéndola á Inglaterra para esposa de aquel rei. Yo no soi raptor, ni sobornador, ni seductor; ella me ama, y ningun daño hago á otro en corresponderla. ¿No es

libre? ¿Tiene que dar cuenta á otro que á Dios y á su propia conciencia de sus acciones? Pues yo la amaré, la profesaré un amor recíproco por la amistad que me dispensa, seguro de que lo que hace es con buen fin, y que una señora de su talento no ha de pensar cometer una falta que perjudicase á su honor.

El caballero Bolonía, despues de hacer todas estas reflexiones con tal decision, formó su plan para asegurar el corazon de la Duquesa, á pesar de tenerla ya tan aprisionada, y tomó sus precauciones contra toda desgracia ú ocurrencia peligrosa que le pudiese sobrevenir. Por otra parte la Duquesa tenia no menos cuidado de su

amante, cuya voluntad ignoraba aun, haciéndola mas daño esto, y atormentándola mas que el fuego de amor que tanto la abrasaba. No sabia qué camino tomar para descubrirle su corazon y su cariño: temia descubrirse, dudando al mismo tiempo si la daria alguna respuesta sensible, ó si se ausentaria, cuando su presencia la era mas grata que la de todos los hombres del mundo. ¡Ai de mí!!! decia ella. ¿Es posible que yo me vea reducida á la miseria de tener que solicitar con mi propia lengua á el que debe prestarme humildemente sus servicios? ¿Una muger de mi sangre ha de verse precisada á suplicar, cuando otras de baja estirpe son solicitadas por las impor-

tunas instancias de sus amantes? ¡Ah amor, amor! sea quien fuere el que te concedió tal poder, me atrevo á decir que era el enemigo cruel de la libertad de los humanos. Es imposible te haya dado el ser el cielo, vista la clemencia que ejerce con nosotros; ni tampoco la naturaleza que ama tanto á sus criaturas, para tratarlas con tal rigor. Miente el que dice ser Venus tu madre; pues nunca esta diosa se complace en emponzoñar á los amantes con penas tan amargas, como la que aflige á mi corazon. Habrá sido algun fiero pensamiento de Saturno el que te produjo y te envió al mundo para interrumpir la quietud de los que viven tranquilos y felices sin pasiones.... Mas

perdóname, amor, si me quejo de tus rigores: la confusion y el abismo en que me tienes sumergida, me hacen delirar y perder la razon, privándome entre tantas dudas y sollozos hasta del uso de mi pensamiento. La poca esperiencia en tu escuela causa en mí este atolondramiento, solicitada de un deseo tan vehemente que contraría, no solo mi deber, sino mi honor y la reputacion de mi grandeza. Sin embargo, el que yo amo es un caballero, hombre virtuoso, valiente y sabio, y no deberá reputarse por una ceguedad temeraria esta pasion, por desigualdad que haya en nuestras casas. ¿De dónde han salido los monarcas, los príncipes y los grandes personages, sino de

la masa natural y comun al resto de los hombres? ¿Qué es lo que hace esta diferencia para unir á los que se aman, sino la opinion que hemos concebido de grandeza y de preeminencias? ¡Cosa ridícula por cierto! Como si las inclinaciones naturales tuviesen semejanza con lo que ha prescrito la fantasía de los hombres en sus rigorosas leyes! ¿Y por qué ha de ser mayor el derecho que tienen los príncipes para enlazarse con una simple señora, que el que puede tener y tiene por la naturaleza una princesa para unirse á un caballero particular, tal como don Antonio Bolonia, á quien el cielo y la naturaleza han prodigado sus favores para igualarle con los que mar-

chan entre los mas grandes? ¿He de ser yo por fuerza un voto de reata, para seguir la opinion de que las criaturas todas deben siempre ser esclavas de la loca y cruel fantasía de esos tiranos, que dicen tener dominio sobre nosotras, y que sujetando nuestra voluntad á su capricho, hemos de vivir eternamente con la cadena como un pobre presidiario? No, no: Bolonia será mi marido, porque he resuelto no tomar por amigo sino al que me sea leal y legítimo esposo. No quiero ofender á Dios ni á los hombres, sino vivir sin remordimientos de conciencia, y obrar siempre sin perjudicar á mi honor ni á mi alma. Uniéndome al que tan ciegamente amo, lograré afianzar mi

pasion, y ser amada con igual ternura y firmeza. De esta manera quedarán ligadas por la vida nuestras voluntades y nuestros corazones, y producirán frutos dignos de tan legítima como dulce union. Diga lo que quiera el vulgo murmurador, y aseste en buen hora sus tiros la maledicencia, pues nunca haré mas que lo que me aconsejasen el honor, mi conciencia y la razon. A nadie pues tengo que dar cuenta de mis operaciones. Soi libre y dueña absoluta de mi voluntad y eleccion. El santo nudo del matrimonio cubrirá lo que los hombres miran como una falta; y renunciando á mi condicion, á nadie ofenderé mas que á la grandeza que me hace respetar mas de los hombres.

Toda esta opulencia es nada cuando el espíritu no está contento, y el cuerpo y el alma sin descanso ni alegria. Asi es como la Duquesa forma su plan y labra su destino, decretando casarse con su criado, y esperando la ocasion oportuna de comunicárselo ; y aunque una vergüenza natural que acompaña siempre á las damas, la cerrase la boca, y la hiciese diferir por algun tiempo el efecto de esta deliberacion, al fin, vencida por el amor y por una cruel impaciencia, tomó valor; y desechando el temor que hasta allí la habia inspirado la vergüenza, se decidió á declararse para abrir cuanto antes el camino á su felicidad. Al intento llamó un dia al señor Bolo-

nia á su cuarto, como de ordinario lo hacia para tratar sobre los asuntos de la casa, y retirándole á una ventana que caía al jardin, no sabia cómo empezar su arenga, pues la faltaba la palabra en fuerza de su turbacion; de manera, que estuvo largo tiempo sin poder articular una sola. Bolonia, conociendo su sorpresa, se vió mas cortado aun de admiracion al ver la alteracion de su señora; en términos, que ambos parecian estátuas mirándose el uno al otro, hasta que la Duquesa, ó mas atrevida, ó movida por el impulso de su vehemente pasion, tomó por la mano á Bolonia, y disimulando su pensamiento, le habló con corta diferencia en estos términos:

«Si me fuese preciso, señor de Bolonia, revelar á otro que á vos el secreto que voi á confiaros, no sabria qué lenguage usar para dar fuerza á mis espresiones; pero segura de vuestra discrecion y talento, y habiendo cumplido el arte lo que la naturaleza empezó á obrar en vos, como nacido y criado en la Corte Real de Alfonso II, de Fernando y Federico de Aragon, mis primos, no tendré escrúpulo ninguno en manifestaros el secreto mas oculto de mi corazon, segura de que cuando hubiereis oido y meditado mis razones, os conformareis con mi opinion, advirtiéndoos que si vuestro sentir no fuese conforme con el mio, me obligareis á creer que no sois un

hombre racional y entendido. Ya sabeis, pues, que me hallo viuda por la muerte del Duque mi señor y mi esposo, de feliz memoria; tampoco ignorais que he vivido y me he gobernado de tal suerte en mi viudez, que no hai hombre, por severo que sea en su juicio, que pueda vituperar mi conducta en punto á la honestidad y reputacion de una señora como yo, habiéndome conducido con tanto honor que de nada me acusa la conciencia. En cuanto al manejo de los bienes del Duque mi hijo, he tenido tal orden y delicadeza, que á mas de las deudas que he pagado despues de la muerte de mi esposo, he adquirido unas bellas posesiones en la Calabria, y las he agregado al duca-

do, sin embargo de no ser ya deudora de un maravedí á los infinitos acreedores que dejó el difunto Duque, mi marido, por los préstamos que tomó para poder seguir á los Reyes nuestros Soberanos en las guerras pasadas sobre el estado del reino de Nápoles.

Por estos medios me parece haber cerrado las bocas á la maledicencia, y dado motivo á mi hijo para estarme obligado toda su vida. Asi, pues, habiendo vivido hasta aqui para los otros, y sujetándome mas que me permitia mi natural, he deliberado cambiar de vida y condicion. Hasta aqui he corrido y afanado por sostener los palacios del ducado y de Nápoles, pensando permanecer viuda; pero

han variado las circunstancias, y necesito de vuestro consejo. He trabajado ya bastante, y estado largo tiempo sola. Estoi resuelta á elegir un marido que me honre y estime, correspondiendo al cariño que yo le tendré; porque amar á un hombre no siendo marido, ó no habiéndolo de ser, no lo pensará jamas mi corazon, y preferiré antes sufrir mil muertes, que resolverme á entregar mi corazon al que no sea su dueño. Asi, pues, para que mi honor nunca padezca, y no encontrándome ya con las fuerzas necesarias para vivir siempre viuda, triste y sola, siendo aun joven, prefiero renunciar á mi clase, dando mi mano á un particular honrado que sea mi buen compa-

ñero, á ser la amiga de un Rei. ¿Podrá un Monarca lavar la mancha de una muger que se abandona hasta este estremo, si el deber y la honestidad no lo permiten? Mesalina con su manto imperial no pudo encubrir sus faltas, para librarse de que los historiadores la difamasen con el título de muger pública. La muger de aquel sabio Monarca Marco Aurelio no pudo lograr el sobrenombre de casta, por haber faltado á la fidelidad debida á su marido y al respeto de su reputacion. En cuanto á casarme con uno que me sea igual, es imposible, porque en este pais no hai hombre de mi clase, no siendo de corta edad, habiendo ya fallecido los demas en estos últimos lances. El enlace con

un niño es una locura, porque los inconvenientes que ocurren todos los dias, y los malos tratamientos que las mugeres reciben, cuando ya los maridos no pueden disimular su frialdad, son causa de muchos disgustos, y que llevados de la pasion juvenil, se inclinen á pasar el tiempo en otra parte. Estas son las razones en que fundo mi resolucion, y concluyo sin mas digresion diciéndoos, que quiero dar mi corazon á un caballero particular de una clase y reputacion conocidas, que tenga mas virtud que riquezas, para hacerle mi dueño; y seré mas contenta de elegir un hombre de bien con pocas rentas, alabado y estimado de todos por sus prendas, que entregarme á uno

rico de mal caracter y detestado de todo el mundo. Este es el punto en que estriba todo el secreto, y sobre esto quisiera me dieseis consejo y me dijeseis francamente vuestro parecer. Yo sé que se ofenderian algunos de este modo de pensar, si me oyesen; y que mis parientes, particularmente mis hermanos, se opondrian á este pensamiento, y formarian el mas bajo concepto de mí; por lo tanto quiero que este asunto permanezca en el secreto hasta que sin peligro mio ni del que pienso elegir, pueda yo publicarlo, y manifestar no solo mi amor, sino mi enlace, que espero en Dios será realizado mui pronto con el que amo mas que á mi misma, y que creo corres-

ponda con su cariño á tan singular prediileccion.»

El caballero Bolonia, que hasta aqui habia escuchado sin movimiento á la Duquesa, viéndose tan de cerca provocado, y conociendo que su ama estaba resuelta á casarse, se quedó admirado sin poder pronunciar una sola palabra. Se forjaba mil quimeras en su imaginacion; pero no pudiendo figurarse ser él á quien la Duquesa habia dedicado su inclinacion, sufria interiormente una pena inconcebible. Tampoco podia creer que aquel placer y seguridad de ser querida fuese relativo á él; porque nunca le habia dicho una palabra, ni él se habia aventurado á declararla su cariño: no dudaba que le habia

amado con estremo; pero conociendo la volubilidad de las mugeres, decia en sí mismo que habria cambiado de inclinacion habiéndole visto tan frio y silencioso, á pesar de sus miradas tiernas y espresivas, y de la distincion particular y familiaridad con que le habia dado á entender su pasion. La astuta Duquesa le ve inquieto y reflexivo, inmóvil y pálido como el criminal á quien se intima la sentencia de muerte, y conoce al momento por esta continencia y sobresalto, que es amada de corazon; y no queriéndole tener por mas tiempo suspenso, ni afligirle con el disimulo y el fingido enlace con otro, le toma la mano, y mirándole con ternura, le habla de esta suerte: «Caballero Bo-

lonia, tomad aliento y no hagais mérito de lo que he dicho. Hace mucho tiempo que conozco la buena y fiel amistad que me tributais, y el cariño con que me habeis servido desde que estais en mi compañía: no penseis que se me oculta fácilmente el sentimiento interior del corazon humano; y de aqui es que las congeturas me proporcionan mui frecuentemente el verdadero conocimiento de lo que se quiere tener secreto; ni sois tampoco tan tonto, que os crea menos avisado, para que hayais dejado de conocer que os apreciaba de diferente modo que á otros. Asi, pues (le dijo, apretándole la mano trémula, y con un semblante tan encendido como el carmin), os juro y os pro-

meto que ningun otro que vos, si quereis, será mi marido, y que el amor, oculto por tanto tiempo en nuestros corazones, brillará tanto, que solo la muerte podrá desvanecerle.»

Al oir Bolonia unas palabras tan inesperadas con la seguridad tan tierna que tanto ansiaba, aunque veia el peligro inminente que le amenazaba casándose con esta gran señora, y los enemigos que se grangeaba haciendo tan desigual alianza, fundado en una vana esperanza, y creyendo que con el tiempo se desvaneceria la cólera que renaceria en los pechos de los aragoneses si llegaban á traslucir esta union, se resolvió á seguir la suerte y no perder la ocasion que

la fortuna le ofrecia con tanta liberalidad; y respondió á la Duquesa de esta suerte:

«Si me fuera tan fácil, Señora, efectuar lo que me inspira el deseo de serviros, y demostraros mi reconocimiento á los beneficios que me prodigais, como hallar palabras para daros gracias de tanta dicha y honor, me consideraria el hombre mas feliz de la tierra, y vos seriais la princesa mejor servida del mundo. Si hasta hoi he diferido declarar lo que ahora os descubro, os suplico lo atribuyais á vuestra grandeza y al deber de mi estado y destino en vuestro palacio; mas la pena que he sufrido en callar y ocultar mi tormento, ha sido mas sensible á mi corazon, que

cien mil pesares juntos, maxime no pudiendo descubrirla á nadie. No dudo, Señora, que hace tiempo habreis podido conocer mi locura y presuncion; pues me atreví á levantar tanto mis vuelos, que he deseado mezclarme con la sangre de Aragon, arrastrado por mi temeraria inclinacion á una princesa como vos. ¿Quién puede engañar los ojos de una dama enamorada, particularmente de la que no tiene semejante en talento y discrecion? Tambien yo os confiesó haber conocido que vuestro tierno y noble corazon abrigaba cierta aficion particular, que me distinguia entre todos los demas criados de la casa: mas en medio de esto, y conociendo la distancia enorme

que nos separa, se aumentaba mi afliccion; pues la sola esperanza que por lo grande debia mirar como una quimera, no bastaba á dar la fuerza suficiente al sufrimiento y constancia de mi triste corazon. Y pues que hoi debo á vuestra ternura y generosidad una dicha tan inesperada, os suplico dispongais de mí, no como marido, sino como de un esclavo, que es y será, interin respire, vuestro humilde criado, mas pronto á obedeceros que vos á mandarle. Resta, pues, Señora, el pensar cómo nos hemos de conducir, para que estando seguros, vivais sin peligros y sin que las lenguas mordaces tengan ocasion de calumniar vuestra buena reputacion.»

Hé aqui el primer acto de la tragedia, y los aparatos del suceso que los condujo á los dos al sepulcro: juráronse los dos amantes mútuamente la fe del contrato, señalando la hora para el dia siguiente; y habiendo esta llegado, se halló la Duquesa sola en su cuarto, sin mas compañía que una doncella jóven que habia sido criada y educada con ella desde la cuna, la cual entró al momento en el secreto de este enlace, que tuvo efecto en su presencia, luego que se dieron palabra de presente. Pero la pena fue mas grande que el placer, y hubiera sido mejor para el uno y para el otro que se hubiesen mostrado tan prudentes en el hecho con el testigo que tu-

vieron, como discretos en callar lo que habian ejecutado; porque aunque ellos se manejaron con la mayor discrecion en sus satisfacciones amorosas, y que Bolonia hiciese siempre de dia el papel de criado, al fin fue preciso viesen lo que ellos no querian se supiese con evidencia; porque no es de presumir vivan dos esposos juntos amándose tiernamente, sin que se deje ver algun fruto. La Duquesa despues de haber logrado tantas satisfacciones, siendo una muger jóven, sana, robusta y no estéril, vino por último á quedar en cinta, llenando este accidente á los dos esposos de consternacion; pero se manejaron de tal modo, que nadie pudo traslucirlo. El niño, primer

fruto de aquel amor conyugal, fue criado en una aldea, y quiso su padre se llamase Federico, en memoria de los padres de su esposa: mas como la fortuna está siempre en acecho armando lazos por cansarse de proteger mucho tiempo á los humanos, envidiosa ya de tal prosperidad, preparó otro nuevo compromiso á nuestros amantes que tuvieron precision de cambiar de sistema; pues habiéndose hecho otra vez embarazada la Duquesa, y dado á luz una niña, no pudo guardarse como antes el secreto en términos que dejase de susurrarse, no solo en Nápoles sino mucho mas lejos; pues como la fama tiene muchas bocas, hace llegar el ruido de sus lenguas y de sus

trompetas hasta las regiones mas remotas de la tierra; así es que bien pronto esta charlatana hizo correr la noticia de este segundo embarazo, hasta que llegó á oidos de los aragoneses hermanos de la Duquesa, que estaban en Roma. Considera, lector discreto, el disgusto que causaria esta novedad á los aragoneses: solo me atreveré á decirte que aunque se irritaron y fue grande el escándalo que ocasionó esta novedad y la mala opinion que tendria ya la Duquesa por toda la Italia, era mayor su dolor ignorando quién era el caballero que habia tenido la criminal osadía de enlazarse con su casa, y que con sus amores habia aumentado su linage; y enagenados de ira y

desesperacion, viéndose difamados por una muger de su sangre, se empeñan en averiguar á cualquiera precio que fuese, quien era el autor; y deseosos de evitar esta vergüenza y vengarse de una injuria tan señalada, enviaron espiones por todas partes, y soplones á Nápoles para observar y escuchar á la Duquesa, y formar juicio sobre el que furtivamente se habia enlazado con ellos. Hallándose la corte de la Duquesa llena de turbacion, viendo entrar en su casa los espiones de sus hermanos, para observar todos sus movimientos y ver quien la visitaba con mas franqueza y prediléccion, y siendo por otro lado tan imposible que el fuego oculto entre cenizas deje

de prestar su calor, como el que dos amantes dejen de dar alguna señal de su cariño en medio del mas estudiado disimulo, se propusieron variar de conducta por algun tiempo y dar treguas á su felicidad.

El caballero Bolonia, hombre de talento y prevision, temiendo ser sorprendido, ó que la doncella, corrompida por el dinero ó vencida por el temor, dijese alguna cosa, resolvió ausentarse de Nápoles, aunque no tan repentinamente que dejase de participar este prudente pensamiento á su fiel compañera; y en su consecuencia, estando un dia solos, la dijo tales ó semejantes palabras : «Señora, aunque no hayamos cometido nin-

gun pecado para remordernos la conciencia, cuando ha sido tan sana nuestra intencion, sin embargo los hombres juzgan por el esterior mas bien que por la fuerza de la virtud y de la inocencia, por no saber los secretos del pensamiento; y por esta razon, aun en las buenas acciones es preciso evitar un mal concepto con el comun de la sociedad, pues juzga brutalmente sin humanidad ni religion, y sin sujetarse al raciocinio. Ya veis las guardias y espias que vuestros hermanos han enviado á vuestra casa, y la sospecha que han concebido con motivo de vuestra sucesion, asi como los medios de que se valen para saber la verdad de todo lo que ha pasado. Yo no temo á

la muerte tratándose de vuestro bien y complacencia; pero si la doncella nos descubre hablando lo que no debe, entonces corre el mayor riesgo mi vida, y moriré como un pícaro seductor, siendo vuestro fiel y legítimo esposo. No se ventilaria este asunto en justicia, por ser demasiado justa nuestra causa, y vuestra familia me sacrificaria cuando me creyese mas seguro. Por uno ni dos asesinos no me ausentaria yo de Nápoles; pero sabiendo que hai dos compañías pagadas para arrebatarme la vida, que seria una desgracia para vos, no dudo me permitireis retirar por algun tiempo, segura de que mi ausencia es el único medio de librarnos de una catástro-

fe; pues con vos jamas harán igual atentado manchando sus manos en su propia sangre. Si yo conociese que vos quedabais en riesgo, preferiria mil muertes en vuestra compañía á vivir sin volver á veros, al paso que no me queda duda de que descubriéndose nuestro secreto, y sabiendo que el objeto de vuestro amor era yo, se vèngarian, y salvarian á la vez su honor que suponen ofendido, quitándome la vida para arrancarme de vuestro lado, y salvar vuestra reputacion, llevándome yo con la muerte la culpa sin pecado ni ofensa. Por todas estas consideraciones he deliberado irme á Nápoles, arreglar mis asuntos, y desde allí, poniendo en salvo mis fon-

dos, pasar á Ancona, hasta que Dios por su infinita bondad, conociendo la inocencia y pureza de nuestros corazones, permita se disipe el furor de vuestros hermanos, concediéndonos su gracia, y consintiendo en la union legítima é indisoluble de nuestros corazones. Sin embargo, yo no quiero ejecutar ninguna determinacion sin vuestro consentimiento; y si esta no fuese de vuestra aprobacion, decidme lo que quereis que yo haga, pues vuestro esposo no desea mas que obedeceros y complaceros.»

La pobre Duquesa oyendo este discurso de su esposo, no pudo menos de prorumpir en el mas profundo llanto, tanto por la pe-

na de perderle, cuanto por hallarse tercera vez en cinta; y los suspiros, las lágrimas, los sollozos y las tiernas miradas que fijaba en su esposo, daban suficientemente á entender su tristeza y el tormento de su corazon; y si no la hubiesen oido, hubiera esplicado mas con sus clamores su tormento interior; pero como era muger de prudencia y talento, supo reprimirse y entregarse solo á la reflexion; y viendo la fuerza de las razones de su esposo, le dió su licencia entre sollozos y angustias, diciéndole estas cortas palabras antes que saliese del cuarto: «Mi mayor amigo, esposo adorado, si yo tuviese tanta seguridad del afecto de mis hermanos como la tengo de la

lealtad de mi doncella, te suplicaria no me dejases sola y en cinta, como me veo; pero convencida de tus reflexiones, me violentaré por tu vida, que aprecio mas que la mia, reprimiendo mi afecto por algun tiempo, para poder vivir despues tranquilos en la dulce union del matrimonio, regocijándonos con las caricias y compañía de nuestros hijos y familia, lejos de las turbulencias que los corazones sensibles sufren en el recinto de los palacios. Una cosa te pediré, y es que me escribas siempre que tengas proporcion y seguridad para saber de tu salud, pues en ello recibiré el mayor consuelo; porque segun las ocurrencias que hubiere, podré yo tomar mis me-

didas y precauciones para nuestra seguridad y la de nuestros hijos.» Dicho esto, se abrazaron mui cariñosamente, y con tal dolor, que parecia salirse sus almas del cuerpo al desasirse uno de otro. Al fin, temiendo viniesen los espiones de los aragoneses, y observasen una escena tan triste que justificaria sus sospechas y descubriria el secreto, se despidió el caballero Bolonia de su esposa, pronunciando entre sollozos un tierno á Dios. Este fue el segundo acto trágico de esta historia, viendo la Duquesa á su marido fugitivo por haberse casado clandestinamente y á la ligera con una muger de tan alta gerarquía, y teniendo parientes de tanto orgullo, que la habian de hacer padecer.

Hé aqui un espejo de vuestras ligerezas, locos amantes, para que escarmenteis; pues no siempre se pueden dejar llevar las criaturas de los primeros movimientos y deseos de su corazon; sino mas bien reflexionar que por lo comun al placer le sigue el arrepentimiento, mas dificil de soportar que las satisfacciones que aquel proporciona. Lo mas prudente es sujetarse cada uno á su clase, y no pretender el ridículo de ser superior á su esfera, aunque no por eso negaremos que el talento y la virtud lo merezcan.

Volvamos, pues, al caballero Bolonia, quien despues de haberse despedido de su triste esposa, se marchó á Nápoles; y arrendan-

do sus bienes, y reuniendo una cantidad considerable de dinero, se fue á Ancona, ciudad del patrimonio de la Iglesia, llevándose sus dos hijos, y poniéndolos á educar con el mayor esmero, como era de esperar de un padre tan apasionado de su madre, que se complacia en ver aquellos dos tiernos pimpollos, dulce fruto de su amor. Tomó una magnífica casa para su decoro, y para alojar la comitiva de su esposa, la que sin embargo se hallaba llena de pena, pues viendo se aumentaba su preñez y que se aproximaba el dia en que debia terminarse, rodeada de los espiones de sus hermanos, era cada vez mayor su inquietud: en tal conflicto se arrojó un dia á confiarlo

todo á su doncella, para ver si la ayudaba á discurrir prontamente un ardid que la salvase. La doncella era una muger de talento y bellos sentimientos, que al mismo tiempo amaba en estremo á su ama; y viéndola tan afligida y acobardada, no quiso demostrarla su admiracion ni hacerla ninguna observacion de una falta que no podia repararse; solo trató del remedio y consuelo que necesitaba, y que no tardó en discurrir para sacarla del inminente peligro en que la consideraba.

¿Es posible, Señora, la dice con ánimo y resolucion, que ese talento que teneis desde la infancia, no sea capaz de daros ánimo y recursos, cuando es mas necesario para ser superiores á las desgracias que

nos afligen tan frecuentemente en este mundo? ¿Quereis evitar los peligros suspirando y sufriendo tantos tormentos en vuestro espíritu, sin tomar una resolucion para burlar los crueles esfuerzos de una adversa fortuna que pretende tanto afligiros? Yo os he oido hablar mui frecuentemente de la fuerza y constancia de espíritu que debe brillar en las princesas mas que en las damas de humilde estraccion, y que debe presentarlas como el sol entre las mas pequeñas estrellas; mas ahora veo os admirais como si no hubieseis previsto que la desgracia es tan comun en afligir á los grandes, como en abatir á los inferiores. ¿Habeis por ventura dejado para hoi con tanto talento la refle-

xion de lo que podia resultar de vuestro enlace con el caballero Bolonia? ¿Podia su presencia solo libraros de los reveses de la fortuna, ni quitaros del pensamiento las penas, sustos y temores que ahora afligen vuestro espíritu? ¿Es regular, en fin, que os atormenteis de esa manera, cuando solo debeis ocupar vuestra imaginacion en el medio de salvar vuestro honor y el fruto precioso de vuestras entrañas? Si tanta pena teneis por vuestro esposo y temeis se descubra vuestra nueva preñez, ¿por qué no discurris los medios de emprender algun viage para encubrir el lance y burlar á los que os rodean? ¿No necesitais valor en esta ocasion tan crítica? ¿En qué pensais,

Señora, decid: no me dais alguna contestacion? —Ah, querida, la responde la Duquesa: si tú sufrieses lo que yo sufro, no tendrias las palabras tan á la mano, ni me reprendieras de mi poca constancia; pues tal es mi abatimiento, que no tengo ya espíritu para resolver ni para meditar. Si mis hermanos llegan á saber mi preñez, peligra mi vida, y aun tú misma acaso sufrirás la penitencia de mi pecado. ¿Pero qué medio tomaremos para librarnos del inminente peligro que nos rodea? Yo pienso que si descendiese á los infiernos, quisieran saber si me amaba alguna sombra: considera si viajando por el reino me dejarán en paz, y mucho mas cuando sospecharán que la causa de mi

ausencia procede del deseo de vivir en mi libertad, y en compañía del que creen ser otro que mi esposo legítimo; y como son tan malos y tan sospechosos, maliciarán mas pronto mi situacion, cuyas consecuencias fueran para mí peores viajando que aqui en medio de mis angustias; y tambien vosotros quedariais en mayor peligro, cuando esos verdugos no pudiesen encarnizarse contra vuestra infeliz ama.... ¡Cómo! ¿con nosotros, Señora? dice la doncella. Tratad de haceros paso con espíritu y resolucion; seguid mi consejo, pues yo confio en que este será el medio de ver á vuestro esposo y de poneros en salvo de todo riesgo y tropelía que aqui pueden intentar. —Dime

lo que quieras, pues puede que acaso me resuelva á seguir tus buenos consejos. —Pues Señora, yo soi de opinion, dice la astuta doncella, que hagais correr la voz de haber hecho el voto de ir á visitar el santo templo de nuestra Señora de Loreto, y que mandeis disponer el tren y familia que deba seguiros para marchar á cumplir esta devocion, y desde alli tomareis el camino de Ancona, á donde antes de partir podeis enviar vuestros muebles, vajillas y dinero. Despues Dios hará lo demas, y cuidará de vuestra causa por su divina misericordia. La Duquesa al oir hablar de esta suerte á esta joven, tan fiel como discreta, no pudo menos de abrazarla y besarla,

bendiciendo la hora de su nacimiento y la en que habia entrado á servirla, diciéndola: «Hija mia, ya tenia yo deliberado dejar mis criados y grandeza para vivir como simple particular tranquila y contenta con la dulce compañía de mi esposo; pero no podia discurrir un medio para salir decorosamente de esta tierra, sin dar lugar á sospechas indecentes y propias solo de mis detractores; y pues que tú me abres el camino, te prometo seguir tu consejo con la brevedad que es necesaria; porque mas quiero ver á mi esposo y estar sola sin títulos ni grandezas, que vivir sin él, y lisonjeada de aduladores y vanos títulos que aborrezco ya de corazon.»—Lo mismo que se

formó el plan fue ejecutado, y tan diestramente manejado, que en menos de ocho dias envió la Duquesa la mayor parte de sus preciosos muebles y alhajas á Ancona, tomando sin embargo el camino de Loreto, despues de haber divulgado el voto solemne que se dijo habia hecho de ir á esta peregrinacion. No bastaba á esta infeliz haberse casado, mas bien por satisfacer su pasion, que por razon de estado; pues quiso añadir á este pecado político en su clase una execrable impiedad, haciendo á los santos lugares de devocion ministros del amor y de la locura. Este es hoi tambien un vicio bastante frecuente; de manera que los viages y peregrinaciones de estos tiempos

son para algunos mas bien la escuela de la prostitucion, que ejercicios de los que se llaman cristianos. Mas dejemos este punto, y consideremos cuales son los tristes efectos de una pasion, que aunque honesta, es mal fundada por la desigualdad de personas, que siempre presenta ostáculos funestos á las víctimas de un ciego amor. ¿Quién hubiera imaginado que una princesa dejase su grandeza, sus bienes y sus hijos, despreciando su clase y reputacion, por seguir, como una muger comun y disoluta, á un simple particular, y lo que es mas, á un criado suyo? Pues ya estamos viéndola correr como una loba hambrienta tras de la presa, para volverse á unir al mas in-

ferior de todos los caballeros de Nápoles. Pero no hagamos regla general de un suceso estraordinario; pues si algunas, arrastradas de una ciega pasion (á la que tambien estamos todos sujetos, si amor se empeñase en perseguirnos), han hecho bancarrota de su bien estar y condicion, no es decir, señoras mugeres, que todas perdais el juicio para serviros este caso de modelo, y que pretendais ciegamente seguirle. Estas historias se escriben, no para enseñar á galantear y seguir las huellas peligrosas que designa el amor, sino mas bien para vivir con juicio, evitando incurrir en semejantes flaquezas tan comunes al género humano, y para servir de antídoto contra el gusano

venenoso que roe la parte mas perfecta del alma acariciando á la imaginacion; asi como el sabio boticario prepara la carne de la víbora para purgar al paciente de una sangre corrompida que la lepra engendra en su cuerpo; del mismo modo se citan los amores atropellados y las acciones licenciosas de Semíramis, Mesalina, Faustina y otras, para que las mireis con horror, y eviteis se os ponga en la lista de mugeres tan desenfrenadas; y á vosotros, hombres libertinos y seductores de todas clases y condiciones, os presentaremos las locuras de Páris, los adulterios de un Hércules, la vida licenciosa y afeminada de Sardanapalo, la tiranía de Falaris, Busiro ó Dionisio de

Sicilia, la historia de Tiberio, Neron, Calígula, Domiciano y Heliogábalo, sin perdonar á los de nuestros tiempos que se han envilecido con iguales villanías, enfangándose mas brutalmente que el cerdo con su vientre en los lodazales. ¿Se dirigirá, pues, esta obra á que imiteis á estos mónstruos de corrupcion? Mas valiera entonces que todos los libros fuesen sepultados en lo profundo del mar, si por medio de ellos habia de corromperse la vida cristiana. Pero el ejemplo de los malos nunca se pone para imitarlos, sino para huirlos, asi como la vida de los hombres de bien se escribe para formarse y dirigirse segun las acciones laudables que hayan hecho en este mundo.

Volvamos pues á nuestra peregrina de Loreto, que fue á hacer su viage para acabar sus devociones en Ancona. Concluido su voto en Loreto, pensaba su servidumbre que ya no tenia mas viage que hacer, y que volveria á su reino; pero les dijo, que no distando de alli Ancona mas que quince millas (siete leguas y media de Francia), no queria volverse sin ver una ciudad tan antigua y hermosa, de la que los historiadores hacian tantos elogios, por su antigüedad y grandeza. Todos son de su opinion, y se van á visitar las antigüedades de Ancona. El caballero Bolonia estaba ya avisado de todo, como que era quien habia recibido las alhajas y tesoros de la Duquesa. Vi-

via en la calle mayor en un gran palacio, por donde debia pasar el coche de la Duquesa. El aposentador se habia adelantado para proporcionar el alojamiento; pero Bolonia le mandó entrar en el palacio que tenia dispuesto para su Señora. De esta manera el caballero Bolonia, que estaba ya mui estimado en Ancona, donde habia hecho muchas relaciones con todos los personages de la ciudad, se fue con muchos de ellos á encontrar á su esposa, á quien ofreció su casa suplicándola entrase á alojarse en ella. La Duquesa aceptó mui gustosa la oferta, y se retiró con él, conduciéndola, no como marido, sino como un apasionado servidor. Pero no dilatemos mas la materia.

Conociendo la Duquesa que tarde ó temprano habia de advertirse la intimidad de los dos, para que no se hiciesen malos juicios de su embarazo, y que supiesen procedia de su legítimo enlace, hizo llamar á su salon, al dia siguiente de su llegada á Ancona, á toda su servidumbre, con la idea de descubrir el secreto, haciéndoles saber que el caballero Bolonia era su marido, que tenia de él dos hijos, y que se hallaba en cinta de otro. Reunidos todos con este motivo, despues de comer, en presencia de su marido les habló de esta suerte:

«Tiempo es ya, hijos mios, que os manifieste á todos lo que se ha hecho en presencia del Ser supremo, para quien no pueden ser ocul-

tos nuestros pensamientos y acciones, y no hai necesidad de ocultar lo que no tiene nada de malo ni ocasiona daño á tercero. Si las cosas pudiesen estar ignoradas, sin necesidad de declararlas los que las hacen, aun no guardaria yo mas reserva, y publicaria con mucho placer lo que hasta aqui he ocultado; pues haciéndolo notorio á todos, me libro de la mayor angustia. Si las llamas de mi deseo pudiesen salir con tal esfuerzo como el del fuego que abrasa mi alma, se veria salir el humo mas alto y mas espeso que el que vomitan el Vesubio y el Etna en cierta estacion del año; y para no entretener vuestras dudas y curiosidad mas tiempo, sabed que este fuego

oculto en mi corazon, y que ahora quiero poner de manifiesto, nace de la determinacion que tomé hace tiempo de casarme y elegir un esposo á mi gusto, libremente y sin sujecion á las preocupaciones del mundo, para no vivir siempre viuda, ni hacer cosa que perjudicase á mi conciencia y á mi honor: lo ejecuté pues, cometiendo solo una falta, cual fue la de tener mucho tiempo reservado mi enlace, cuya reserva dió margen á la mala opinion que se ha formado de mí en todo el reino desde que di á luz mi segundo hijo; pero de todos modos me acompañaba el consuelo de tener mi conciencia sin remordimiento de culpa ni mancha. Sabed, pues, todos

ahora, que el sugeto que reconozco por mi señor y esposo, con quien estoi legítimamente casada en presencia de esta doncella, que tenia de toda mi confianza, es el caballero Bolonia que teneis presente, y que es á quien he jurado y dado mi fe, y él á mí la suya: este pues es mi marido, con quien tengo que vivir toda mi vida. Enterados ya del secreto que ha producido tantas calumnias é investigaciones, sois libres en tomar vuestra determinacion: los que quieran retirarse de mi servicio, y marcharse al de mi hijo, pueden hacerlo sin temor de merecer mi indignacion: solo os pediré que le seais fieles y celosos por su persona, y tan leales como lo habeis

sido para mí interin fui vuestra ama; mas si alguno desea continuar sus servicios en mi casa y participar de mi suerte, le trataré con el cariño propio de mi caracter, y tendré siempre presente su fidelidad y adhesion; de lo contrario os presentareis en Malfi, y el mayordomo os pagará lo que se os deba: no pienso ya en títulos ni honores: prefiero el título de simple señora con la estimacion que merece la que tiene un marido honrado, para que no haga distincion de clases con mi esposo, á quien debo ser igual compañera. Vos sabeis, le dice á Bolonia, lo que ha pasado entre los dos, y Dios es testigo de la integridad de mi conciencia; por lo tanto os su-

plico hagais traer aquí á nuestros hijos, para que todos los reconozcan como tales, y nacidos de un enlace legítimo. Dicho esto, fueron presentados los niños; y toda la servidumbre se quedó atónita de este nuevo suceso, no pudiendo jamas presumir que Bolonia pudiese ser un dia el sucesor del Duque de Malfi, enlazándose con su esposa. Este era ya el preparativo de la catástrofe y sangrientas consecuencias que tuvo este escandaloso enlace. Se quedaron mui pocos ó casi ninguno de la servidumbre de la Duquesa, la que solo conservó la fiel doncella que habia sido depositaria de toda su confianza, gozando contenta y tranquila de los dulces halagos del amor

con su esposo, y con aquel placer que era consiguiente á los que se hallaban ya libres de temores y de infundadas sospechas. Bolonia no tenia otra ocupacion mas grata á su corazon que la de complacer por todos los medios que le eran imaginables á su adorada Duquesa; y esta hacia un particular estudio en corresponderle y obedecerle, como toda muger debe hacerlo con su esposo; pero esta dulce serenidad no fue de larga duracion, pues los bienes regularmente son poco durables, y la felicidad se pasa en un momento para hacer comunmente un tránsito mas sensible al ser reemplazada por la desgracia.

Es preciso saber que la servidumbre de la Duquesa, que no ha

bia querido permanecer con ella, temiendo el enojo de los hermanos de su ama, acordó que uno de ellos fuese en posta á Roma para participarles esta novedad, y evitar que los creyesen cómplices. Al momento lo pusieron en ejecucion, marchando uno á Roma y todos los demas hácia el reino y palacios del Duque.

Es de inferir que esta noticia no seria mui grata al Cardenal y á sus hermanos; como en efecto, el mas jóven recibió este acontecimiento con tal furor, que no pudiendo reprimirse, prorumpió con mil injurias y maldiciones contra el bello sexo. ¡Ah! decia el príncipe enagenado de cólera, ¿cuál es la lei que puede castigar ni re-

primir la loca indiscrecion de una muger que se entrega desenfrenadamente á las pasiones? ¿Qué reflexion, qué temor ni vergüenza es capaz de hacerla retroceder en sus deliberaciones y arrebatos? ¿Qué obstáculos se la pueden presentar para contener el ímpetu furioso de su imaginacion, cuando es dominada de sus caprichos é ilusiones? No hai animal, por feroz que sea, que no sujete y amanse la mano y talento del hombre, sometiéndole á su discrecion: su industria doma á las fieras, su fuerza sujeta á la mas soberbia, amansa la mas indómita, y últimamente logra conseguir las cosas mas difíciles; pero no hai fuerza, talento ni industria que sujete á este animal endiablado

de la muger; ni vigilancia, rigor ni medio alguno que pueda ser superior á sus astucias: á mi entender es procreada para tormento de la humanidad, por ser la causa directa ó indirecta de todos los horrores y desgracias. ¿Cuál no será el grado de lubricidad de una muger del nacimiento y talento que la nuestra, para olvidar su rango, la grandeza de su familia, el lustre de su difunto marido, y la esperanza de la juventud del Duque su hijo, nuestro sobrino? ¡Ah, loba falsa! Yo te juro por lo mas sagrado, que si llego á cogerte con tu indigno amante, apagaré para siempre vuestros ardores, y no tendreis que abusar de la sagrada sombra del matrimonio; pues ha

sido clandestino, y no tiene mas testigo que una simple criada, encubridora de vuestras maldades; y en cuanto á la fe prometida, está en el aire, y no sirve mas que de máscara á su liviandad: por último, aunque fuese cierto su enlace, ¿merecemos nosotros tan poco respeto para no habernos participado esa infeliz sus intentos? ¿Ese fulano Bolonia es acaso un hombre que merezca enlazarse con la sangre real de Aragon y Castilla? No, no: suceda lo que sucediere, yo hago voto á Dios, de que no dormiré tranquilo interin no separe á esos infames de mi familia, tratándolos como merecen. —Otro hermano tampoco podia tranquilizarse: trémulo juraba entre dien-

tes, prometiendo no tratarlos mejor. Ultimamente para lograr su venganza sobre estos dos infelices esposos, sin dar estrépito en una ciudad populosa como Ancona, se dirigieron al señor Gismundo Gonzaga, Cardenal de Mántua, que era entonces Legado por el Papa Julio II en esta ciudad; y le sorprendieron de tal manera, que Bolonia y toda su familia tuvieron orden de evacuar inmediatamente á Ancona; pero por mas que hacia el Legado, no pudo en mucho tiempo lograr la obediencia por las muchas relaciones que Bolonia tenia ya hechas de grande importancia; y mientras entretenia el tiempo para dilatar su salida, hizo llevar la mayor parte de

sus equipages, sus hijos y cuanto tenia mas precioso, á Siena, ciudad antigua de Toscana, que tanto tiempo se batió contra los florentinos por su grandeza y libertad; de manera, que en el mismo dia que fueron á intimar á Bolonia la orden de cumplir la evacuacion de la ciudad en el preciso término de quince dias, estuvo pronto á montar á caballo, y tomó el camino de Siena; lo cual fue causa de que los aragoneses se llenasen de pena, viendo frustradas sus intenciones de sorprender á Bolonia en los caminos, y hacerle dividir en mil pedazos. Mas no habia llegado aun el momento de su desgracia; pues no estaba marcada por su suerte la marcha de An-

cona para servir de teatro á estas dos víctimas desventuradas que vivieron aun algunos meses tranquilamente en Toscana. Los aragoneses, que no dormian de dia ni de noche, con los demas parientes que no cesaban de intrigar para saciar su furor y realizar su juramento de venganza, viendo á su enemigo sin temor, se dirigieron á el señor Bourgliese, señor de Siena, á fin de que su hermana y Bolonia fuesen desterrados de aquellos señoríos, lo que les fue acordado mui fácilmente. Estos dos desgraciados, desterrados de todas partes, y tan desventurados como Acaste con el entredicho, ó como Edipo despues de la muerte de su padre, y de las nupcias

incestuosas con su madre, no sabian ya á qué santo encomendarse, ni adonde dirigir sus pasos; hasta que por último determinaron ir á Venecia, tomar el camino de Romanía, y embarcarse para retirarse con seguridad á una ciudad circundada del mar Adriático, la mas rica de toda la Europa; pero estos infelices formaban castillos en el aire; pues estando en el territorio de Forli, vió uno de ellos venir desde lejos á galope sobre sus carruages un número considerable de hombres á caballo que no demostraban ninguna señal de paz ni de amistad, maxime teniendo ya á mas de esto alguna noticia del complot de sus enemigos; lo cual fue causa de empezar á sentir el

desgraciado napolitano las aprensiones de la muerte, aunque no temia su fin, ni le afligia otra cosa que ver á su muger y á sus inocentes hijos sacrificados al furor de los inhumanos aragoneses, que sabia tenian jurada su muerte, y que, para hacer mayor su desesperacion, se habian propuesto hacerlos pedazos en su presencia. ¿Pero qué arbitrio le quedaba para librarse de semejante catástrofe? Angustiado, anegado en lágrimas, y estrechando entre sus brazos aquellas tres prendas de su corazon, esperaba ya resignado la muerte.... Un rayo de luz divina le hace repentinamente conocer que aun podia ponerse en salvo con su hijo ma-

yor, corriendo á brida suelta en un gran caballo turco, que tenia las alas del viento; pero amaba demasiado á su esposa y á sus hijos, y la idea de separarse de ellos y dejarlos en aquella situacion, paralizaba su resolucion, hasta que al fin la desventurada Duquesa le dice: Esposo mio, el mayor favor que puedes hacerme, es el de salvar tu vida con ese inocente niño: por mí no temas: alejándote de mí, estoi segura de que no me harán ningun mal, al paso que si te hallan conmigo, vamos á ser todos víctimas del furor de esa tropa que sin duda viene en nuestro seguimiento: toma este bolsillo, y ponte en salvo prontamente, esperando mejor fortuna. Conociendo el po-

bre Bolonia que su esposa tenia razon, abrazó á esta y á sus hijos; y tomando el dinero que le habia presentado, dijo á su familia, que cada uno se pusiese en salvo como pudiese, á su ejemplo; y metiendo espuelas á su caballo, se puso á huir á toda brida, siguiéndole el hijo del mismo modo; pero con el aturdimiento, en vez de dirigirse á Venecia se fue á Milan. La tropa alcanzó á la Duquesa; y viendo que Bolonia se habia escapado, empezaron á hablarla mui cortesmente, fuese por habérselo asi mandado los aragoneses, ó porque temiesen enternecerse con sus gritos y clamores. Uno de ellos la dijo: Señora, tenemos orden de vuestros hermanos para conduciros á

vuestra casa, á fin de que volvais á tomar el gobierno del ducado y la direccion de vuestro hijo el Duque, en atencion á ser una locura andar siempre vagabundeando con un hombre como Bolonia, quien hallándose libre de vos, se marchará á un pais estraño. — La infeliz Duquesa, á pesar del disgusto que recibió de oir hablar con tanto desprecio de su esposo, calló y disimuló su pena, dándose por satisfecha del buen tratamiento que les habia merecido, en vez de la muerte que esperaba, y reservándose la idea de ponerse despues en salvo con sus hijos; pero se engañaba esta desgraciada, y conoció poco tiempo despues cuál era el bien que sus hermanos la preparaban;

pues al momento que aquella tropa la condujo al reino de Nápoles, fue encerrada en un castillo con sus hijos y con la doncella que habia sido la confidenta de su desgraciado enlace con el caballero don Antonio Bolonia.

Hasta aqui se habia contentado la suerte con proceder civilmente contra estos amantes; pero mas adelante veremos las consecuencias de sus desgraciados amores, y como en cegando al hombre una pasion no le deja hasta esterminarle enteramente.

Esta historia puede mui bien servir de ejemplo al bello sexo, para no precipitarse en el abismo de desgracias que frecuentemente suceden á las jóvenes que obran

ciegamente sin reflexionar sobre los inconvenientes que ofrece una temeraria pasion; y á los padres y parientes para no dejarse llevar de la vanidad, y hacer la desgracia de las familias por sus venganzas sanguinarias. Veamos ahora el fin lastimoso de esta infeliz princesa, y plegue al cielo que haga este suceso en las jóvenes la mas fuerte y saludable impresion.

Encerrada, pues, esta desventurada princesa en aquella prision con sus hijos y la doncella, vivia con paciencia, y esperanzada de ver aplacado un dia el furor inhumano de sus hermanos, y consolada con la dulce idea de que su marido se habia librado de caer en manos de los asesinos; pero esta

confianza fue cambiada en un horrible temblor, y su esperanza en el justo temor de no resultar cosa buena, cuando algunos dias despues de su prision vino el alcaide y la dijo: «Señora, soi de opinion que en adelante no penseis mas que en vuestra conciencia, pues creo será el último dia de vuestra vida.» Consideremos cuál seria el dolor que debia atacar el corazon de esta pobre muger, y con qué admiracion no oiría una noticia tan funesta; pero sus lágrimas y sus suspiros demostraron suficientemente el tormento que causó á su corazon esta advertencia. «¡Ah! decia, ¿es posible que mis hermanos se olviden hasta este estremo, de que por una accion en que nada pierden, hacen

morir cruelmente á una hermana inocente, y manchan su memoria con la sangre de una persona que en nada les ha ofendido? ¿Es posible que contra todo derecho y equidad, contra las leyes de Dios y de los hombres, he de ser yo ajusticiada como un facineroso, solo por haberme casado, sin que el magistrado haya hecho informacion de mi vida y conocido la injusticia de esta causa? ¡Oh Dios mio! ¡Padre justo y humano! ved la malicia y furor criminal de mis hermanos, y la tiránica crueldad de los que persiguen mi vida con tan sanguinario afan!!! ¿Es pecado casarse? ¿Será un crímen tomar la prudente resolucion de huir del peligro de pecar, evitando con el matrimonio el pe-

cado del escándalo y de la carnalidad? ¿Qué leyes son estas que persiguen el pudor conyugal con la misma severidad que se trata á los ladrones, á los adúlteros y á los asesinos? ¿Dónde está la religion de estos hermanos para cometer un crímen tan imperdonable ante el tribunal de Dios? ¡Cómo! ¿dejará de ser un peso enorme en su conciencia, que les perseguirá hasta el sepulcro, el atentado de derramar la sangre que deben defender, y saltear los caminos abusando de la fuerza armada para estas tropelías, en vez de emplearla en coger y castigar asesinos y ladrones? ¡Dios eterno, Señor justo y benéfico! conozco que solo he cometido la falta para con vos de no ca-

sarme en vuestra presencia; mas bien sabeis que soi esposa legítima de un hombre virtuoso y honrado, que me ama tanto como yo le amo. Tened, Señor, compasion de mí, y perdonadme mis faltas, aceptando esta confesion y arrepentimiento de esta humilde sierva vuestra, para satisfaccion de ofensas, las que os pido laveis en la preciosa sangre de vuestro Hijo, para que purificada, pueda yo presentarme en vuestro santo banquete en la gloria celestial.» —Luego que acabó de hacer esta fervorosa súplica al Criador, entraron tres ejecutores de aquellos asesinos que la prendieron cerca de Forli, y la dijeron bruscamente y sin piedad: «Vamos, vamos, Señora, basta de

plegarias; pues llegó ya la hora de que vuestra alma vaya á ver á Dios.» — Pues alabado ea su nombre (dijo la Duquesa mui resignada, en medio del natural horror y conmocion que la causó esta cruel é inhumana intimacion), sea cual fuere el bien ó el mal que su divina justicia se digne enviarme; pero os suplico, señores, que tengais compasion de estas inocentes criaturas, pedazos de mi corazon, sin hacerlos sentir el encono que injustamente se tiene contra su desgraciado padre. — Bueno, bueno, la contestan groseramente: nosotros los pondremos donde no carezcan de nada. — Tambien os recomiendo, les dice, á esta pobre joven, teniendo presente á la

desventurada Duquesa de Malfi.— Asi que pronunció estas palabras, la pusieron una cuerda al cuello aquellos mónstruos, y la ahogaron: la doncella viendo tan trágica escena, y precipitada por su señora, se puso á gritar con toda su fuerza y á maldecir la crueldad de aquellos verdugos; y llamando á Dios por testigo é implorando su piedad, le pedia desnudase la espada de su justicia sobre aquellos asesinos, que sin causa y sin autoridad quitaban la vida tan inhumanamente á unos inocentes. —También será justo, la dijo uno de aquellos bárbaros, que tú participes de la inocencia de tu ama, pues que has sido tan fiel confidente de sus locuras; y asiéndola por los cabe-

llos, la puso el cordel por argolla al rededor del cuello. — ¡Cómo! les dice gritando, ¿es esta la fe que habeis prometido á mi ama? Pero esta palabra la pronunció ya en el aire, pues espiró como la desventurada Duquesa. Mas oid el golpe mas triste de esta trágica historia: los niños, que habian visto la atrocidad ejecutada con su madre y la doncella, movidos por la naturaleza, y sintiendo no sé qué presagio de su desgracia, se arrodillaron á los pies de aquellos verdugos inhumanos, abrazándoles las piernas, y gimiendo de tal suerte, que creo firmemente hubieran enternecido y movido á compasion á otros, por insensibles que fuesen; pero estos tigres sangui-

narios tenian un corazon de bronce, desnudo de toda humanidad. Las inocentes criaturas abrazaban las piernas de estos asesinos, inundándolas de lágrimas, y parecia adivinaban su muerte al mirar sus semblantes feroces y serenos; y por lo tanto es preciso confesar que la naturaleza tiene en sí y sobre nosotros pintado un indicio de adivinar en circunstancias la hora de la muerte; de manera, que hasta los animales conocen á veces su fin, aunque no vean el palo ni la cuchilla, procurando evitar con todos sus esfuerzos este cruel trance tan espantoso, en que van á separarse dos cosas tan unidas como son el espíritu y el cuerpo; pues vista la emocion que se sufre en

este fatal instante, demuestra la violencia que tiene la naturaleza en esta monstruosa separacion que produce una destruccion tan horrorosa en todos los seres. Pero ¿quién podia ablandar á unos corazones empedernidos y decididos á cometer una crueldad, jurando arrancar la vida á otros por orden de personas que les ofrecian la impunidad de semejantes atentados? Los aragoneses querian esterminar enteramente el nombre y la raza de Bolonia, y por su espreso mandato aquellos ministros de iniquidad hicieron igual carnicería con los dos angelitos, aunque horrorizados y estremeciéndose al ejecutar una accion tan bárbara como detestable, quedando como estátuas frias

con el enorme peso de sus crímenes, y pareciéndoles oir los gritos de la humanidad pidiendo ya venganza contra los autores y ejecutores de tan inaudita y criminal accion.

Hé aqui hasta dónde se estiende la crueldad del hombre que no apetece mas que venganza, y cuál es generalmente el fruto que produce una cólera desordenada, y el desenfrenado furor de aquellos que se dejan arrastrar de tan odiosa pasion. Dejemos á un lado la crueldad de Eucrates, hijo del rei de Bactrianos, y de Phraato, hijo del príncipe de los Partos; de Timon ateniense, y de un número infinito de aquellos que han sido soberanos en el imperio de Roma, y

pongamos en el rango de estos aragoneses á un Vitoldo, duque de Lituania, cuya crueldad obligaba á sus vasallos á quitarse la vida, por el temor que tenian de caer en sus manos sanguinarias; y confesemos que estos fueron mas bárbaros que Othon, conde de Montferrat y príncipe de Urbino, que cometió la crueldad de matar á un criado entre dos mantas embreadas é incendiadas, solo por no haberle despertado á la hora que le habia mandado; cuya atrocidad es semejante á la que cometió Manfroi, hijo de Enrique II emperador, ahogando á su padre, ya anciano, entre dos sábanas; pues estos al fin podian tener una ligera disculpa, al paso que los aragoneses no

tuvieron otro motivo que la bestial furia y placer de sacrificar á unas tiernas criaturas, sobrinos suyos, que no podian perjudicar al Duque de Malfi en la sucesion de su ducado, en atencion á haberse llevado la madre sus muebles y su dote; pero un mal corazon es preciso produzca obras semejantes á su malicia.—El desgraciado don Antonio Bolonia, mientras se cometian tales atrocidades con su familia, seguia en Milan con su hijo Federico, mui unido al señor Silvio Savelle, que tenia sitiado el castillo de Milan á nombre de Maximiliano Sforce, quien al fin le conquistó, y recobró por compasion á los franceses que estaban dentro; pero habiéndose concluido esta

comision, el general Savelle se fue con su campo á Crema, á donde Bolonia no se atrevió á seguirle, y se unió al Marques de Boronte; mas los aragoneses se manejaron sin embargo de tal suerte, que le fueron confiscados los bienes en Nápoles, y le fue preciso atenerse al dinero de la Duquesa para sostenerse en Milan. Muchos le advirtieron de la muerte de su esposa; pero no podia creerlo, cuando algunos falsos amigos, que temian se ausentase de Milan, le tenian engañado asegurándole no solo de la buena salud de su esposa, sino de estar mui contenta con la esperanza de ver pronto á su esposo en paz y buena inteligencia con sus hermanos, por haberse intere-

sado en ello todos los grandes que deseaban su vuelta al reino. Fascinado por estos falsos amigos de esta manera, vivió con esta esperanza mas de un año en Milan mui contento, estimado de todos los poderosos, frecuentando á los mas nobles de la ciudad, y concurriendo ellos á su casa; y sobre todo vivia bastante familiarmente en el trato con la señora doña Hipólita Bentiboglie, en cuya casa un dia despues de comer, cogiendo un laud, se puso á cantar unas coplas que habia compuesto sobre su desgracia, derramando copiosas lágrimas, y demostrando con sus suspiros la alteracion de su alma, en términos, que causaba compasion á todos los circunstantes, particularmente á uno

que aun no le conocia y sabia todo el complot de los aragoneses, que no cesaban de conspirar contra la vida del miserable Bolonia. Este se llamaba Delio, hombre sabio y de mucho ingenio, que habia escrito mucho en su lengua; y habiendo sabido que este caballero era el marido de la difunta Duquesa, se acercó á él, y llamándole aparte, le dijo: Caballero, sin embargo de que no haya yo tenido relaciones con vos, pues que esta es la primera vez que os he visto en mi vida; si es que la virtud tiene tal fuerza que hace apreciar á los hombres de bien de sus semejantes, uniendo de tal suerte sus voluntades desde el momento que se ven, que es imposible desunirlas, co-

nociendo y sabiendo quien sois, y las buenas cualidades que os asisten, quiero ofreceros mi cariño y servicio, pues siendo sabedor de lo que vos ignorais, sentiria mucho pasaros en silencio cosa alguna que pudiese originaros un perjuicio de consecuencia, por no saber oportunamente lo que pasa. Sabed, pues, que yo he estado hace poco tiempo con un napolitano que se halla en esta ciudad con un destacamento de caballería para quitaros la vida, y me ha dicho que por segunda mano os ha hecho advertir reservadamente no os presenteis donde pueda veros, para no comprometerle á ejecutar lo que se le ha mandado, lo cual seria un sentimiento cruel

que atormentaria su sensible corazon toda la vida; pero yo debo deciros aun mas, aunque con pena, y es, que efectivamente ha muerto la señora Duquesa violentamente en una prision con todos los que tenia en su compañía: por lo demas, tened por cierto que si dilatais poneros en salvo, ejecutarán otros lo que el capitan napolitano ha diferido: yo os lo advierto con tiempo, llevado del deseo de que no os suceda una desgracia semejante, y porque sentiria mucho que un hombre como vos fuese sacrificado tan miserablemente; pues me consideraria indigno de vivir, si sabiendo la conjuracion que hai contra vos, no os la participase para vuestro go-

bierno.—El señor Bolonia le contestó: pues, señor, yo os agradezco infinito vuestra fina voluntad; mas en cuanto á lo que me referís de la conspiracion de los aragoneses y de la muerte de la Duquesa, os han engañado; pues aun no hace dos dias que yo he recibido cartas de Nápoles diciéndome, que los señores hermanos y parientes de la Duquesa estan ya de otro semblante, y que bien pronto el fisco me volverá mis bienes y estados con la restitucion de mi querida esposa y de mis hijos.—¡Ah caballero Bolonia! dice Delio: ¡qué engañado estais, y cómo tratan de alimentar vuestras esperanzas, para realizar el atentado que os he dicho!!! Estad seguro de que los

que os escriben, os venden con tal desvergüenza y malicia, que solo se dirige á consumar el complot de una traicion la mas horrorosa y detestable que podeis imaginar.—Despues de haberle hablado de esta manera, le dejó y se marchó á una sociedad de literatos que estaban reunidos.—En efecto, los aragoneses, no satisfechos aun con los asesinatos de aquellos cuatro inocentes, deseaban concluir la tragedia con el último acto, en el que Bolonia debia perecer para ir á buscar á su muger y á sus hijos al otro mundo, y quedar libres de él. El napolitano que por orden de los aragoneses debia quitar la vida á su inocente conciudadano, se arrepintió lle-

no de horror al considerar que había de cometer esta atrocidad; y dilatando la ejecucion de dia en dia, dió por último la comision á un Lombardo, que menos timorato que él, y arrastrado de la codicia, se obligó á dar muerte al pobre marido de la Duquesa por una suma considerable que habian prometido los aragoneses á dinero contante. Llamábase este matador lombardo Daniel de Bozole; y este nuevo Judas, asesino esperimentado, y sin el menor sentimiento de honor, religion ni humanidad, averiguó donde podria encontrar á la víctima que debia inmolar; y habiéndole dicho que Bolonia salia todos los dias á las ocho á oir misa con su hijo en la iglesia de san

Francisco, se escondió, acompañado de algunos desalmados como él, cerca de la iglesia de Santiago, y allí los asaltó con tal viveza, que antes que los infelices pensasen en defenderse, ya estaban en la eternidad con sola una puñalada que les hizo dos el corazon; quedando impune este homicidio tan atroz, por haber tenido el asesino Bozole el tiempo necesario para ponerse en salvo, sin haberse podido hacer oportunamente las investigaciones que se previenen por las leyes en tales casos.

Hé aqui una atrocidad inaudita que hace estremecer y aflige á la humanidad, si se consideran las infinitas circunstancias que han concurrido al fin trágico de estos

desventurados, sin tener mas asilo que el del cielo, pues que le fueron negados en la tierra los fuertes apoyos de las leyes, en que debieron confiar la humanidad, el honor, la conciencia, la clase, la sangre, el cariño, la religion, la fraternidad, y últimamente la justicia y la inocencia, atributos todos despreciados y hollados por unos mónstruos en oprobio y vilipendio del género humano, en perjuicio de la santa Religion católica, y afliccion de la sociedad, á vista de un desenfreno tal de las pasiones humanas. Crueldad inaudita, y un acto que ofende á la pureza cristiana; pues estremece el ver sacrificar á sangre fria y despues de muchos años á un pobre hombre sin delito;

pues que ya era casado, y no se podia graduar su cariño de criminal.

Tal fin tuvo el desastrado enlace del caballero Bolonia, por haber salido de su rango y no haberse contentado con el honor que habia adquirido con sus hechos y su gloria. Por lo tanto no debemos remontar demasiado los vuelos para que no nos suceda lo que á Icaro, ni nos dejemos llevar de una brutal sensualidad, uno de los mayores defectos de nuestra naturaleza, que suele conducirnos á las mas desenfrenadas locuras.

Estos fueron los amores de una princesa poco cuerda, y de un caballero que olvidó su rango. Sirvan, pues, estos infelices amantes de espejo á los que son emprende-

dores en amor, á fin de que obren segun deben para mantener su tranquilidad y reputacion, y no sirvan de ejemplo con su ruina á la posteridad, como el desventurado don Antonio Bolonia, su esposa la Duquesa de Malfi y sus hijos.



HISTORIA TRÁGICA 7.ª

LAS
CATACUMBAS
ESPAÑOLAS.





Eterno Dios! Librad á buestras Virgenes de tanto dolor.

Si la Europa, ensangrentada por tantas guerras, estuviese dividida en tantos colores alegóricos que indicasen el grado de las calamidades que mas pesaron sobre cada una de sus naciones, ¿no sería indudablemente el color de púrpura, el color de fuego el que designase á la España, habiendo sido el teatro donde mas sangre ha corrido, y el mas frecuentemente abrasado por los fuegos de la guerra? Sus inmortales devastaciones merecen un rango entre los maravillosos

estragos del héroe de Macedonia; y la espedicion de Cambises, la retirada de Moscou, y la carnicería de Ocaña, serán en la posteridad tres dramas sangrientos iguales en horrores belicosos....

¡Magníficas poblaciones desgraciadas! vuestros palacios y vuestros castillos humean aun en ruinas, y se confunden entre el polvo de su estrepitosa esplosion, y los huesos de vuestras últimas generaciones mellan todavia el arado del labrador. ¡Ah! á vuestros lamentables manes se unen las sombras de tantos infelices guerreros que hacian la gloria de su nacion y el consuelo de sus familias. Si Castilla, Andalucía y Aragon quieren restaurar sus ciudades desman-

teladas, y reedificar sus monumentos militares y religiosos, por todas partes hallarán convertidas sus tierras en cementerios. Aqui, por ejemplo, bajo los escombros de este convento, hallará un millar de cráneos de habitantes y soldados: alli, sobre las orillas del Tormes, verá en sus escavaciones muchos mas muertos, armas, sillas, esqueletos mil y mil de caballos y de hombres, sobre otros acaso de las víctimas de aquellas grandes acciones de Pompeyo, de Annibal y del Cid, que murieron por la gloria de estos, dejando confiados sus nombres á la inmortalidad para memoria del universo.

Asi, pues, sea que la vista se fije sobre caminos reales, sea que

creyendo evitar el aspecto de todos estos horrores, se atraviesen montañas intransitables, eternamente cubiertas de nieve, por todas partes sobrecogida el alma de todo viagero, no hallará mas que sangre y destruccion, habiendo abierto la muerte sepulcros hasta en los parages donde apenas posaron nunca las aves.... — ¡Espectáculos horrorosos! siempre ocupareis mi imaginacion, y sereis un contínuo tormento de mi memoria.... Mas ¿cómo tendré valor para pintar sucesos acaso mas terribles, cuando por todas partes á donde una alma sensible dirija sus miradas, no ve mas que catástrofes horrorosas é inauditas, ni encuentra mas que ilustres restos

que pueden servir de blasones para la cronología de nuestros nietos, formando una serie gloriosa de los altos hechos de la valiente España?

No discutiremos aquí el punto ó cuestion delicado de si esta guerra fue impía, segun la espresion de algunos publicistas: trataremos solo de aprovechar esta ocasion interesante, de admirar entre espesos bosques de cipreses los muchos ramos de laureles que la impertérrita nacion española hizo sembrar á sus valientes hijos por todos sus campos y provincias, con una constancia y denuedo capaz de imponer terror á ejércitos victoriosos, que por do quiera hubiesen hecho resonar el renombre

de invencibles. Sí, los enemigos mas injustos se ven forzados á confesarlo; y los trofeos de unos soldados visoños, desnudos y llenos de privaciones, causaron la admiracion de la Europa; y esta, ya encadenada, admiró con asombro vencido y derrotado en el suelo de la valiente Hesperia al mismo que habia sido su conquistador: los trofeos de los españoles han brotado profundas raices en los campos que fueron teatro de las belicosas acciones del gran Pompeyo, de Annibal y del Cid, y desde lo alto de los Pirineos la Fama contemplando las cenizas de 500.000 franceses, divulga por todo el universo que nadie la invade impunemente, y que si hubo en el si-

glo diez y nueve quien tuviese tan temerario arrojo, vió otra de Roncesvalles, y sobre perder sus huestes aguerridas, perdió asi bien su trono, y murió enjaulado en una isla cuando ya era de la Europa señor.

Pasaremos rápidamente sobre las primeras conmociones de la revolucion española, que en 1808 quiso hermanarse con aquella carniceria demagógica de la de Francia: pasaremos igualmente en silencio todos estos episodios horrorosos, en los que los gobernadores de las ciudades, sospechosos de alta traicion, fueron hechos pedazos en los brazos mismos de sus esposas, de sus hijos, entre los cuales se cuenta el de Zaragoza,

á quien los conjurados arrancaron el corazon, y azotaron á su muger.... y colocaremos la escena en aquel punto de interes dramático en que la Galicia, la Estremadura, Castilla la nueva y Asturias tenian á la Europa en espectativa por su levantamiento espontáneo. Alli es donde veremos numerosas guerrillas engruesadas por la venganza y la rabia, cuya astucia y actividad nocturnas hacen víctimas sin fin en los imprudentes convoyes del enemigo, en sus destacamentos sueltos, y hasta en los hospitales.... asilos verdaderamente sagrados que los escitas mas feroces no se hubieran atrevido á profanar con mano sacrílega!.... Mas el furor de las pasiones, las

atrocidades del enemigo y la justa causa que defendian, los escusaba y aun autorizaba á imitar un proceder tan sanguinario, como el que tuvieron los generales y soldados de Napoleon.

Al ardor del clima se unia el ardor inquieto y sediento de la venganza: una desunion sorda ha sucedido al principio á la llegada de los franceses: la discordia agita los ánimos, atiza sus teas en las provincias, y los símbolos de la divinidad misma sirven de máscara á los intereses políticos, á los rencores, á las venganzas, al pillage y á toda clase de atrocidades; en fin, el desórden inherente á la guerra, luego que acabó de inflamar los resentimientos de un

pueblo de un carácter demasiado dispuesto á irritarse, no produjo sino los tristes y horrorosos efectos de una anarquía desoladora, á pesar de las sábias y patrióticas disposiciones que dictára una Junta suprema representante de la nacion; y ya no hubo desde aquel momento otro lenguage, no solo con el enemigo, sino español con español, ni resonaba otro eco de voz humana en el campo ni en las poblaciones, que el del dolor que causaba por todas partes el acero y el fuego, sin hallar el hombre honrado, el pudiente, las vírgenes consagradas á Dios, asilo ni humanidad en unos ni otros, y viéndose muchos infelices forzados á la fuga, á la espatriacion,

abandonando por salvar la vida sus hogares, sus bienes, sus familias y su patria siempre querida.... Estas primeras hostilidades cubrieron los caminos de Cataluña y de la Vizcaya de cadáveres y de miembros ensangrentados, que pendientes de las ramas de los árboles anunciaban bien pronto al viagero espantado que estaba ya en el pais de la mortandad.... En efecto, su caballo, como asustado, á cada paso que daba enterraba en el fango los cráneos, las cabelleras envueltas en barro y en sangre, saltando por troncos desfigurados, privados de su sexo por un acero impúdico; ó bien las ruedas de su coche destrozaban las cabezas, haciendo saltar los sesos á los

carriles cubiertos de sangre....

Si se acercaba á las orillas del Ebro, bajo los muros humeantes de Burgos (de gloriosa memoria), ¡qué de cuerpos! ¡qué de cadáveres no hallaba por anuncio triste de haber alli gemido tambien la humanidad!.... ¿Quién es el que no sabe igualmente la catástrofe del convoi de los ingleses en los desfiladeros de Salinas?.... ¡Cuadro horroroso, digno del pincel para ser transmitido á la mas remota posteridad!!!.... Veo aun entre Valladolid y Salamanca aquel escuadron de dragones mutilados, tiñendo la yerba con los cuajarones de su sangre; que vencidos y sucumbiendo á la fuerza de tres mil lanceros, perdieron en mil tormen-

tos una vida que habian respetado las baterías de Austerlitz y las escarchas de Eylau!.... ¿Cómo tendré valor para pintar este cuadro episódico, mas horroroso aun que la balsa de Medusa?.... Si por un lado la humanidad da impulso á mi pluma; por otro el pudor la detiene.... Mostraré yo á mis lectores la hermosa cabeza ensangrentada de aquel jóven Marte, que por primicias funestas de su valor sucumbe á los puñales de cinco asesinos que le clavan el corazon en la frente; y despues.... mas no, no proseguiré; pues su amante, si me leyese y pronunciara su nombre, se estremeciera; y como nueva Eloisa, ¿cómo podria soportar la idea de que su

dueño idolatrado habia descendido al sepulcro haciendo estremecer al amor con sus heridas?....

Y vosotras, amazonas intrépidas, cubiertas de sangre del enemigo, decid: ¿qué genio infernal os inspiró un frenesí tan raro? ¿Fue el amor de la gloria, de la libertad, de la religion, ó solamente el orgullo castellano el que os hizo despreciar los peligros?.... No, ya os oigo confesar que la venganza sola fue la que armó vuestros brazos femeninos: que el placer de degollar un frances fue para vuestro corazon la copa misma del placer, ya que no pudieseis tenerle en resucitar á vuestros padres, hijos, maridos y demas víctimas inmoladas por el furor de

un ejército destructor é inmoral: fuisteis y mereceis el nombre de heroinas por tomar parte activa en la defensa de vuestra patria. Llega el elogio hasta decir que saliendo apenas de vuestros brazos, mas de una vez traspasasteis en la misma noche el seno del que habia intentado deshonraros, sucediendo inmediatamente á la violencia todo el furor del espíritu de partido, todo el fuego devorador de las africanas....—No hagamos menos justicia á las fieles compañeras, que corriendo con denodado arrojo todos los riesgos de sus esposos en ambos partidos, sufrieron por muchos años sus infortunios.

Mas entre las mugeres que tomando una parte activa en la guer-

ra desastrosa de la independencia, levantaron partidas contra el ejército enemigo, se citará en la historia la famosa Colegiala como una valiente Juana de Arcos: jugando el sable con la maestría del mas aguerrido húsar, pudo lisonjearse frecuentemente de haber inmolado en muchos encuentros mas de veinte franceses por su propia mano: descubre, pues, tu pecho, valiente moderna Espartana, muestra las balas que le han herido, pues todas las ilusiones se desvanecerán al aspecto de tan imponentes cicatrices, y el cuerpo no necesita de velos cuando es adornado de la sangre de las batallas.

Este exordio preparatorio ha debido hacer conocer á mis lecto-

res, que su sensibilidad va á ser puesta á penosas pruebas con las *Catacumbas de la Hesperia*. Sangre por todas partes, y siempre sangre: ni el sexo, ni la edad, ni el rango fueron perdonados en esta guerra esterminadora por la espada del vencedor en cualquiera accion: guerra á muerte en el campo y en el lecho fue la divisa de los combatientes, y hasta el pacífico habitante vió en su albergue el estrago y la persecucion. El enemigo, al aspecto de sus víctimas mutiladas, enfurecido, usaba de represalias: la horrorosa carnicería de la Galicia, que tuvo sus vísperas galicianas, fue provocada por la venganza de escuadrones enteros franceses de húsares que ha-

bian sido degollados.... Mas atribuyendo á la fatalidad tan terribles catástrofes, no tratarémos de acusar á nadie, y proseguirémos el triste cuadro de nuestras sombras ensangrentadas, que nunca será mas que un bosquejo de los innumerables estragos que ha sufrido la España.

Entre los muchos gefes de partidas respetables que se formaron, como las del Empecinado, Porlier, don Julian, el Fraile, Salazar, Arranca, Cubillas, Tres-pelos, Tapia..
....
Hubo uno llamado S.... que fue de los mas temibles que diezmaron los convoyes del enemigo, los transportes de sus enfermos y sus destacamentos: su sistema era el

de no dar cuartel, y pronunciaba el decretò de muerte contra todo prisionero que al momento era conducido á su catacumba. Noticioso de haberse dado la órden en el ejército enemigo para pasar al filo de la espada á todo español prisionero que no pudiese marchar (órden verdaderamente impolítica á la par que inhumana), y que muchos de sus compañeros habian perecido en Valladolid á manos del verdugo; que sus miembros habian sido dispersados y sus entrañas colgadas de altas vigas en los parages teatros de sus crímenes, S.... pronunció el juramento terrible de ser implacable en su venganza: se dice que habiendo sido violentadas su esposa

y su hija en un fuerte tomado por asalto, y su casa incendiada (¡á qué no arrastran las desgracias de la guerra!!!....), el resentimiento que conservaba de estas pérdidas armó su brazo, y le hizo inexorable, siempre que tuvo ocasion de derramar sangre francesa en sus espediciones nocturnas. Su celebridad merece hagamos aqui un bosquejo ó rápido retrato de un héroe de tanta fama. S.... era hombre de buena figura, se hallaba entonces en la fuerza de la edad; pero la desgracia referida sin duda le habia hecho tomar un carácter áspero y de una ferocidad sin ejemplo: los homicidios militares eran para él una accion puramente física, que avezado ya á ejecutar-

los apenas hacian impresion en su alma, ni alteraban un momento su sangre fria: hacer un prisionero y *sangrarle* (esta era su espresion), era cosa que marchaba por sí sola, aunque algunas veces fusiló á los que cogia. A la cabeza de algunos escuadrones de tropas ligeras, y de un cierto número de infantes, como los romanos, marchaba armado de los despojos del enemigo: su casco algunas veces era el de un oficial de dragones, ó bien el colbak de un capitan de húsares, y su vestuario se componia, como el de otras muchas guerrillas, de los fragmentos de diferentes uniformes. A mas de esto hubiera sido imposible cogerle vivo, porque tenia, si me es permi-

tido esplicarme asi, un arsenal y una santa Bárbara sobre su cuerpo: su pecho erizado por todas partes de puñales, de dagas, de cuchillos, de cachorrillos; y su cintura, de la que llevaba siempre pendiente un alfange ancho desnudo, asi como las espaldas cargadas de una tercerola mui pesada, no permitian concebir la idea de atacarle sin correr los mas inminentes peligros: terrible para los soldados, castigaba un acto de clemencia como la mayor infraccion de la disciplina, y á todo respondia: *sangrarle*. Siendo el terror de los pueblos, de los montes, de las montañas que recorria, habia hecho temblar mas de una vez á los españoles mismos que él

acriminaba por las mas ligeras conjeturas de espionage, pues los hacia fusilar al momento á los pies de su caballo. A propósito referiremos la desgracia de cierta jóven del partido de Tordesillas, que presumiendo no haber ningun peligro en encargarse de una carta para el gobernador de Valladolid, la tomó por complacer al comandante: marcha sobre una mula acompañada de una criada, y apenas se halla en el monte inmediato á la villa, se encuentra con dos guerrillas emboscadas de la partida de S....: acuérdase al momento de aquella carta fatal, y calculando, pero ya tarde, sobre el peligro y su imprudencia, la arroja disimuladamente en un mator-

ral; mas por desgracia lo vieron algunos; y lanzándose sobre ella y sobre aquel parage, se apoderan de la carta, la conducen á la presencia de S.... informándole de tener inteligencia aquella señorita con los franceses en perjuicio de la nacion: rodearla, bajarla, asi como á su criada, de las caballerías, ponerla veinte puñales y veinte sables sobre su pecho, y tratar sobre el género de muerte y deshonor que debe sufrir, fue para la desgraciada jóven el primer suplicio que imprimió en todos sus sentidos el terror y el espanto, haciendo palpitar á su corazon con las mas dolorosas angustias. Este corazon tierno y sensible para colmo de su infortunio estaba ocu-

pado de la imágen de su amante, á quien por una constante virtud habia rehusado hasta entonces toda indulgencia criminal; sintiéndose al mismo tiempo por una crueldad sin igual de la suerte en el riesgo mas inminente en medio de unos hombres tan crueles y tan lúbricos.....

Mas no quiero herir demasiado la sensibilidad de mis lectores dilatando una escena tan horrorosa; y mientras la infeliz jóven señorita, despojada de sus vestidos y entregada á discrecion á la soldadesca, espira á manos de sus asesinos, y que su criada esperimenta igual suerte, cubramos su cuerpo ensangrentado y su pecho acribillado á puñaladas con un espeso

velo, y demos un desahogo á nuestro espíritu angustiado por tan horrorosa catástrofe, seguros de que los ángeles habrán recibido á N.... en su seno como una vírgen mártir, á quien Dios queria hacer comprar la felicidad eterna por los dolores mas terribles que puede sufrir un simple mortal; pero si el estéril suceso de estos asesinos no habia hallado ningun ostáculo, la escena va á cambiar bien pronto: el horizonte ya se oscurece con nubes de mil espesas cabelleras flotantes.... los últimos rayos del sol reflejan sobre cascos movibles que de lejos despliegan el prisma de un mar de fuego: el cuadro se acerca, divísanse espadas brillantes, se oyen clarines, relinchos

de caballos, y en fin, penetrado de un sombrío terror, S.... ha reconocido, pero demasiado tarde, los dragones de Kellermann.... La fuga, mas peligrosa que el combate, era pues un partido que no se podia tomar: nuestro héroe lo conoció; y sometiéndose á su fortuna y á la casualidad de las batallas, desplegó un valor, un denuedo que tocaba en prodigio: en vano las bridas de su casco partidas por varios parages, su brazo mal herido de dos fuertes sablazos, y su caballo muriéndose de un balazo al pecho, intentan forzarle á rendirse á discrecion: como invencible é intrépido español une su ferocidad con su valor, y no conoce otra alternativa que una

muerte gloriosa ó el triunfo: mas no oponiendo su gente tanta resistencia, tuvo que ceder á mayores fuerzas, y á favor de las sombras de la noche abandonó un campo de batalla que dejó sembrado de sus tropas. Hé aqui nuevas catástrofes: la sangre de tantos hombres fue derramada gota á gota al lado de la desgraciada Rafaela: los guerrillos vivos aun fueron acabados á estocadas sobre su cadáver, y parece que de este modo el supremo Ser tomó la venganza de aquella inocente víctima, haciendo exhalar cerca de ella el último suspiro á sus asesinos.... ¿Pero no habremos de levantar nuestros párpados sino para contemplar por todas partes tanta carnicería? La humani-

dad gime, grita y nadie la escucha.

Los dragones pusieron los cadáveres de estas dos jóvenes víctimas sobre unas angarillas formadas de ramas, y despues de haberlos cubierto con muchas hojas, los llevaron á Tordesillas, donde el Comandante de la plaza las hizo un entierro digno de su fin funesto. Al amante de Rafaela es á quien toca hacer la tierna elegía, y sacar del féretro en una poesía patética este corazon fiel, estos sentimientos de ternura que le consagró hasta sus últimos suspiros. Por lo que á nosotros toca, nos limitaremos á echar algunas flores sobre su sepulcro; y siendo forzoso proseguir desempeñando tan doloroso deber ya prometido, cual es el de describir

contínuamente escenas de sangre y de carnicería, vamos á seguir en su retirada precipitada á S....; y con mas motivo, habiéndose llevado prisionero al hijo único de un general de division, ayudante de campo, que se hallaba entre los dragones de Kellermann, que era la salvaguardia de un hijo suyo, quien habiendo caido en una emboscada tambien cerca de Burgos, ofrece á mi pluma la pintura de los caprichos los mas estraños de la guerra.

S.... despues de haber recorrido á toda brida mas de veinte leguas mudando caballos donde podia, haber dado vuelta á Salamanca, y ocultándose con sus guerrillas en el monte de Ciudad-Rodrigo, se introdujo insensiblemente en el de

Alba, y colocando sus centinelas, se metió en una especie de caverna que le servia de cuartel general.

Semejante á un leon que herido por los Numidas se retira furioso á su cueva, y lamiendo la sangre de sus llagas brama en silencio y medita su venganza; asi S...., irritado por sus heridas, ni aun cuida de ellas, y solo trata de curarlas con sangre francesa, como el único bálsamo que puede cicatrizarlas. *¡Cuerpo de Dios!* (se le oye jurar entre dientes) *ellos me la pagarán;* y sus oficiales se acercan á él temblando: sus miradas furiosas les hacen temblar, y temen pagar con su vida las desgracias de aquel dia. Sin embargo, el Maragato, su teniente, coloca sobre la

mesa una botella de aguardiente, rom y cigarros con algunos víveres que habian cogido á los franceses; y persuadido de que no podia decirle cosa mas agradable, le zumba al oido: «Y bien, el ayudante de campo que hemos encerrado en la cueva de los agonizantes mientras dabais vuestras ordenes.... ¿le sangramos?» — Guárdate bien, contestó con vehemencia S....: tu vida me responderá de la suya. ¿No sabes tú, Maragato, que mi hijo, mi querido hijo ha sido cogido por el 5.º cuerpo, y que mi rabia por estas consideraciones no puede tener otro desahogo que vanos suspiros? ¡Si el ayudante de campo, me han hecho saber por un cartel, no es respetado, mi desgraciado hijo pe-

recerá en un patíbulo!!!.... ¡Alternativa cruel que reprime mis justos resentimientos, y opone á mi furor un dique invencible!!!...»

Asi es como S.... desahogaba su dolor; y su mortal disgusto era no poder derramar la sangre preciosa que estaba á su disposicion. —«Quítame estas armas que me pesan, dijo á un oficial con un aire brusco: las aborrezco por haber hecho hoi traicion á mi valor.» Despójanle, pues, de su arsenal; y aun desarmado, segun está, parece, animado solo de su sombrío furor, el mas peligroso de los mortales. ¡Qué cuadro, si se considera sobre todo la localidad en que S.... hace el principal papel de esta escena! Verdaderas catacumbas horro-

rosas, los techos y los suelos estan cubiertos de huesos humanos recogidos del campo de batalla de Alba: por todas partes no se ve mas que tapias de huesos humanos; y los sesos de los hombres han servido alli de mortero. La luz está en un cráneo vuelto, del cual sale una llama rojiza; y el pie, helado de horror, no marcha sino pisando esqueletos espantosos.... ¡Tal es el santuario de la venganza que Isis misma no hubiera habitado sino con pavor!!!.... S.... sucumbiendo á la amargura de sus reflexiones sobre las pérdidas de aquel dia, iba á acordar sus derechos al sueño y tenderse sobre una tosca estera de juncos, cuando se deja oir un horroroso tumulto cerca del subterráneo....

S.... se arroja sobre las armas, y con sable en mano iba á correr al riesgo, cuando unas guerrillas de su banda, ó mas bien unos mónstruos cubiertos de sangre, llegan á su presencia con tres víctimas atadas de pies y manos, que habiéndose quedado un poco atras de un convoi que habia salido de Alba para Salamanca, habian sido apresados por sus verdugos.... — ¡Oh suerte cruel! esclamó Angelina, esposa de un cuartel-maestre de artillería, mirando á su marido atado y con la palidez de la muerte!!!.... ¡fatal destino! nada es el morir; pero qué de tormentos no nos estan reservados!!!.... Vicenta su hermana, con mas serenidad de espíritu, confiaba en la

Providencia, y fundaba sus nobles esperanzas en la religion.... ¡Ah! bien quisiéramos servir á estos tres desgraciados de ángeles tutelares, y abrirles con una vara mágica las puertas de aquellas horrorosas catacumbas!.... Pero ¡vanos esfuerzos! no hai arbitrio, tienen que perecer; y para mayor dolor ofreceremos á nuestros lectores el triste cuadro de su martir agonía!!!.... — De rodillas, dijo S.... en frances, dirigiéndose á M. Blaincourt, cuartel-maestre de artillería de la guardia impefial. ¡De rodillas! dice este: un rrances solo se pone así delante de Dios: á esta respuesta, pronunciada con voz firme, el capitan de guerrillas levanta un brazo arma-

do de un puñal triangular y con dientes de sierra, y se dispone á sumergirle en el pecho del oficial, cuando haciéndose superior á este primer movimiento de furor, parece se desdeña de teñir sus manos en la sangre de este desgraciado; y haciendo una señal á sus soldados, es arrastrado sin poder apenas echar una mirada y último á Dios á su esposa medio acongojada: sus lamentos no tardaron en hacer saber á la hermosa Angelina que habia ya cesado de sufrir; y en este estado de horror y desesperacion estaba reducida á envidiar la suerte de su esposo. ¿Qué hacia S.... en un momento tan atroz? Fijando sus miradas desdeñosas y crueles sobre la tierna Angelina,

y sobre su hermana, mas interesante por su candidez y juventud, parecia discurrir términos mas sangrientos que los golpes que destinaba á estos dos seres angelicales. « ¡Pues, señor, las dice moviendo la cabeza con ironía, hé aquí los bellos resultados de vuestro loco amor por un frances! Vender á su patria, deshonrar á su familia: tál es la conducta criminal de una infinidad de prostituidas que han tenido la imprudencia de formar lazos con el enemigo odioso, con el enemigo mortal de su nacion!!!....—Angelina se hubiera gloriosamente justificado, oponiendo á este insultante discurso la legitimidad de su union y la reputacion íntegra de su marido; mas

este esposo querido estaba ya en el sepulcro; este amante, este marido adorado habia ya dejado de existir: nada podia en adelante hacer que Angelina tuviese apego á la vida; y si por un momento tuvo el pensamiento de mover á compasion á sus verdugos dispuestos á quitársela, no fue mas que por implorar la gracia de su hermana, cuyos encantos é inocencia hubieran enternecido á los tigres mas feroces. Despues de algunas preguntas irrisibles é indecentes sobre el embarazo bastante adelantado de Angelina, S.... la mandó, así como á Vicenta, que hiciese su última invocacion á Dios.... — El terror de la muerte, del que el alma mas estóica no puede pres-

cindir, arrancaron de sus ojos algunas lágrimas de sorpresa y dolor; mas bien pronto haciéndose superior á la adversidad, presentaron dócilmente sus gargantas de alabastro á los puñales de los asesinos.... Angelina, que fue la primera que recibió el golpe mortal del terrible alfange, cae y nada en su sangre.... El golpe que ha recibido en las entrañas, hace rodar á su inocente hijo por aquel suelo cubierto de cráneos y de huesos.... Vicenta, mas desgraciada, causando con su hermosura veleidades monstruosas en el espíritu de los inhumanos satélites de S...., muere tambien, pero deshonrada antes; y no es bastante feliz para subir al cielo con aquella pureza

que hacia poco animaba su alma y su persona.... — En pocos minutos aquellas catacumbas infernales son una mansion horrible, donde algunos cuerpos aun palpitantes no pierden enteramente su vida física maquinal, sino sobre los huesos helados y envejecidos que los sirven de sepultura!!!....

La historia, menos escrupulosa que nosotros, irá acaso mas lejos; y queriendo preservar á las naciones futuras de tantos escesos, las dirá que pueblos civilizados, pueblos del siglo diez y ocho fueron antropófagos, y tomaron por alimento objetos sagrados que el pudor mismo no permite indicar.... ¡Oh noche sepulcral!!! redobla tus sombras, y no reveles ja-

mas al porvenir el misterio de tantas atrocidades y horrendos crímenes!!! Y tú, divina Clio, no olvides el pudor de la Europa en tus narraciones demasiado austéras; oculta á los siglos venideros nuestros errores insensatos; publica la historia de nuestras virtudes y no la de nuestros crímenes, y harás menos terrible el juicio de la posteridad.

El curioso lector, atónito bajo los paños sepulcrales de todas estas sombras ensangrentadas que contienen estas tristes páginas, tiene sin duda la vista fija en el desgraciado ayudante de campo, cargado con el peso de ochocientas libras de cadenas, sin otra cama que los cadáveres amontonados

y corrompidos, ni otra luz en este asilo tenebroso que el reflejo de la luna, que penetrando por un estrecho respiradero, refleja alguna vez sobre el blanco de los cráneos que el tiempo habia despojado de sus cabellos.... Estos rayos escasos de luz, lejos de poder tranquilizar el espíritu de nuestro desventurado, no hacian sino al contrario aumentar su inquietud y horror, tanto mas cuanto que los rayos del astro del crimen reflejando en los ojos de los cadáveres asesinados en aquel dia ó la víspera, producian las imágenes mas horrorosas: echaron delante de él los cadáveres cubiertos de sangre de tres víctimas y sus pies nadaron en ella.... . . . . .

¿Se creerá que la esperanza, este rayo divino que penetra hasta el corazon de los mayores criminales, tuvo lugar acaso en esta mansion de horror, en medio de los sentimientos de desesperacion de nuestra joven víctima? La existencia es tan apreciable á los hombres, que disputan á la muerte el terreno de la vida pie por pie; y aun estando ya en el abismo, todavia se agarran del último hilo de sus miradas moribundas.

Dormancei (este era el nombre de nuestro ayudante de campo) habia visto de cuando en cuando una sombra que iba y venia, y la punta de una lanza que habia brillado igualmente á sus ojos, no le permitia dudar que fuese una cen-

tinela española que guardaba aquel costado del cuartel general de S.... Mas sin embargo, ¿qué inferir de esta circunstancia? Otro no hubiera hallado sino una razon mas para perder la esperanza de poder por algun medio lograr la libertad; pero Dormancei sin embargo vió en ello su felicidad. En efecto, llegándose á cubrir el cieló de espesas nubes, sobrevino una tempestad terrible, y este caos de los elementos no era alumbrado sino por repetidos rayos que aumentaban el horror de tan triste espectáculo: á favor pues de este desorden de la naturaleza, veinte y cinco carabineros del 15 ligero, informados por un tránsfugo del sitio donde se hallaba la guarida de es-

tos mónstruos, salen de Calvarrasa, pueblecito distante pocas leguas del monte de Alba del Tormes, se introducen en él á la rastra y silenciosamente con el sable entre los dientes hasta las centinelas, las degüellan, y se precipitan en las catacumbas haciendo una carnicería horrorosa de todos los guerrilleros que estaban dormidos. S.... solo, aunque acribillado á balazos, es el que se escapa. A estos movimientos tumultuosos Dormancei, recuperando todas sus fuerzas, hace oir su voz lastimosa y exánime: el Teniente de los carabineros que mandaba la espedicion, enciende una hacha y se dirige al punto de donde salian aquellos gemidos.... ¡Qué espec-

táculo de dolor y de alegria! Reconoce á su hermano, á su querido hermano, á quien no habia visto despues de muchos años. Librarle del peso de sus cadenas, llevarle triunfante entre los valientes que habian contribuido á su libertad, reanimar su espíritu desfallecido con algunos licores; todos estos tiernos cuidados fueron para su generoso hermano de menos tiempo que el que necesitamos para referirlos: los tesoros que los carabineros hallaron en estos subterráneos, les indemnizaron superabundantemente de los peligros que habian corrido: por medio de algunos barriles de pólvora hicieron saltar aquellos horrorosos calabozos; y los cadáveres del cri-

minal y del inocente, mezclados en masas de tierra inflamada, confundieron sus miembros en una terrible esplosion.... ¡De esta suerte aquel suelo cubre bajo un mismo velo las víctimas del crímen y los héroes de la virtud!!!....

Aqui es donde creemos deber aprovechar y citar aquellos célebres versos de Young de su undécima noche:

«Cuando esta noche total descenderá sobre el Universo, cuando la bóveda oscurecida cerrará el sepulcro de la raza humana, este sepulcro que debe aprisionarla para no soltarla jamas, podrá llevar este triste y último epitafio:

«Bajo las ruinas confusas de

los mundos demolidos, bajo esta vasta tumba de la naturaleza entera, aqui yace la raza humana, polvo insensible: aquí, junto á la bestia, sepultados en masa, humillados á los destinos de la materia vil que jamas sintió la vida y la luz, duermen en la nada estos seres maravillosos, estos átomos pensadores, especie lamentable; soberanos desgraciados de un globo deplorable, herencia de los gusanos, obra maestra de los cielos..... Esclavos oprimidos por un tirano invisible, vivieron un dia sitiados de terrores, y el otro los vió perecer en medio de dolores: todo su ser ha vuelto á entrar en el caos horrible, han deshonrado el nombre del Criador: Dios para

atormentarlos: los mostró la feli-
cidad.»

«Detengámonos aqui; y si esta es nuestra historia, lloremos sobre la especie humana: no somos mas que fantasmas, menos que una sombra, inferiores á la nada: la naturaleza no es mas que una tabla en blanco: nada hai real mas que nuestra miseria. ¡Qué perspectiva tan espantosa! Un mundo gimiendo; la tierra, un campo de carnicería donde el hombre no hace mas que destruir; un elemento donde millones de seres no tienen mas que trabajos, horrores y destruccion: ¿habrá el Eterno querido ser deshonrado por la creacion de semejante Universo? Fuera una blasfemia el creerlo: nada

perece en este inmenso buque del Universo. Un Dios que todo lo produce y lo conserva, es el único verdadero, es un ser bienhechor, y su placer es el de darnos la felicidad que nosotros mismos nos quitamos mútuamente con tantos crímenes y desaciertos.»

Todo este trozo es tan interesante, que nos ha parecido no ocuparia aqui un lugar ocioso: mas dejemos este tono misantrópico, y trasportemos la imaginacion de nuestros lectores á un teatro mas sangriento; y no sean para ellos estos horrorosos episodios, que una pluma fiel ofrece á sus ojos, mas que preludios insignificantes en parangon de las inmensas llanuras de carnicería, cuyo cuadro vamos

á bosquejar, solamente para no afligir tanto con la narracion de infinitos horrores que callámos, para no resentir con su recuerdo á la humanidad.

Cien trompetas anuncian la carga sobre el campo de batalla de Alba del Tormes cerca de Salamanca: son las cinco de la tarde del 3 de noviembre de 1810, y diez regimientos de dragones franceses auxiliados de 15.000 de infantería en persecucion del ejército del Duque del Parque van en una sola carga á fijar la victoria bajo sus estandartes.... En vano un cuadro de infantería española intenta oponer alguna resistencia por sus masas reunidas y erizadas de hierro; en vano el rayo vomita la

muerte en los cuatro ángulos de este cuadro: el ángel de los combates ha decretado la derrota esterminadora; y en el espacio solo de una hora no se ve en todos los puntos del horizonte mas que cadáveres blancos y colorados, que tendidos sobre un terreno pedregoso queman el último incienso, y exhalan los últimos vapores del calor de la vida....

Nos guardaremos bien de entrar en disertaciones metódicas de marchas y demas movimientos, de seguir al Duque del Parque en su retirada, y de hacer de estas páginas rápidas un código de táctica militar: nuestro objeto se limita á recoger de estas grandes catástrofes de la valerosa nacion española

la parte dramática, y de aislarla para que sirva de parte importante á nuestra *Galería fúnebre*. Recorramos, pues, este vasto campo de batalla en la misma mañana siguiente de la victoria del enemigo, y reuniendo todo nuestro valor, todo el espíritu de nuestra alma, esforcêmonos como filósofos estóicos á soportar este sangriento espectáculo....

Mas en vano será querer recorrer á caballo todo el terreno cubierto de tantas víctimas de un heróico patriotismo!!!.... El animal relincha, retrocede espantado; y en su repugnancia á estos montones de cadáveres que no se atreve á pisar con sus pies, ¿no acusa tácitamente la ferocidad del

hombre al ver que no le repugna ni estremece marchar sobre los cuerpos de sus semejantes?.... Vamos, avancemos, y veamos en lo moral aquellas actitudes convulsivas con que la muerte muestra su horroroso aspecto.

Habiendo caido la escarcha cristalina de una noche fria sobre estos cuerpos enteramente desnudos, se habian detenido por un efecto físico del temperamento las hemorragias de las heridas, y formádose regatos de sangre coagulada á ciertas distancias de la que habia corrido con abundancia de las heridas penetrantes abiertas en aquel degüello horroroso.... Pero si el cuerpo está enteramente destruido, si la naturaleza entera se

halla en el sepulcro, la figura parla, los músculos espresan alli aun por sus contorsiones terribles el sentimiento de la rabia ó desesperacion con que el paciente ha exhalado el último suspiro; y esta figura animada de las impresiones del combate de la víspera es la que ofrece un triste cuadro á la imaginacion: de este modo las pasiones del hombre, cuando se hallan en el mas fuerte parasismo, aunque sobre cuerpos inanimados, ofrecen aun aqui la imágen de su furor. Aquel sargento, herido del golpe mortal, por una rareza singular que los prácticos solos pueden esplicar, y que creo llaman *tétanos*, habia quedado casi de pie en la actitud de defenderse, en términos de

creerle desde lejos vivo, y solo acercándose podria desvanecerse este error; mas entonces su furor, aunque sin vida, causaba mas terror, siendo á nuestros ojos uno de los mas espantosos autómatas del genio de la muerte. ¿De quién es, cerca de esta pila de cadáveres que algunos aun moribundos hacen esfuerzos en su agonía convulsiva, aquel cuerpo hermoso, aquel cuerpo de alabastro, cuyas formas y carnes de marfil hacen sobre la yerba el efecto de un ramo de azucenas tendido?.... Volvámosle en medio de nuestra dolorosa curiosidad.... ¡Ah! es de una hermosa jóven: ninguna herida sin embargo se halla en su piel; mas su amante, á quien nunca quiso de-

jar, ha perecido junto á ella; y este golpe mortal ha sido el de la muerte igualmente para su amiga. Allí hai un grupo heróico de artilleros que han perecido al pie de sus piezas: aqui unos religiosos batiéndose por el altar y el trono con un crucifijo en la mano y una espada en la otra, han sucumbido en los esfuerzos de su santa audacia: algunos cintos llenos de oro nadando en mares de sangre se hallan cerca de los cadáveres de unos oficiales superiores: esta especie de buitres que siguen los ejércitos, y que no viven, como las hienas, sino de la carne que desentierran con sus uñas, no tardarán en descubrirlos. Si de los detalles pasamos al conjunto de

este tremendo cuadro, ¡qué dominio tan vasto no conoceremos en la muerte! Apenas alcanza la vista el fin de este campo de mortandad. ¿Veis allá á lo lejos, donde el cielo parece tocar con la tierra, aquellos cadáveres esparcidos de trecho en trecho?.... Esos son los de algunos fugitivos que habiendo creido hallar su salvacion en la ligereza de sus piernas, han sucumbido sin embargo al alcance de la caballería ligera: estos desgraciados habrán debido sufrir mucho mas, porque libres ya de los peligros del teatro de la accion principal, se creyeron seguros al aspecto de aquellas montañas que rodean el horizonte; montañas que sin duda consideraron como

su mas precioso refugio. Mas aun no se ha derramado bastante sangre por las furiosas manos de Belona: una política mas cruel se empeña en sacrificar las víctimas espirantes que no ha podido acabar de inmolar á su sed esterminadora; patrullas con las culatas levantadas acaban á boca de jarro con todos los desgraciados que tienen la desgracia de dar aun alguna señal de vida, tendidos sobre aquella tierra regada de sangre humana, y sepulcro de todo ser viviente que por su desventura en aquel dia memorable la llegó á pisar. ¡Ah!.... despues de referir estas atrocidades belicosas, creeriamos no tener ya que decir ni añadir á tantos horrores; mas el ge-

nio del mal no estaba satisfecho por haber quedado con aliento muchas víctimas aun, que pensaba disminuir del linage humano. ¡Oh genio infernal, verdugo de la humanidad! ¿Doce mil cadáveres, que entre los lacedemonios merecian las coronas del Areópago, no son un sacrificio bien grande á los altares de Marte?.... Te engañas, lector mio, si tal te persuades; pues si el campo de batalla te ha hecho estremecer, la sangre que corre por todas partes en la poblacion inmediata va á horrorizarte mucho mas: á la codicia del botin se une la brutalidad de los sentidos y la indisciplina é inmoralidad de costumbres: aquél sagrado recinto, aquel convento de vírgenes consagradas á Dios, que

bajo el buriel ó sayal y la toca encubrian tan cuidadosamente su inocencia y hermosura, no tienen ya en sus celdas, en su refectorio, en su templo, al pie del altar mismo mas que temores de ser profanadas por unos mónstruos.... En vano los gefes de aquellas hordas hacen todos sus esfuerzos para oponerse á unos escesos tan horrorosos y repugnantes aun á su misma irreligiosidad; la embriaguez del vino y de sus sentidos no conoce gerarquías; y frecuentemente la víctima de la lujuria vió sumergida inmediatamente en su pecho la espada de aquel que acababa de deshonrarla, juntando asi la muerte con la infamia. Las llamas de veinte casas incendiadas protege la fuga infructuosa de un centenar

de señoritas mal vestidas y desmelenadas, guiadas de la desesperacion. El oro, los vestidos, los preciosos trages, los muebles esquisitos, los licores, los comestibles diseminados por las calles, no dejan ya esperanza de poder contener el torrente del pillage; y del esceso mismo del crímen es de lo que únicamente puede esperarse por aquel pueblo infeliz el fin de sus desastres y mortandad, cuando aquellos hijos del infierno se vean hartos y cansados de matar, de violar y de robar. ¡Qué bello, qué grandioso, qué placentero es el ver en tales circunstancias que un hombre, un héroe aventura su vida por contener el desorden, y ciñe, aunque ya vencedor, su frente con las nuevas coronas de la cle-

mencia! ¡Qué tierno es, digo, el acto de seguirle por los suntuosos aposentos que una soldadesca furiosa saquea de fondo en colmo, y verle salvar con peligro de sus dias á hermosas jóvenes anegadas en llanto por el último peligro de su deshonor y de su muerte!!!.... Este triste y tierno espectáculo no ha sido raro en España: entre las hordas abominables de aquella inaudita invasion hubo (seamos justos) individuos que enjugaron algunas lágrimas, y dieron pruebas de humanidad y de religion: mas á propósito harémos el justo panegírico que merece la conducta heróica que tuvo el dignísimo Obispo de Palencia, quien al ver que un cuerpo de ejército español, batido en la batalla de Rioseco, tomaba en la

ciudad el camino del hospital de los franceses heridos, con la intencion de degollarlos para vengar su derrota, se lanzó en medio de ellos como una saeta, los pasa, y subiendo precipitadamente sobre los escalones del peristilo del hospital, esclamó con una voz formidable: «¿A dónde vais, españoles? ¡Cómo!.... ¡á la vergüenza de una derrota quereis añadir la de un asesinato inaudito en los anales de la guerra!.... Mas antes de entrar, hijos mios, ved aqui el camino por donde debeis pasar,» les dice, descubriendo su pecho.

Contenidos al aspecto de este héroe, de sus dignidades episcopales, petrificados en cierto modo por tanta grandeza de alma, ven caer las armas de sus manos, y esta vez

la verdadera religion salvó á millares de franceses, cuyas sombras hubieran tenido nuevos crímenes de que hacer cargo á la España. Mas si tan bellas acciones brillaban en medio de las hostilidades las mas sanguinarias, ¡qué atrocidades y venganzas no se cometieron con los franceses!!!.... Se habló mucho tiempo en una ciudad de Castilla de un personage distinguido (mas sin embargo no estamos seguros del hecho), que teniendo alojados en su casa veinte á veinte y cinco oficiales franceses, les sirvió una soberbia comida, en la que los envenenó á todos, incluso él; y no fue sino á los postres, que declarándoles su suerte y la suya propia, los saludó con un á Dios mortal, y pereció él el primero á sus ojos con

las mas horribles convulsiones.

En fin, esta guerra fatal, foco de discordia y de crímenes, justificando de las dos partes las mas terribles represalias; será para el historiador un manantial fecundo de grandes acontecimientos, en los que ofrecerá á los venideros el espejo de la temible verdad que hoi fuera bien peligroso presentar á los contemporáneos. Concretémonos, pues, á bosquejar rápidamente este cuadro de las Catacumbas españolas, para que ocupe su lugar en nuestra *Galería fúnebre.* Sembremos nuevos laureles sobre las inmortales murallas de Zaragoza, Ciudad-Rodrigo, Lérida, Talavera y Tarragona. Hagamos justicia igualmente, y rindamos el debido homenage al valor de los ilustres

Castellanos, Catalanes, y á la España toda, que haciendo esfuerzos sobrenaturales, supo sin mas elementos que su constancia y su valor vencer al que nunca fue vencido; formemos el voto filantrópico de que en veinte siglos ningun escritor es capaz de agotar una materia tan dolorosa en los fastos de la Península, y convengamos en que la Europa entera la es deudora del incomparable bien de haber sido derrocado el colosal poder que la tenia ya encadenada, hasta que la Hesperia invencible, á costa de su sangre y con el auxilio divino, logró su independencia y rescató á su Rei.

FIN DEL TOMO III.

GALERIA FUNEBRE

DE ESPECTROS

Y SOMBRAS ENSANGRENTADAS.

TOMO IV.



GALERIA FUNEBRE

DE HISTORIAS TRÁGICAS,

Espectros y Sombras ensangrentadas.

SU AUTOR

D. Agustin Perez Zaragoza Godinez

dedícala

Á LA AUGUSTA REAL PERSONA DE S. M.

DOÑA MARIA CRISTINA DE BORBON,

Reina de las Españas,

bajo la Real proteccion del REY N. S. (Q. D. G.)

TOMO IV.

MADRID: Junio, 1831.
Imprenta de D. J. PALACIOS, *calle del Factor.*

HISTORIA TRÁGICA 8.ª

CAMILA Y LIVIO,

Ó LOS EFECTOS

DE UN AMOR DESGRACIADO.







Amantes desgraciados! He aquí el fin de vuestra vida y de vuestros amores

No hai cosa, por buena y saludable que sea, que no pueda convertirse en daño del que la recibe, asi como los manjares mas sanos engendran la indigestion en cualquiera estómago que se sacia de ellos con glotonería; de manera, que lo que de sí es mui bueno, se convierte en malos humores y corrompe la sangre mas pura. La sagrada Escritura es el pasto mas útil al alma; y si un ser maligno la interpreta trastornando su sentido, viene á ser la ruina del hombre:

lo mismo, pues, sucede con el amor, cuyos efectos, si se ha manejado por la razon y con el juicio que debe dirigirse toda accion humana, son útiles y decorosos; al paso que obrando ciegamente se lanzan los hombres á los mayores precipicios de una loca fantasía, y no hai cosa mas perniciosa ni que mas los esponga, que dejarse arrastrar sin reflexion ni continencia por una pasion desenfrenada y vehemente. Y verdaderamente estos atolondrados amantes debieran hacer algun uso de su entendimiento para obrar con mas cordura, viendo los errores y la ruina de otros que por su irreflexion y frenesí se enagenan y vuelan al precipicio condu-

cidos por esta pasion, que sin riendas que la contengan, produce todos los males que pueden sobrevenir á los hombres. Los indiscretos en amor se parecen á aquellos que viviendo de latrocinios y viendo subir á sus compañeros al patíbulo, continuan sin embargo en tan desgraciada como detestable vida.

He tomado, pues, para la presente historia el argumento de una locura estraordinaria ejecutada por uno de aquellos que abandonando el uso de su razon, llegan á afectar de tal manera su corazon, que fallecen sin conocer que son los asesinos de su alma; y por disculpas que se pretendan discurrir para dar un colorido á estos vicios,

que yo llamaria manía, procedente de un humor melancólico y de un cerebro, que dirigido por un mal genio maquina cosas propias de la demencia que le domina, siempre será criminal la conducta de los que con una impaciencia desesperada dan fin violentamente á su vida, por mas que esos somnámbulos llamados filósofos doren y ensalcen semejante accion, dando el título de heróica constancia á lo que no es mas que una accion inmoral, ó digamos un rapto de locura digna de compasion. Mas dejando estos discursos, volvamos al punto en cuestion, cual es el fin desgraciado y lamentable de dos infelices amantes que murieron en una misma hora, el

uno de alegria, y el otro de pesar sorprendido por un estremado dolor: suceso maravilloso, curioso y divertido por la novedad interesante que encierra, como verán mis lectores, si tienen la paciencia necesaria para leer la historia que sigue; la cual me prometo que cuando no produzca los efectos saludables que deseo en las costumbres, les servirá al menos de recreo y distraccion.

En tiempo del papa Alejandro VI, Borgia de sobrenombre, acaeció en la ciudad de Cesenas, perteneciente entonces á los dominios de César Borgia, sobrino de este Pontífice, el suceso singular que vamos á referir. Residia pues en esta ciudad un jóven llamado *Livio*, que

habia vivido solo con una hermana, cuyo nombre era *Cornelia*, despues de haber fallecido sus padres; y no lejos de su casa vivia otro caballero bastante rico que se llamaba *Regnier*, quien tenia un hijo nombrado *Claudio* y una hija llamada *Camila*: con motivo de la vecindad y de haberse casi criado juntas, eran tan amigas estas dos jóvenes, que en todo el dia no se separaban, de lo que se complacian mucho *Regnier* y su esposa, por el aprecio que toda la ciudad hacia del mérito y virtudes de Cornelia; y esta familiaridad era mas fácil de continuarse por Camila, estando casi siempre ausente su hermano con motivo de su tráfico en Roma. *Claudio*, el hijo de Renier, in-

teriormente sentia (no sé por qué, y él mismo no hubiera podido decir la causa) un odio tan singular á *Livio*, que era causa de no poder Camila hablar delante de él á su amiga Cornelia por la mala cara que la ponia, teniendo que esperar á la ausencia del hermano; pues amándose cordialmente, no podian vivir de inquietud si pasaba un solo dia sin verse, y porque teniendo mas libertad para sus diversiones y privanzas en casa de Cornelia que en la de Camila, que tenia padre y madre, se hallaban allí frecuentemente las jóvenes de la vecindad, donde se servian frutas y dulces despues de las comidas, divirtiéndose con mil juegos, y usando de aquellas confianzas

comunes y acostumbradas entre las jóvenes de tal edad, que son siempre para ellas mas placenteras que todas las delicias y pomposas diversiones de las princesas, respetadas, servidas y honradas con mil obsequios de todos los enamorados de la Corte. Durante esta reunion, Livio que veia entrar y salir frecuentemente á la hermosa Camila del cuarto de su hermana, empezó á sentir en su corazon los efectos del veneno amoroso que le atormentaba al mirarla, ni mas ni menos que le sucedió á Dido besando á Cupido bajo la figura y semejanza del joven Ascanio, hijo de Eneas; y no pudiendo resistirse á esta primera impresion, se dejó arrastrar, sin

saber cómo, de sus deseos, entregando sin resistencia la fortaleza al primer asalto; sorprendiéndole tanto esta espontánea debilidad, hija de la ilusion y de las astucias de amor, que llegó su frenesí al estremo de no pensar, hablar ni respirar mas que lo que este Dios falaz le permitia, y de tal manera enagenado por esta pasion, que sin seguridad de la recíproca hallaba placer en sus mismas inquietudes, y se gozaba en sus fantasías: hubiera parecido tener alguna disculpa si el frecuente trato de Camila hubiese encendido aquel fuego en su alma, y hubiese hablado á la de quien era ya un ciego idólatra. Pero ¿cómo? desde que un hombre empieza á sustraer-

se al imperio de la razon, es conducido á pasos lentos, pero progresivos, sin parar hasta llevar á cabo el proyecto de sus desvaríos y locuras. Este tierno palomito de pluma en pelo encubria en su alma lo que no se atrevia á manifestar, y tenia una singular satisfaccion en figurarse fácil de lograr lo que deseaba, suponiendo en Camila sus mismos sentimientos, y creyéndola tan esclava como él se hallaba encadenado por su hermosura; de manera, que aun estando solo se complacia como si estuviese en presencia de su diosa, y la dirigia su arenga de esta suerte: «¿Quién es este Dios que privando á mi corazon de su alegria y libertad, ocupa todo mi pensamiento en con-

templar tu hermosura, la mas peregrina que han criado los cielos? ¿De dónde proviene esta fuerza casi irresistible, que sometiendo mis sentidos todos á su voluntad, inflama mi imaginacion para dar mas vehemencia á este deseo de consagrar mi corazon y albedrio á un ser ya dueño absoluto de mis acciones? Mas digo: ¿en qué consiste esta mudanza tan repentina en mí, de trasformarse en un segundo mi libertad en una esclavitud tan grata como si fuese señor de todo el mundo? ¡Ah! yo miro esto como cosa estraordinaria y obra superior: tal es el estado en que yo me hallo como por encanto; pero el resultado es bien triste para mi corazon; pues deslum-

brando esta pasion mis sentidos, me hace esclavo de la que mas libre que yo, acaso se burlará de mi pena, despreciando esta inclinacion. ¿De qué me sirve, pues, abrazar la sombra, cuando el cuerpo se aleja de mí? Yo soi como el camaleon, que vive del viento, pues me aliento solo de los favores que la fantasía forma en mi cerebro. ¡Oh qué felices son los seres que el cielo crió tan insensibles y groseros, que nunca pudieron recibir las impresiones del amor! Nosotros por él somos infelices, y carecemos de aquella venturosa calma que ellos disfrutan mientras se arde nuestro corazon: tormentos, tristeza, furor, desgana, y ninguna tranquilidad hacen pesada y enfadosa la

vida, por tener un espíritu generoso y sensible, y tomar como placer supremo lo que nos atormenta mas que juntas todas las penas que pueden afligir á los mortales. ¡Ah, imbécil y torpe naturaleza de los hombres, cómo te embruteces y esclavizas con las pasiones que en ti misma sustentas! ¿Qué es lo que digo? ¿está en el poder del hombre emanciparse del amor y apagar su fuego cuando inflama su corazon? ¡Ah! ¡está mui distante de mi alma este concepto! porque de un millon que caigan en sus lazos, no veo uno que disponga libremente de su pensamiento sino á placer del objeto destinado para triunfar de su albedrio y libertad. ¿Y qué mal

resulta de amar las cosas hermosas; pues que lo bello está tan unido á lo bueno, que separado el uno del otro pierden ambos su mérito y escelencia? No, yo te amo, Camila: yo te amaré; y si la desgracia me privase de la recompensa á que aspira mi alma, al menos conservaré en mi imaginacion la gloria de haber consagrado mi cariño y lealtad á la que fue ingrata á mi ardorosa pasion. Pero no, Camila es piadosa y sensible, y no despreciará el obsequio que la hago de poner á sus pies mi rendido corazon. ¡Mas ah, Dios clemente! ¿Cómo podrá Camila corresponder á esta pasion, si la tengo oculta en mi pecho sin manifestarla mis deseos, y el fin á que aspiro para col-

mo de mi ventura y fin de mis suspiros y mis ansias? Animo, pues, Livio, y no te detengas en el camino que va á tu felicidad: muestra tu herida, y declara tu dolor para recibir el remedio saludable que necesitas.» — De esta suerte se propuso hablar á Camila; pero apenas la veia, le dominaba siempre un éstasis tal, que le impedia comunicarla sus dolencias, siendo causa esta cortedad de irse de un dia á otro desmejorando y perdiendo la frescura de su juventud; en términos de no parecer ya aquel Livio de tantas perfecciones y amabilidad, que se presentaba tan alegre y sociable en todas partes; pues se habia quedado pensativo, melancólico, y tan amante de la

soledad, que era imposible hacerle concurrir á ninguna reunion donde la juventud se distrae y se instruye: las mismas señoritas que visitaban á su hermana, no cesaban de hablar de esta mudanza de Livio: las mas, atribuyéndolo á la falta de discrecion y á su carácter brusco; y las otras, hiriendo en el blanco, se afirmaban en ser efecto de las mortales heridas del hijo cruel de la hermosa Cypris. Cornelia, pues, afligida, tanto de la vida solitaria de Livio, como de la opinion que muchas habian concebido, fue una tarde á su cuarto, y despues del saludo fraternal le habló de esta suerte: «Es mui posible que estrañes venga á verte á estas horas contra mi costumbre;

pero mi cariño me ha obligado á exigir del tuyo una esplicacion que ya debieras haber declarado á una hermana que tanto te ama, para poner los medios de disipar tus penas, ya sea distrayéndote del objeto que las cause, si es nacido de alguna idea fantástica, ó ya sea ayudándote á realizarla si lo merece; pues asi lo exige la conservacion de tu vida; porque te aseguro, hermano mio, que me veo tan avergonzada de oir los cuentos que se forjan de tus sueños y manera de vivir, que si esto dura mucho tiempo, haré lo mismo que tú, encerrándome de tal suerte, que ninguno podrá verme ni hablarme; pues cuando veo que te desprecian y se mofan de ti, llamán-

dote adusto, taciturno y fanático, puedes considerar el placer que me causará, siendo asi que antes me gloriaba de verte alabar de alegre, fino, cortés, complaciente y amable en todas las sociedades. Te suplico, pues, por estas razones, hermano mio, me digas cuál puede ser la causa de tu soledad y tristeza, y si yo puedo aliviarte en algo, aunque sea á costa de mi vida; pues te juro que me apresuraré á realizar cuanto fuere necesario mui gustosa en tu obsequio, para ver restablecidos tu carácter, tu salud y tu buen humor.» —Livio, oyendo hablar á su hermana con este interés, y prometerle con tal afecto lo que nunca se hubiera atrevido á insinuarla, la respondió

suspirando: «¿Cómo, hermana mia, puede mirarse con admiracion que un hombre alegre y sociable adopte á veces las costumbres de un melancólico? Fuera necesario ser un ángel y estar desnudo de pasiones, para no cambiar nunca de humor y dejar de manifestar la tristeza de su corazon en el semblante segun las ocurrencias. No hai duda, son mas perfectos y felices los que pueden ser superiores constantemente á los reveses de la fortuna, disimulando lo que sienten y piensan para que nadie lo conozca; pero yo no soi tan perfecto ni podré serlo, pues siempre mi semblante indicará los sentimientos de mi corazon; á mas de que mi mal es tan noble que no

debo avergonzarme de decirle á todo el mundo, y descubrir la causa principal; y para no tenerte mas tiempo con la curiosidad y deseo de saberle, te confieso que todo el mal que yo sufro, y esta mudanza que ves en mí, no proceden sino de amor: ese tirano, hermana mia, es el que martiriza mi alma; y privando á mi corazon de todo gusto y libertad, me quita tambien el placer de la sociedad, con tal imperio, que no podré ya recuperar aquel carácter y alegría que tú deseas, sin lograr ser correspondido de la que sobre mí ha tomado tal dominio, que solo la dicha de ser su esclavo es lo que para vivir necesito y apetezco. Pero no es por una cosa de poco valor

mi tristeza, pues padezco y suspiro por la misma hermosura, cuya modestia y gracias hacen queme olvide de mí mismo para pensar solo en su perfeccion: sí, ella es la que ha esclavizado á Livio, trasformándole en un hombre nuevo, y tal, que ya no ve, piensa, conoce ni desea mas que aquella deidad que está grabada en su alma.» —Cornelia al oir esta esplicacion confusa de su hermano, no pudo, al ver su azoramiento, contener la risa ni las lágrimas de compasion, viendo á aquel pobre amante tan perplejo y contemplativo de resultas del éstasis en que le dejó su larga y espresiva relacion; y esta tonta vergonzosa, poco práctica en tal ministerio, queriendo des-

impresionarle y consolarle, le dice: Mui bien, hermano mio, has perorado y soñado perfectamente sobre esa divina diosa que idolatras y á quien dedicas tus devociones: ahora me dirás quién es, para tener el honor de conocerla y hacer el oficio de intercesora, pues que no te atreves á declararla tu inclinacion.— ¡Ah! hermana mia, le responde Livio; tú te ries y no sabes lo que yo sufro.—Pero hermano, repone Cornelia, ¿quién es esa deidad? vamos. ¿Tampoco á mí te atreverás á decirmelo? ¿temes acaso que yo te la robe, ó que me enamore de ella para privarte despues de su cariño?—No es eso, hermana mia; sino que yo quisiera me dieses palabra de socorrer-

me y ayudarme luego que te la nombre.—Yo te doi mi palabra, y confia en mí, pues á cualquiera precio que sea te prometo ser tu mensagera y protectora, luego que la conozca.—Livio, abrazando á su hermana lleno de gozo y gratitud, la dice: Camila, tu compañera es la que ha cautivado mi corazon, trasformando á tu hermano de la manera que ves: te suplico pues, querida Cornelia, que la hagas conocer mi ciega pasion y tormento, asegurándola que si desprecia mi cariño, será imposible que yo pueda sobrevivir á tal declaracion.—Mui bien, hermano mio, dice Cornelia, yo haré mi deber, y no omitiré diligencia alguna que pueda contribuir á tu ali-

vio; solo te suplico depongas tu pena y te alegres, saliendo de esa soledad y tristeza en que te veo sumergido, para que tu querida no crea al verte en tan triste estado, que la hace el amor un hombre estravagante y demente.—Segun veo, hermana mia, tú no entiendes de amor; pues de tener alguna idea, supieras que su delicia son las lágrimas, los suspiros, los sollozos, la tristeza, la incomunicacion con la sociedad y los placeres; asi es que aquellos que son mas constantes y leales, demuestran por estas señales su carácter sensible y su firmeza, siendo el indicio mas vehemente de su verdadera pasion; al paso que los que no sufren estos crueles efectos, no

es posible tengan radicado su afecto, pues que no padece su corazon. — ¡Hé aqui una buena filosofía! repone Cornelia : yo mas quiero no tener amor, que verme atormentada por esas pasiones, derritiendo y secando mi cerebro á fuerza de lágrimas y cavilaciones, y esponiéndome á un frenesí como el que veo en ti, que te priva de todo contento y reposo. — ¡Cómo! ¿contento dices? Mas placer disfruto yo en mi imaginacion cuando contemplo interiormente las perfecciones y las gracias de mi amada Camila, que tú sin las aprensiones ni esclavitud que me causa el amor. — Mui bien, dice Cornelia, vive á tu placer, y contempla como quieras á ese ídolo de tus

ansias, pues yo prefiero y aprecio mas una hora de reposo y dormir tranquilamente luego que cae mi cabeza sobre la almohada, que formar castillos en el aire, y figurarme quimeras que me impidan dormir para cantar despues estos disgustos y estas penas, placeres, segun dices, de los amantes, y la gloria de sus pensamientos colocados en el cielo de la diosa de sus amores. Es un alimento demasiado ligero para un estómago acostumbrado á sustancias, el de paladear solo deseos, suspiros y lágrimas, asi como un placer bien estravagante el de las simples contemplaciones. Bien, bien, hermana mia, dice Livio, la esperiencia te hará hablar algun dia de otra

manera: lo que yo te pido es, que te compadezcas de mí y no olvides tu palabra. — Tú piensa solamente en las gracias de tu Camila, y mañana veremos si ella piensa como tú. — Concluida esta conferencia se retiró dejando á su hermano mas contento que de costumbre, por la palabra que habia dado de hablar á su favor, espresando sus sentimientos á Camila. Este fue el primer paso de su locura, confiar sus amores á su hermana, y enseñar á la juventud el camino del amor, harto propagado ya por la corrupcion de las costumbres y de nuestra propia naturaleza, sin necesidad del arte; pero es tal la ceguedad de un hombre dominado por esta pasion, que camina hasta

el borde del precipicio sin advertirlo, y solo conoce sus errores cuando empieza á sentir sus funestos resultados.—Al dia siguiente, pues, en que Cornelia habia prometido á su triste hermano hablar á Camila, llegó esta casualmente sola á visitarla; y no queriendo perder tan buena ocasion de cumplir su encargo, y máxime preguntándola Camila cual era la causa de estrañarse Livio de la sociedad que antes tanto frecuentaba, y de no dejarse ver de nadie por estar entregado á la soledad, á lo que la respondió: Yo tenia la misma curiosidad que tú, y la pena de verle asi me ha movido á preguntarle el motivo de sus penas y mudanzas, y me ha dicho

que procede de ti, querida amiga, y tú sola eres la que causas tantas angustias á mi hermano. ¡Cómo! dice la inocente Camila, ¿yo soi la causa? ¿cómo puede ser eso, si jamas le he ofendido en lo mas mínimo, ni le he hablado una palabra que haya podido trastornar su corazon ni disgustarle? Mucho sentiria que estuviese incomodado conmigo. — La enfermedad de mi hermano, dice Cornelia, proviene de una causa mui diferente de la que tú te imaginas; pues el estremado placer y alegría que le ha causado tu vista, ha producido su pena; y sin embargo, de su misma desgracia (como se dice del escorpion) recibe alivio su corazon. — Cosa estraña por cierto, dice Camila;

pero si no me esplicas mas esas espresiones tan oscuras, no soi capaz de entenderte una palabra. — Eso es lo que mas siento, responde Cornelia, porque si al menos te compadecieses algun tanto de mi pobre hermano, conocerias lo que yo tengo que manifestarte, y pondrias el remedio sin necesidad de intervenir yo en el asunto. — Aun te entiendo menos, dice Camila; con que hazme el favor de esplicarte sin rodeos ni enigmas; y si consiste en mi, no dudes te daré gusto en cuanto me pidas, para alivio de tu hermano. — Pues, amiga, mi hermano Livio, dice la otra, está tan apasionado de ti, que si no correspondes al amor que le has inspirado, le verás pronto

víctima de tan ciega inclinacion; y habiéndole prometido insinuártelo, te suplico, mi querida amiga, que disimulando mi indiscrecion, hagas alguna cosa por mí, consolando al pobre Livio, de manera que vuelva en sí, y quede curado de ese mal de amor que le atormenta, y que me tiene llena de pena: considera cuál será mi afliccion cuando tan jóven y sin esperiencia de este mal, me he visto obligada á hacerte esta súplica y declaracion á nombre del paciente, aunque con temor por parecerme no ser encargos mui decentes para una niña de mi edad; pero el cariño que tengo á mi hermano, será el que me disculpe contigo de la falta en que me haya

podido hacer caer esta oficiosidad. —¿Quién hubiera pensado jamas (respondió Camila, enagenada de una justa cólera) que una señorita como tú se encargára de un mensage tan poco decoroso y digno de la portadora, como de la que le recibe, solo por satisfacer el antojo y capricho, contrario á nuestro decoro, de un jóven exaltado? ¿Pero crees tú, querida amiga, que siempre que los hombres se presentan tristes, llorosos y rendidos, es por amor y guiados de un honesto deseo? No, no, hija mia: las lágrimas y los suspiros son solamente la confesion y señal del deseo; y eso no merece ningun premio; pues el corazon que desea engañar, suele fijarse so-

lamente en cosas que la razon no puede conceder. ¿Qué le importa á una doncella que un amante se anegue en lágrimas de dolor, si para enjugarlas pretende privarla de las alhajas mas preciosas, que son la virtud, el honor y la reputacion? Lloren mas que Jeremías, mientras nos reimos de sus astucias, conservando intactos nuestra buena fama y honor. A vista de esto, las quejas y fingidas lágrimas de los amantes no son para mí otra cosa que el incentivo para sorprender á la sencilla é inesperta juventud, y burlarse despues que nos hayan pescado en sus redes, en castigo de haber dado oido á sus falaces cariños y espresiones almibaradas. Si Livio se aflige y sue-

ña, que abrace á sus mismas ilusiones, y acaricie á la sombra de su fantasía, pues yo me contento con amarte á ti y á las demas amigas; y los hombres pueden dirigir sus miradas y suspiros á otra parte; concluyendo con decirte, que yo no quiero ni deseo que él ni otro alguno me ofrezcan sus obsequios, ó piensen que los estimo; y si vuelvo á oirte hablar mas, puedes estar segura que será por la última vez; suplicándote que si quieres ser como hasta aqui mi mayor amiga, no vuelvas á tomar semejantes encargos; pues á mas de perder el tiempo y no sacar ningun fruto, me privaré de tu amistad, y tú quedarás mal reputada por solicitar de una manera tan

poco conforme con el decoro y el pudor á las jóvenes que frecuentan tu casa.—Cornelia, admirada y confusa, no solo de la resolucion de que Camila la habia enterado, sino de la frialdad y enojo con que la habia hablado, no supo qué responderla, quedando sorprendida de aquella reconvencion, é ignorando su fundamento, por no estar al alcance de su sencillez é inocencia virginal aquellas réplicas que usan los discípulos de este hijo travieso de Venus. Con este motivo se disculpó lo mejor que pudo, y prometió á Camila no volver jamas á usar de semejante lenguage; suplicándola no dejase de frecuentar su casa como siempre, lo que la otra prometió

mui gustosa, viendo la candidez de Cornelia, y conociendo que si habia cometido aquella falta, era por las importunas instancias de su hermano. Este, luego que se retiró Camila, se fue á ver á su hermana para saber lo que le debia causar mas mal que la sombra de la muerte; y viéndola pensativa con los ojos bañados en lágrimas de dolor por la mala acogida de su mision, adivinó luego que habia sido despreciado su cariño, y que Camila se habia incomodado con ella estrañando la noticia de tales amores; y en esta persuasion habló á su hermana de esta suerte. — ¿Con que, hermana mia, segun veo, tu amiga Camila es tan fina para ti, como insensible á mis penas? Conozco

por tu semblante que no ha querido escucharte ni compadecerse del tormento que sufre mi corazon por amarla mas que á mí mismo. —La infeliz Cornelia, que vió á su hermano enteramente demudado, y con la palidez que producia su dolor, le refirió otra cosa mui diferente de la que la habia dicho Camila, asegurándole que su declaracion no la habia enteramente disgustado; y que sus respuestas no habian cerrado las puertas á la esperanza, aunque al primer impulso se hubiese irritado algo hablando de la falsedad de los amantes; pero que por lo demas no era para desanimarse y tratar de seguir en aquella tristeza y soledad. —Livio, habiendo escuchado aten-

tamente lo que su hermana le decia, la preguntó si seria posible hablarla; á lo que le respondió, aunque algo admirada, que no convenia precipitarse; pero que podria escribirla, y que ella exigiria una contestacion. —El hermano aprobó el pensamiento y resolvió seguir el consejo de Cornelia, la que hacia todo esto únicamente por ganar tiempo y distraerle de sus desvaríos; porque era en vano darle consuelo, pues estaba tan engolfado en sus amores, que todo el esfuerzo de los pilotos del arsenal de Venecia no hubiera podido ser suficiente á sacarle del abismo en que se hallaba sumergido; y sin perder momento tomó la pluma y la escribió una carta llena de ternura, suplicándo-

la no fuese insensible á un cariño tan constante, sin olvidar este desgraciado amante mil juramentos interrumpidos por lágrimas y sollozos. A la mañana siguiente dió el billete á su hermana, la que por un lado sufria una pena cruel de ver á su hermano entregado á una pasion tan violenta, en cuyo remedio hubiera deseado que su amiga le hubiese consolado; y por otra parte temia enfadarla, y mas aun perder su amistad, si volvia á tocarla este punto; pero la inocente no era aun esperimentada en amor para poder conocer ni su corazon ni las consecuencias de una debilidad cualquiera en una muger. Estos recelos la hicieron diferir por algunos dias la entrega del billete,

temiendo lo que despues sucedió; pues si se lo daba, suponia con fundamento que Camila lo despreciaria; y por otro lado veia que Livio estaba espuesto á morir de dolor: sin embargo, viéndose importunada por él, se resolvió al fin á dar este paso para saber cómo recibiria Camila esta segunda embajada. Un dia á la hora en que las jóvenes solian verse, fue Camila sola á casa de Cornelia, y despues de haberse referido sus puerilidades y ocurrencias, la hermana de Livio sacó la carta de su seno, y con una risa preventiva dice á su amiga: «Toma, querida Camila, lee, y verás sin duda una de las locuras de los amantes en esta carta que me he hallado esta mañana

cuando bajaba á oir misa.» — Camila, que era fina y penetrante, conoció al momento de donde venia aquella embajada, y sin detenerse la respondió: «Bien veo á donde se dirige esto; y si no fuera por darte ese disgusto, y estando tambien segura de que por mérito que tenga no me ha de hacer sensacion, la haria ahora mismo mil pedazos; pero te advierto, que si tiene alguna cosa que ofenda mi delicadeza y sentimientos, te cumpliré mi palabra en lo que ya te he prevenido.» — Yo no sé lo que es, dice Cornelia; pero te aseguro de todos modos, que hombre ninguno me ha encargado presentarte billete ni embajada, y de consiguiente no seria justo cargar con la penitencia de

un pecado de que no soi culpable.
— Bien, bien, dice Camila, leamos la relacion de estos amores tan mal fundados, como poco agradecidos; y despues de haberlo leido de un estremo á otro (en lo que halló un singular placer), empezó ya á sentir en su misma agitacion cierta sensacion que anunciaba haber sido flechado de amor su tierno pecho; pero usando de su entereza acostumbrada, aunque sujetando y disimulando un deseo que antes no existia en su imaginacion, con semblante desdeñoso dirigió estas espresiones á su amiga: «Conozco, Cornelia, que mi estremada paciencia, unida á la facilidad con que logras escuche tus embajadas, te han dado valor para continuar un

encargo tan ageno del decoro con que debe obrar una señorita de tu clase; y no hai que dar á las cosas otro colorido que el natural, en atencion á que no soi tan estúpida, que no conozca la mosca en la leche, y á donde se dirigen tales astucias. Por lo tanto, dirás á tu hermanito, que antes que la enferme dad se agrave, soi de opinion de que debe tratar de curar su cabeza, para que, teniendo enteramente sano el cerebro, no sea causa de la ruina de todo lo que tiene mejor; porque estoi resuelta á observar lo que te dije la última vez que me hablaste de esta simpleza; y en cuanto á ti, yo seré quien se imponga á sí misma el castigo de mi indiscrecion, privándome de la

compañía que me causaba tanto placer: á Dios, hasta que con otro motivo mas grato volvamos á tratarnos con la familiaridad que hasta aqui. — Decirlo y hacerlo, todo fue uno; porque si hubiese esperado respuesta de Cornelia, se hubiera hallado en peligro de sucumbir y prestar oidos á su amiga, á la que dejó desconsolada, y marchó confusa y rodeada de infinitos pensamientos. Entonces fue cuando empezó á meditar sobre la pasion de Livio, convenciéndose de que tal constancia y teson no podian existir, no siendo por un amor verdadero y vehemente; por lo que se resolvió á mudar de propósito, si volvian á hablarla, y elegir á Livio para es-

poso y depositario de sus secretos.

En esto se conoce la poca estabilidad de las criaturas; particularmente en amor; pues vemos que la que hace poco habia resuelto despreciar toda insinuacion amorosa para no dejar á esta pasion ocupar jamas su imaginacion, ha cambiado en un momento; pero esto es mui laudable, pues los errores que se cometen todos los dias por los amantes, son causa de que se precipiten muchos frecuentemente en el abismo de una pasion, sin saber el mérito de las personas y el resultado que una inclinacion tan precipitada puede tener; y de aqui proviene que tantos hombres hayan concluido su vida tan desgraciadamente, dejando el ejemplo

lastimoso de sus desvaríos para enseñarnos á conocer que en todas las cosas es preciso obrar con medida y reflexion para evitar las tristes consecuencias que despues ya no se pueden remediar ni contener. — Esto fue lo que sucedió á Livio; pues enterado de la respuesta de su querida, cayó en una enfermedad tan estraña, que habiendo perdido el sueño y el apetito, dejó á los médicos sin arbitrio de poderle socorrer, opinando que si el paciente no se alegraba y hacia por sí, no habia remedio para salvarle la vida, procediendo su enfermedad solamente de una tristeza vehemente que le devoraba. ¿Qué habian de hacer, siendo el mal de amor tan diferente de todas las en-

fermedades que cura la medicina? Hai aflicciones en el ánimo que se disipan con ciertas drogas que alegran el corazon; pero en esta pasion es tan inútil el saber de médicos y boticarios, como ineficaz la virtud de cuantos específicos tienen los herbolarios; al paso que una sola palabra de una muger hace mas que todas las recetas de los físicos mas espertos de todo el protomedicato de Madrid, París, Lóndres, Pádua y Montpelier. Livio, pues, iba de dia en dia á peor: la pasion del amor le devoraba, lo mismo que se derrite la nieve al calor de los rayos del sol. Cornelia, viendo á su hermano en tan lamentable estado, y no teniendo arbitrio de lograr su consuelo, porque ya Camila

no la visitaba, se afligió en tal grado, que no pudiendo soportar el dolor que contínuamente la atormentaba, la acometió una calentura tan fuerte, que la obligó á quedarse en cama. Esta se hallaba mui inmediata á la de Livio, no separándolas mas que un tabique, en términos que se oia cuanto se hablaba y se hacia de un cuarto á otro; por lo cual, habiendo Livio llegado á entender que su hermana se habia quedado en cama, estuvo ya para pasar á la eternidad, si no se le hubiese ofrecido casualmente el remedio en el mismo mal de su hermana, como ahora veremos. — Camila estaba inquieta y apesadumbrada de no ver á Cornelia en la iglesia, en la calle ni á los balcones,

y no descansó hasta que supo que Livio se hallaba en los umbrales de la muerte, y que Cornelia tenia una pasion de ánimo tan cruel que seria un milagro si no le seguia al sepulcro. Sorprendida por una noticia tan infausta, no pudo ya disimular el amor secreto que profesaba á Livio, ni la pena que la afligia por el estado en que se hallaba su querida amiga Cornelia, sin demostrarlo por un torrente de lágrimas entre suspiros y lamentos; en tales términos, que parecia quererse salir del pecho su corazon y exhalar el último aliento, para ir á sufrir en otra parte el mal de que confesaba ser ella sola la causa; por lo cual estando sola en su cuarto, *punzada por las flechas de Cupido*, y tras-

pasada de dolor, se puso á gritar y lamentarse, acusándose de su crueldad en estos términos: ¡Ah! ¿qué pasion es esta tan desmesurada que debilita la fuerza del hombre mas constante, y aniquila la constancia del valiente y del sabio, hasta envilecer el corazon de aquellos mismos que saben arrostrar todos los peligros mas invencibles? ¿Es posible que lo que yo miraba como una ficcion en este desgraciado, sea un objeto verdadero de lo que se llama amor en el corazon de los hombres? ¡Ah! Livio, Livio: ya conozco el esfuerzo de lo que yo no sé nombrar sino fuerza sin resistencia y dolor sin motivo de queja. Sí, yo siento un mal que me agrada, y esperimento una pe-

na, sin la que pienso que mi ser no fuera sino tormento é ilusion; y sin embargo me hallo de tal manera obcecada, que no me atrevo á declarar lo que desearia decirte para tu alivio y mi consuelo. ¡Como tengo tal recelo y tal temor de perder mi reputacion, prefiero la muerte á dar el mas leve motivo á los hombres de mancillar mi honor y virtud; y mucho mas cuando la pérdida de otra cualquiera cosa puede remediarse, al paso que estando en duda la opinion, no hai satisfaccion que pueda cubrir esta falta! ¿Mas dónde, pregunto yo, está tal falta, cuando el fin de una cosa es conforme con la virtud y el honor? ¿No será bien hecho conservar la vida al que muere por

demasiado cariño á la que le desprecia? ¿Será un pecado corresponder al que ama con el santo fin de contraer matrimonio? No, Cornelia, no: tú no perderás á tu hermano, ni yo una buena amiga, por no hallar en mí un recíproco cariño el que prefiere la muerte al amor, que le martiriza por un objeto que pudiera ser la causa de su ruina. ¡Ah, constante y leal amante! ¡si le fuese posible á Camila descubrirte su secreto, no duráre tanto tu pena! Pero siendo la vergüenza la que cierra mi boca, requiéreme tú aun con teson y firmeza, y verás si yo soi tan insensible y desdeñosa que no conozca ya el honor que tú me haces en rendirme tus homenages, sin ha-

cer mérito de la vida por ejecutar lo que amor te órdena. ¡Oh amor invencible! ¿quién es aquel que puede resistir y triunfar de tus armas? Me rindo: confieso ser ya vencida, y que puedes marchar con tu carro en triunfo para ofrecerme al que siendo ayer mi esclavo, es hoi mi dueño: mi corazon no puede ya disimular lo que desea: mi alma no puede ocultar mas su pasion en medio de las llamas que la abrasan; y mis ojos en fin no se negarán ya mas á mirar con ternura al que por ellos sufre tan angustiado. Vamos, pies mios, conducid pronto á este cuerpo al parage donde su corazon ha tomado nuevo domicilio.—Dicho esto se levanta con resolucion, no

de entrar en contradicciones con Livio, sino de entregarle su tierno corazon si era de nuevo exhortada; al intento se va á visitar á Cornelia, á la que halló mui débil y angustiada en su cama: la habla con ternura, la llena de caricias, la anima, la consuela; su voz llega hasta Livio; este aplica sus oidos, se persuade, se cerciora de hallarse allí el objeto de su amor; pregunta á su hermana quién es la que está con ella; y esta le responde que Camila sola era la que hablaba en su compañía; y sacando fuerzas de flaqueza, se resuelve á exigir la sentencia final de su vida ó de su muerte, dirigiéndola la palabra de esta manera: tiempo es ya, señorita, de

ver si la crueldad reside hasta tal grado en vuestro pecho, que podais ser indiferente á la desgracia que ocasionais á un infeliz, resuelto á sucumbir al rigor de su suerte: veo próxima mi muerte, y me será mui dulce si no puedo vivir con vos. No estamos ya en el caso de disimular; pues de vuestra resolucion depende mi vida: aquí teneis á vuestro desventurado Livio sin espíritu, sin corazon y sin esperanza, espirando en una cama: vuestra compasion sola, aceptándole por esposo, le sacará del sepulcro, donde descansará de lo contrario mui en breve: solo vuestra palabra es la que me puede salvar la vida. ¡Ah, Camila adorada! yo desfallezco; no puedo articular

mas; me faltan las fuerzas; la lengua no puede ya obedecer á mis deseos, y.... aquí le falta la palabra, y privado de sentido, quedó cubierto de un mortal sudor; lo cual fue causa de que las dos jóvenes, asustadas y temerosas de una desgracia, volasen al cuarto del paciente y le hallasen sin conocimiento, pero sin faltarle la respiracion, aunque mui agitada, en prueba de lo que sufria su corazon. Entonces fue ya cuando Camila olvidó todos sus disimulos y ficciones, de que hasta entonces habia usado para probar la firmeza de su amante; y no sabiendo cómo hacerle volver en sí, no tiene ya reparo ni escrúpulo, contra lo que antes la dictaba su conciencia, en acer-

car sus labios *coralinos y helados* á la boca de Livio, de aquel infeliz amante traspasado de dolor, quien al sentir una indulgencia tan inesperada, volvió en sí lleno de admiracion, intentó estrecharla en sus brazos trémulos sin poder aun articular la mas leve espresion, y besarla la mano, de que se habia asido al volver de su privacion; pero Camila, tan discreta como casta y hermosa, no queriendo que su amante mirase esto como un ligero favor, y que se aprovechase despues de esta manifestacion de su compasion y cariño, le habló con dulzura de este modo: Livio, no penseis que la compasion que me ha causado vuestra situacion, disminuya en lo mas le-

ve la constancia de Camila; pues mientras viva, todos cuantos estremos hiciese de cariño, serán con un fin honesto y santo, sin que merezcan reprension; pues nunca mi corazon podrá abrigar otros sentimientos, que aquellos que son conformes al caracter de una joven señorita de mi nacimiento y circunstancias, que tanto aprecia su honor. Creo cierta vuestra pasion, y me felicito de vuestra eleccion y sinceridad: en tal caso sereis guiado por un fin honesto que jamas puede perjudicar á nuestra reputacion; pues si yo supiese que un deseo desordenado era solo el que animaba vuestras pasiones, prefiriera mejor vuestra muerte y la mia, que perder lo

que tanto aprecio y que me hace gozar en el mundo del buen concepto de que se hace digna toda muger de honor. Livio, yo os amo, sí; y os tengo un amor verdadero, no aquel que se pierde despues de consumar lúbricos deseos, y sí solo aquel cariño que una jóven honrada puede dispensar al que la consagra su amor con la buena intencion de unir por la vida sus corazones. — Así, pues, si me amais de veras, y vuestra pasion es tan vehemente como me habeis declarado, hacedme ver los efectos pidiéndome á mi padre por esposa, quien no creo os desairará sabiendo quien sois, y teniendo noticia de vuestra honradez y buena conducta. Yo me someteré siem-

pre á su voluntad, y os prometo satisfacer á vuestro cariño con el mismo entusiasmo é ilusion que vos teneis por vuestra Camila. Tratad de tranquilizaros y restableceros por mi amor y el vuestro, y reservad el vigor de vuestra juventud para mejor ocasion en vez de consumirle en suspiros y cavilaciones que destruyen el cuerpo y arruinan el alma: vuestra hermana que tanto os ama, os cuidará con el mas tierno esmero, para que volvais á recuperar vuestro color y vuestras fuerzas; y yo con la voluntad de mis padres podré tener un esposo tal, cual deseo, y del que estoi segura ser el dueño de su corazon y amistad. — Al oir Livio estas palabras, volviendo en

sí como el que despierta de un profundo sueño, alzó sus manos al cielo, y alabando á Dios por su buena fortuna, besó las de Camila mas de cien veces, respondiéndola de esta suerte: adorada Camila mia, si todas las felicidades que pueden favorecer á un hombre afortunado estuviesen juntas para hacer la dicha de mi vida, aun no fueran bastantes á igualarse á la que recibo con vuestra respuesta, pues ella sola es suficiente para volverme á la vida que estaba ya destinada á la negra mansion de Nocheri Aqueronte: no dudeis que al momento que yo pueda tenerme en pie, volveré á visitar á vuestro padre para llenar vuestros deseos y lograr consumar los mios, que es

cuanto puedo en este mundo desear; y ahora os doi gracias por el bien y honor que habeis tenido la bondad de dispensar á un afligido, aplicándole el remedio único que podia darle alivio. — Yo no podia, responde Camila, hacer menos que socorreros en el peligroso estado de abatimiento en que os hallabais, tanto por el honesto amor que me teneis, cuanto por aliviar la pena de mi querida amiga, á la que debeis agradecer mi venida, porque de otro modo mi honor no me la hubiera permitido, aunque me asistiese el mejor deseo de consolaros: disimulad que me ausente de vuestra vista, y creed que aunque mi cuerpo se aleje, no se separa de aqui mi pensamiento, y podeis

contemplarme siempre en vuestra compañía; y saludándole cariñosamente se retiró la hermosa Camila á su casa despues de haberse despedido de Cornelia. — Habiendo, pues, recibido Livio la medicina eficaz que su mal necesitaba, no tardó mucho en curarse; y apenas se repuso un poco, no pudo tener paciencia para esperar mas sin enviar algunos parientes á Regnier, padre de Camila, con el objeto de anunciarle el enlace que deseaba realizar con su hija, á la que pidieron en su nombre con las mas vivas instancias, como que ansiaba ser su dueño. El buen hombre, viéndose solicitado por una cosa tan justa y ventajosa á su honor, como era la de casar á su hi-

ja única con un sugeto ilustre y rico, conociendo al mismo tiempo las prendas físicas y morales que adornaban á Livio, aprobó mui gustoso esta resolucion, y respondió dando su consentimiento; pero advirtió que no podia acordar nada definitivamente ínterin su hijo no regresase de Roma; y les suplicó tuviesen un poco de paciencia, respecto á que dentro de tres ó cuatro dias estaria ya su Claudio de vuelta en Cesenas. Camila, sabiendo la respuesta de su padre á los parientes de Livio, y segura ya de su enlace, como si se hubiese efectuado, empezó á tener mas familiaridad con su amante, y le tomó tal afecto; que llegó á ser mas fuerte su pasion que la

que Livio la tenia, aumentándose mas y mas progresivamente de dia en dia, asi como se ve salir el sol y seguir por grados acrecentándose su calor y el esplendor celeste de sus rayos; en términos, que estando un dia Camila con Cornelia en el cuarto de Livio, tomó este en su mano un laud, y espresó el recíproco amor de los dos corazones en unos versos que cantó, cuyo sentido agradó mucho á Camila, conociendo el objeto á que se dirigian, el cual era para ella sin duda tan grato como á su amante; pues la frecuencia del trato aumentaba estraordinariamente el deseo de su enlace, pareciéndoles al mismo tiempo que el amor no podia llevar este título de cariño perfecto

ínterin no fuesen cumplidos los deseos, y las cosas pendiesen solo de palabras; porque no era, decia, sino como el débil bosquejo que un pintor señala con el lápiz sobre un lienzo para espresar una cosa de consecuencia, y que de consiguiente este amor estaba aun pendiente y sin efecto, lo que servia mas para aumentar que para disminuir la pasion que animaba á aquellos dos tiernos corazones que ansiaban su union por medio de los vínculos mas estrechos; y dilatándose mas que se pensaba el regreso de Claudio, hermano de Camila, se trataron en este tiempo con tal confianza, que por último se dieron palabra de matrimonio de presente, confiados en que to-

do seria aprobado por los padres en vista de la anuencia de Regnier, y de que cuando llegase Claudio darian satisfaccion á sus deseos, cuya inquietud se aumentaba con la tardanza : mas hé aquí en lo que consiste la desgracia de los hombres, y de donde se puede tomar el argumento de sus contratiempos; porque cuando piensan tener asida de los cabellos á la fortuna, y se creen libres de sus reveses para gozar del bien que aun debieran mirar como incierto, entonces es cuando la rueda se vuelve, y lo que parece dulce y grato se convierte en tal pesadumbre y amargura, que la muerte es á veces mas soportable que las consecuencias de estos halagos de la in-

constante fortuna, á la que no sin motivo los poetas y pintores fingieron ciega y sentada sobre la volubilidad de un globo, á vista de la diversidad de casos que se ofrecen contínuamente á los humanos, y la ceguedad con que se conducen en los negocios. Aquel que hace poco pensaba gozar de los bienes de un pueblo poderoso, se halla ya angustiado del dolor, sin honor, espulsado de sus estados, y despues perdida la vida. Asi sucedió al famoso cónsul Cepion, que teniendo la fortuna de mandar el estado, esta le volvió la espalda, y sirvió despues de horror y espanto á todo el senado cuando vió que su cuerpo destrozado servia de pasto á las aves y á las

fieras. Radagaso, rei de los Godos, á pesar del ejército invencible que parecia tener, fue abandonado igualmente por la suerte, vencido, prisionero y muerto ignominiosamente por Stilicon, general del ejército en nombre del emperador Honorio; y en fin, otros muchos que no hai necesidad de referir, hallándose en las historias; y volviendo á la de nuestro Livio y su Camila, que aunque no fuesen reyes, grandes personages ni generales de numerosos ejércitos, estando en un paraiso de delicias, y aguardando ver colmadas sus esperanzas, vieron trastornarse en un momento su suerte y toda su soñada felicidad, cambiando los sucesos enteramente sobre el enlace prometido.

Es, pues, una locura confiar en las cosas que dependen de la voluntad de otro, cuyas consecuencias son tanto mas inciertas, cuanto que los hombres no tienen iguales pensamientos, ni se ocupan de que aquello que juzgan justo, sea para los demas iníquo, en vista de que no dependen unos del capricho de los otros. Del mismo modo sucedió á estos amantes; porque habiendo regresado Claudio, hermano de Camila, y no queriendo bien á Livio, aunque lo disimulase, hizo tan malos oficios, que trastornó al padre para que se opusiese al tratado enlace, alegando ciertas razones y falsedades que le favorecieron para hacer desgraciado este amor. El buen viejo, que

nó veia sino por los ojos de su hijo, aunque sintiendo no se verificase esta union, dijo á los parientes de Livio lo que él y Claudio habian resuelto, suplicándoles no lo estrañasen, y dando gracias á Livio del honor que le habia ofrecido de enlazarse con su familia. Es bien de presumir el efecto que causaria esta infausta como inesperada noticia en aquellos desventurados amantes, y no causará estrañeza saber que cayeron en la mas profunda tristeza que los hubiera sacrificado, si una ligera esperanza no los hubiese alentado y consolado, confiando en que á la corta ó á la larga Regnier vendria en conformarse por la palabra que habia dado, y por el jura-

mento solemne que ellos habian hecho de unir para siempre sus tiernos corazones. Camila, viendo la malicia de su hermano, y que habia impedido sin motivo la ejecucion de lo que ella deseaba con tanta pasion, se quedó tan fuera de sí, que faltó poco para cometer una atrocidad consigo misma, la que no ejecutó por amor á su amante. Al fin, acompañada de una doncella de su mayor confianza, y sola en su cuarto mientras los demas descansaban, empezó á lamentarse, maldiciendo la hora de su nacimiento, la venida de su hermano, y el poco carácter de su padre, diciendo asi: «¿Pero por qué la suerte ha de ser tan cruel conmigo, ni de qué sirve que ha-

ya Dios dado á todas lâs criaturas un corazon libre para elegir y amar al que simbolice con él, si al mismo tiempo no se nos permite usar del privilegio de esta libertad, contrariando lo que la naturaleza ha empezado en nosotros por la comunicacion de nuestros pensamientos? ¿Es razonable que el cuerpo sea mas respetado que el espíritu, estando aquel sujeto á este; y que sin embargo no ha de poder seguir el instinto y las inclinaciones del alma? ¿De dónde viene esta lei tan injusta, que un padre, por su placer y sin equidad alguna, ha de poder forzar la justa y natural inclinacion de sus hijos, sin reflexionar en lo que les conviene y es conforme á sus de-

seos? ¿No les basta á los padres que les sirvamos, que los socorramos, y que no emprendamos nada sin advertírselo? ¿Es regular que nos tiranicen y coloquen á su capricho contra todo el torrente imperioso de nuestra naturaleza y voluntad? ¿No debe ser el matrimonio una union voluntaria, dependiente del gusto de ambos contrayentes? ¿Y quién es el hombre que puede ya ocupar la imaginacion de Camila, decidida á tomar á Livio por esposo, dueño ya de su corazon? ¡Ah amor cruel! ¿por qué no miraste antes de unirnos tan estrechamente, si este enlace podria tener efecto, y si estos dos corazones, ya tan ligados, tendrian el medio de unir tambien

sus personas honestamente y sin pecado? Mas yo soi bien tonta en pretender hallar justificacion en quien no la conoce ni tiene consideracion á los compromisos en que nos hallamos: el amor es voluble y mui superficial para ocuparse de ningun juicio con asiento, y tan ligero en todas sus cosas, que jamas se halla estabilidad ni consecuencia en sus mas solemnes propósitos; y regularmente suele por esta razon apoderarse de los corazones de aquellos que menos se ocupan de asuntos graves é importantes. ¡Ah hermano, hermano! ¡con qué malicia has obrado, y con qué iniquidad pretende afligirme tu corazon perverso! ¿Qué te ha hecho tu miserable herma-

na, para que la hayas privado tan inhumanamente del bien que mas desea? ¿En qué te ha ofendido el infeliz Livio, mas honrado y de mejores sentimientos que tú? Y si á ti no te agrada, ¿por qué ha de estar sujeta mi inclinacion á la tuya, y mi suerte depender de tu voluntad? ¿Soi yo por ventura tu esclava? ¿tienes algun dominio sobre mí por ser el hijo mayor de mi padre? ¿te hace tampoco la lei soberano ni director de mi imaginacion? Nada menos que eso: mi padre me ha concedido á Livio; pero bajo la condicion de que no resultase á nadie perjuicio; ¿y qué daño puede tener Claudio de que Livio sea mi esposo? ¡Ah, padre cobarde y de corazon in-

sensible! ¿cómo te dejas conducir asi por tu hijo, sin conocer su maldad y su intriga para impedir nuestra union? Yo seré víctima de vuestros caprichos; pero juro por el Dios que nos ha de juzgar, que hombre ninguno mas que este, á quien con vuestro consentimiento he jurado mi fe, gozará de la pasion y mano de esta desventurada. Livio es mio y yo soi suya: lo que el mútuo concierto de nuestras voluntades ha unido, no está en vuestra tiranía separarlo. Mira, mi adorado esposo, el daño que se ha hecho á nuestra virtuosa amistad, y no te quejes ya de tu Camila, que solo se resiste á lo que la suerte la niega para completar la desgracia tuya y la de esta infeliz, que

sin ti ya es imposible que viva.— Apenas acabó de pronunciar estas palabras perdió el sentido y cayó exánime, haciendo creer al pronto á su pobre doncella, viéndola inmóvil y fria, que estaba muerta, hasta que dando señales de vida, la llevó á la cama y la suministró algunos auxilios, con los que logró volviese inmediatamente en sí, consolándola despues con tan lisonjeras esperanzas, que al fin se tranquilizó un poco su espíritu, y acostándose en seguida, descansó algo, aunque con mucha inquietud, soñando con la cruel conducta de su hermano, representándosela la imágen medio muerta y espantosa de su querido Livio, cuyo sueño la causó tal desa-

sosiego y afliccion, que en toda la noche hizo otra cosa mas que llorar y suspirar; y no la faltaba razon, porque la sola posibilidad del suceso, que en este sueño ó vision se la presentaba, la causaba la mayor afliccion y tormento; y no hai que admirarse de que semejantes aprensiones, como las que tenemos durmiendo, puedan tener algun principio y representarnos muchas veces el porvenir; pues la historia nos refiere, que aquel Bruto, vencido en los campos de Pharsalia, vió en sueños en su tienda la horrorosa figura de un espíritu que le predijo su derrota. Yo confieso que la impresion de un grande miedo y el deseo de las cosas pintan frecuentemente en

la imaginacion (aun estando sereno el cuerpo) las imágenes de aquellos objetos que se han amado ó temido; y aun no teniendo inquieto el espíritu por alguna pasion, ó estando próximo á algun desastre probable, ve frecuentemente en sueños lo que no quisiera se le representase. Camila no deseaba la muerte de su Livio; mas sin embargo, no tardó mucho tiempo en verle muerto, y hacerle compañía en el sepulcro en vez del lecho, testigo de sus nupcias poco felices. Sin embargo, Livio por su parte no dormia, y estaba fraguando en su imaginacion los ardides que sirviesen á su empresa, y resolvió por último no quebrarse la cabeza ni atormentarse, sino espe-

rar la fortuna para tratar por todos los medios posibles de ganar á este hermano, que se oponia tan estrañamente á que no realizase el enlace en que estribaba la dicha de dos apasionados amantes que se miraban ya como consortes. Pero no pudiendo soportar mas su pasion en esta incertidumbre tan penosa, escribió una carta á su adorada Camila, y se la envió por una criada de su hermana que solia ir frecuentemente con recados á su casa, sobre asuntos que tenian entre una y otra: la cual hallándola sola, despues de haberla saludado en nombre de Livio y Cornelia, la presentó el billete, cuyo contenido era el siguiente.

«Camila mia, no alcanzo la cau-

sa de que consientas vivamos en tan cruel desesperacion, y que yo sufra un dolor que no tiene igual. Si deseas mi muerte, no necesito mas para recibirla que permanecer mucho tiempo en este estado; mas si apeteces mi dicha, y sientes la pena que sufro, en tu mano está el remedio contentando á tu mismo corazon y satisfaciendo á la honesta amistad que te profeso: tú sabes lo que ha pasado entre nosotros, y la poca consideracion que debes á tu familia: contempla con tu juicio y discernimiento lo que debes hacer, y yo pedir; y mira si puedes aplacar honradamente mi deseo, pues ya estamos de tal manera unidos, que no hai poder en la tierra que baste con

todo su rigor y tiranía para impedir que tú seas mi muger legítima y yo tu esposo. Mira, pues, la respuesta que me das para seguir tu voluntad y consejo en tan crítica situacion; porque yo verdaderamente me veo tan desesperado, que preferiré la muerte á vivir largo tiempo en tan dolorosa incertidumbre y tormento: asi, pues, en tu mano está la felicidad ó desgracia de este tu obediente amante y esclavo = *Livio.*

Camila, que deseaba tanto verse en union con su esposo, cuya pena aumentaba su inquietud y dolor, dijo á la criada, que despues de comer iria á ver á Cornelia y daria á Livio verbalmente la respuesta, porque temia viniese alguno de improviso,

y no se atrevia á escribir. La criada llevó esta contestacion á Livio, que no sabiendo la desgracia que la suerte le preparaba, estaba tan enagenado de alegría, que cuatro ó cinco horas le parecian mil años; sin embargo de que el placer moderó su inquietud de tal manera, que no hizo en toda la mañana mas que cantar á semejanza del cisne, que dicen pronostica su muerte con la melodía de su voz. De esta manera distraia su pensamiento, contemplando que su querida no podria ya en adelante tratarle con rigor, ni le negaria favor ninguno en vista de su palabra, pues que no restaba á su union sino la solemnidad y la publicacion del enlace, á pesar de la re-

sistencia de los parientes. Llega pues el ansiado momento del medio dia, y hé aquí la hermosa Camila que entra con su doncella, la que sabia todo lo que habia pasado entre los dos amantes, y queria ser conocida de Livio, para que no desconfiase de ella en cualquiera ocasion en que pudiese intervenir reservadamente en alguna cosa sin mas testigos. Es de inferir que nada quedaria en el tintero; pues en momento tan feliz para dos amantes nada se olvida, y aun la imaginacion parece aventajar en sus invenciones: nada en fin se perdonaron, pues embriagados en sus satisfacciones amorosas, se prodigaron mil y mil cariños, ignorando que ellos eran el térmi-

no de sus amores y de su vida; porque, mira, dice Camila, pues que estamos ya casados, y que lo que hemos hecho, no se puede deshacer sin perjudicar á nuestra conciencia, no tendrá mi hermano otro remedio que consentir en que yo sea tuya; y me parece que seria mui acertado y tambien el mejor medio de impedir á mi hermano que continuase haciendo mas resistencia, el concluir nosotros la obra que tan perfectamente hemos empezado. Livio, viendo que convenia Camila con su pensamiento, la abrazó tiernamente, jurándola que antes sufriria mil muertes juntas, que permitir se le privase ya de la dulce compañera que hacia su placer y su dicha; y la su-

plicó dispusiese la pronta ejecucion de lo que acababa de decir, pues que las cosas de amor son de una naturaleza diferente que las demas; porque en el amor todo quiere presteza, que es la que libra á los corazones de la cruel ansiedad en que viven; y es ventajosa por lo comun la brevedad para el suceso que apetecen los amantes, al paso que en el resto de los acontecimientos humanos se requiere un maduro exámen, á fin de que aquello que está bien meditado tenga un feliz resultado.—¿Sabes lo que has de hacer? le dice Camila: esta noche te introducirá en mi cuarto mi confidenta mientras yo entretengo á mi hermano; y despues que se haya retirado acorda-

remos lo que debemos hacer; pero te advierto que es preciso vengas por el jardin, porque por el otro lado habria mucho riesgo, en razon de las centinelas que hai siempre puestas para saber quien entra en la casa. —No tengas cuidado, dice Livio; pues me conduciré tan diestramente, que nadie nos descubrirá. Llegó, pues, la hora señalada, y fue mui puntual á cumplir su palabra con la presteza del rayo, siendo conducido apenas llegó á la puerta del jardin por la doncella confidenta de sus amores, á la que abrazó con el mayor placer, tanto por el servicio que le hacia, cuanto por el gozo que llevaba su corazon con la dulce idea de ver llegado el deseado momento

de asegurar la mano de su amada Camila. — Esta, despues que todo el mundo se retiró, se fue á su cuarto con aquella agitacion y ansiedad amorosa, que puede inferir el que se haya hallado en un caso semejante. Apenas entró en el cuarto, agitada y zozobrosa, le dijo á Livio sin tratar de emplear el tiempo en arengas ni en cortesías: «Querido Livio, bien convencida ya de lo mucho que me amas, y de que nuestra union hará un matrimonio feliz, salvando inconvenientes insignificantes cuando se hallan tan conformes nuestras voluntades, he resuelto poner un término á nuestras penas, dándote mi mano sin esperar permiso de nadie.» Al decir esto, hizo salir de otra pieza

un sacerdote y dos criados de confianza que tenia prevenidos, y ante ellos quedaron ligados por la vida estos dos tiernos amantes; pero fue tal el gozo interior de Livio, que al tomar la mano de Camila y oirla pronunciar el *sí* que habia causado sus ansiedades, perdió el sentido y cayó muerto á sus pies con sorpresa de los circunstantes, quienes á vista de la catástrofe y temerosos de las resultas, se pusieron en salvo, dejando á la desventurada esposa sola y sin consuelo, y sin saber qué hacer. Tal fue el fin desgraciado de este jóven Livio, quien en fuerza de la estrema alegría que le causó el verse ya dueño de su idolatrada Camila, y del esceso con que se en-

tregó al placer, espiró repentinamente sofocado en los brazos del mismo amor. Camila, viendo á su esposo inmóvil y sin dar muestras de vida, se encuentra desfallecida; y aunque con trabajo, llamó á la doncella que estaba fuera de vigilancia; y esta, acercando una luz, vió luego ser muerto el desgraciado Livio. Camila, sorprendida por tan triste como sensible espectáculo, trastornada por el dolor de ver difunto en sus brazos al que amaba mas que á sí misma, y temiendo al mismo tiempo el escándalo que iba á ocasionar un caso reservado solo á su desventurado amor, sintió tal emocion en su corazon, que repentinamente perdió la cabeza, y cayendo en un es-

tado de furor, tomó las pistolas que su esposo llevaba en la cintura, y las disparó sobre su pecho, cerrando para siempre sus bellos ojos; y con la diferencia de un instante siguió Camila á Livio, convirtiéndose en luto el placer mismo que causó la muerte á estos tiernos amantes.

Feliz modo de morir, si no tuviesemos que atender mas que á esta vida; pero como hai que mirar mas lejos, y el alma ve tan de manifiesto su perjuicio, es preciso confesar que esta muerte es la mas miserable que puede tener un hombre, y máxime cuando le priva de sus sentidos una pasion desenfrenada que se los arrebata, para que ni aun pueda arrepentir-

se de haber faltado á su deber: mas volvamos á nuestra historia. La doncella, viendo estas desgracias tan inesperadas, se quedó hecha un mármol sin poderse mover ni hablar: conoció al momento que ella debia ser precisamente una de las víctimas de esta nueva tragedia, por el papel que habia desempeñado en las primeras escenas; mas sin embargo, hallándose aterrada, sola con aquellos dos cadáveres, y traspasada de dolor, se entregó á la suerte, y se puso al momento á dar voces tan desentonadas, que despertó á todos los de la casa: el primero que casualmente acudió, fue el cruel Claudio, que por su malicia y encono era causa de aquella catástrofe, y vió

este horroroso y tierno espectáculo de dos amantes desventurados; y hallando á Livio muerto en los brazos de Camila, en lugar de reconocer su falta y lastimarse de la pérdida de estos dos jóvenes y leales amantes, se enfureció de tal manera, que se hubiera encarnizado mui gustoso contra aquellos cuerpos ya cadáveres; pero conociendo que ya no podian tener ningun temor ni sentimiento de su cólera, se estrelló con la pobre doncella, dándola cuatro cuchilladas con su espada, y diciéndola: «Muere tú tambien, infame, pues que eres la que daba entrada al que ha deshonrado mi casa, y causado nuestra ruina con la muerte de mi miserable hermana. — Des-

pues de cometido este bárbaro asesinato se marchó, dejando á su desgraciado padre el acerbo dolor de ver su casa llena de muertos, y aumentando su afliccion el inhumano atentado que acababa de ejecutar su hijo con la criada. ¡Ah! decia el pobre anciano, ¡qué tesoro tan miserable es una hija, y cuánto no deben vigilar los padres sobre esta fogosa é inesperta juventud! ¡Ah Camila, hija mia! ¡cómo has olvidado aquellos sentimientos de pudor y honradez que tanto aprecio merecieron en todo Cesenas! ¡Livio, Livio! ¿era este el honesto cariño que tú tenias á esta desgraciada para trastornarla el juicio, y ser el verdugo de su misma vida, dejando tal pena y afrenta á las

dos familias? Yo soi quien tiene la culpa, por haber dado tanta libertad á mi hija, y permitido fuese mas lejos que lo que alcanzaba mi vista. Aqui teneis, padres, un grande ejemplo de dolor: aprended en mí á cuidar de vuestros hijos con mas vigilancia y rigor que yo. ¡Ah! yo impedí un enlace ya prometido para ver la ruina de mi casa, y hacerme triste y enojosa la vejez, muriendo con este remordimiento y sin tener ya un heredero de mis bienes, habiendo fallecido Camila, y debiendo su hermano perecer infamemente en un patíbulo por el asesinato de esta otra infeliz!!!....

Queriendo continuar dando pábulo á su afliccion, viéndose ya so-

lo en el mundo, triste, perdido y desamparado, procuraron consolarle los vecinos, y estos le instruyeron de todo lo que habia pasado, con referencia á una carta confidencial que tenia escrita la doncella al que debia ser su esposo, verificado el enlace de sus amos; lo cual aumentó la afliccion de Regnier, y estuvo en riesgo tambien de cometer un suicidio por el rigor de su pena; pero viendo que no tenia ya remedio, apeló á la resignacion, y mandó hacer unas exequias solemnes á sus hijos, que fueron enterrados juntos en la iglesia de san Francisco en un mismo sepulcro, como muertos á un tiempo: la ciudad toda se vistió de luto; se suspendieron por todo el

dia los trabajos, y no hubo un habitante que no participase del sentimiento que causaron estas dos víctimas de amor, demostrándolo muchos, no solo con su tristeza y sus lágrimas, sino con los epitafios que hicieron en honor de la constancia, para ejemplo y memoria eterna de los males que ocasiona esta temible pasion cuando llega á dominar á las criaturas hasta el estremo de ofuscar su razon. Todos se compadecieron tanto del triste accidente ocurrido á estos amantes, que desde el mas anciano hasta el mas niño acriminaron, cual lo merecia, la crueldad de Claudio, al que don Ramiro Catalan, gobernador de Cesenas, bajo el nombre de César Borgia,

mandó degollar en un castillo, temiendo los clamores de sus parientes, á los que impuso de tal suerte, que tuvieron que conformarse. Hé aqui el fin de la vida y amores de estos dos amantes desgraciados, la que ofrecemos de ejemplo, no solo á la juventud sino á los padres de familia y demas deudos, para que unos y otros sean prudentes y procuren evitar las tristes consecuencias de una pasion exaltada, contrariándola, como aqui sucedió. Bastará que el hombre de juicio contemple que el amor es una rabia, que no tiene otro remedio que la razon para poder huir las ocasiones que trastornan el entendimiento y conducen á las criaturas á su ruina; y

últimamente, que es preciso obrar con juicio y moderacion para no comprometerse temerariamente unos y otros hasta el estremo de perder los bienes, la vida y el honor.

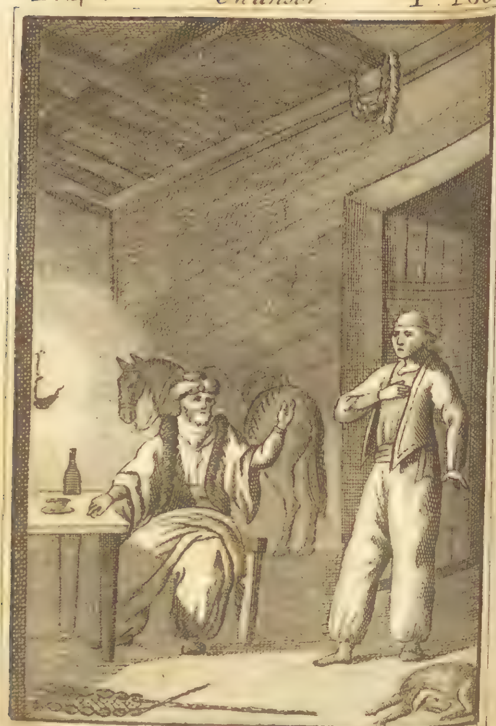
NOVELA.

EL PESCADOR:

Ó RASGO DE NOBLEZA

DE MANSOR,

REI DE MARRUECOS.



¿Y que mayor bien puedo esperar de mi . . . . . que la recta administracion de justicia?

Considerando que la crueldad referida en las historias precedentes puede haber ocasionado mucha pena y dolor á mis lectores sensibles y humanos; y sabiendo al mismo tiempo que aquel que usa siempre de un mismo manjar, por delicado que sea, viene al fin á empalagarse y desecharle, voi por estas razones á cambiar ahora de asunto, dejando por un poco de tiempo las muertes, los degüellos, las desesperaciones y los accidentes trágicos ocurridos en el mundo,

sean efecto de amor, sean de codicia, de venganza ó de celos de un amante ó de un marido, convirtiendo mi estilo en otro asunto mas lisonjero que pueda servir de instruccion y ejemplo para seguir la virtud, y evitar el peligro de cometer aquellas faltas de gran consecuencia que denigran al hombre y le hacen perder su reputacion. Si los contrarios se conocen por lo que tienen de diferente naturaleza, la villanía de una crueldad se distinguirá y resaltará con mas horror y fealdad comparada con la nobleza de una accion, y será condenado el rigor cuando los grandes personages no traten de ganar el corazon de los inferiores con dulzura y generosidad. Asi,

pues, la grandeza del hombre constituido en dignidad y que ejerce un poder sobre otro, no consiste en mostrarse duro é inexorable; pues esta conducta solo es propia de los tiranos; á mas de que todo el que és temido por tal, es consiguiente que sea aborrecido, detestado y abandonado de todo el mundo. Asi es que vemos por la historia, que los príncipes que han aspirado á grandes conquistas, se han abierto el camino de ellas mas por su benignidad y condescendencia, que por el furor de las armas, estableciendo los cimientos de su grandeza por estos medios mas sólidos y durables, que los que llevando tras sí la desolacion y la crueldad, han saqueado pueblos, arruinado ciu-

dades, despoblado provincias y empapado la tierra con la sangre de aquellos que no ha perdonado el filo de la espada; pues sabido es que cuanta mas sujecion y rigor se hace sufrir por un gobierno á sus súbditos, mas se debilitan el poder y el amor. Hé aqui, por qué Antígono, uno de los sucesores del grande Alejandro, que hizo temblar á todo el mundo solo con hacer oir su nombre, viendo que su hijo se mostraba mui arrogante y sin decoro con uno de sus vasallos, le reprendió severamente semejante comportacion; y entre las muchas espresiones que empleó para significarle su desagrado, se cuentan las siguientes: *Debes saber, hijo mio, que el estado de un Rei en*

medio de tanto poder y opulencia no es mas que una esclavitud ilustre y noble. Espresion verdaderamente sabia; pues á un Rei, aunque se vea rodeado de sus vasallos, haciéndole acatamiento con tanta obediencia y respeto, ¿qué le importa todo esto, si es el mayor esclavo de ellos con tantas responsabilidades, con tantas fatigas y desvelos? Solo es grande y feliz cuando es justo y humano para gobernar á los hombres. La esperiencia justifica esta verdad; asi es, que cuanto mas llano y mas justo es un Monarca, mayor es su gloria y su poder, haciéndose admirable á todos, y conquistando sus corazones. ¿Qué es lo que ensalzó mas la gloria de aquel Julio César, el

primero que destruyó el gobierno de los senadores romanos? ¿Fueron acaso las victorias ganadas sobre los galos y los bretones, y despues á los mismos romanos que seguian á Pompeyo? Todo esto contribuyó mucho; mas no fue la causa principal de su engrandecimiento, pues lo que le dió mas lustre y prosperidad fue su clemencia y generosidad con todo el pueblo, mostrándose favorable hasta con aquellos mismos que sabia eran sus enemigos. Sus sucesores, como Augusto, Vespasiano, Tito, Marco Aurelio y Flavio, merecieron igual título de clementes. Don Rodrigo de Vivar, el valiente español llamado Cid, usó de la mas admirable generosidad con Pedro

de Aragon, despues de haberle batido y hecho prisionero, dejándole marchar sin rescate y sin apoderarse de ninguna de sus fortalezas, queriendo mas ganar á este Rei con beneficios, que quitarle la vida y grangearse el sobrenombre de cruel.

La historia que voi á referir, fue compuesta por un italiano llamado Nicoloso Baciadosie que se hallaba en Africa para traficar en la tierra de Oran, donde los genoveses y españoles hacian antiguamente mucho comercio, por ser un pais mui bueno, bien poblado, y donde los hombres, sin embargo de ser un pueblo bárbaro, estan bastante civilizados, pues usan de mucha consideracion con

los estrangeros, y parten generosamente sus bienes con los pobres, teniendo muchos hospitales donde reciben á los enfermos ó menesterosos, y los tratan con dulzura y benignidad. Con esta política y humanidad los franceses se complacen en escribir los sucesos de su tiempo, y forman memorias mui curiosas; lo cual fue causa de hallar esta historia registrando sus crónicas, que estan en caracteres arábigos, como la mayor parte de sus escritos, de la que el célebre Bándel, de cuyas obras yo la he estractado, confiesa haber sacado una copia de la que tomaron del original los comerciantes genoveses; y el motivo de haberla copiado con tanto interes aquel autor,

parece fue el de haber dado márgen esta historia á construirse una ciudad magnífica en aquella provincia, que en su lengua se llama Cesar Elcabir, que quiere decir gran palacio. No diré que esta historia sea de una particular importancia, pues nuestros reyes tienen frecuentemente acciones mas interesantes; pero puede tenerse como cosa rara y estraordinaria, si se mira á las personas y al pais donde jamas residió la atencion ni la urbanidad, y donde la naturaleza ha producido mas mónstruos que hombres dignos de elogio.

Este gran Rei, pues, llamado Mansor, era no solo señor temporal del pais de Orán y Marruecos, sino tambien (como se dice del

Preste Juan) Obispo en su lei y Preste mahometano: el mayor placer de este Príncipe era la caza; y de tal manera se distraia algunas veces en ella, que tenian que poner tiendas de campaña en medio de los desiertos para pasar la noche, y volver á repetir al amanecer la misma ocupacion; de manera, que ni la servidumbre ni las caballerías tenian un momento de reposo; mas en medio de esta estremada pasion no abandonaba sus deberes, pues la primera diligencia todos los dias era la de escuchar las quejas de sus vasallos, y administrarles justicia; en lo que tenia tanto placer, como en varias partes le tienen algunos magistrados en sacar provecho de la

autoridad que se les ha confiado, en lugar de dar á cada uno lo que de derecho le pertenece; y por esta corrupcion y codicia insaciable suelen ser mal servidos los Reyes, el pueblo sacrificado, y los malos vivir impunes y sin temor, porque no hai mancha, por grande que sea, que no se lave y se borre con la sagrada infusion con que Júpiter (segun fingen los poetas) corrompió á la hija de Acrisio encerrada en la torre. Hombres muchos hai que son justos; pero tampoco faltaron por desgracia otros que fueron venales, y se rindieron al imperio de un metal que no una vez sola tuvo subyugados bajo su dominio á muchos. Mas volvamos á nuestra historia, para no enojar

con digresiones al benigno lector, que debe sufrir inquietud cuando nos distraemos de nuestro intento. Este amable Rei pues, Mansor, se fue un dia hácia las lagunas inmediatas á la ciudad de Asela para tener mas libre el camino de las islas Molucas, que la mayor parte eran del Rei su señor; y estando persiguiendo un oso con el mayor teson, empezó á oscurecerse el dia, y se levantó una gran tempestad con tal viento y niebla, que la comitiva se estravió por un lado, y el Rei por otro, sin saber el camino que habia tomado ni á donde podria retirarse para guarecerse del huracan y de la lluvia furiosa que no se habia visto igual jamas. El Rei hubiera mui bien

querido ir tan bien acompañado como el troyano Eneas, cuando hallándose en igual situacion, se vió forzado á entrar en una gruta con su Reina Dido, donde concluyó los juegos de su desgraciado enlace: pero Mansor, sin compañía ni gruta, marchaba errante por aquellos desiertos, y no con poco temor de perder su vida entre tantas fieras como le rodeaban, sin saber cómo hallar á sus vasallos; y lo que mas le incomodaba, era, que estando solo y sin guia, aunque bien montado, no podia resolverse á pasar al otro lado por el justo temor de ahogarse: por un lado tenia rayos y centellas entre truenos espantosos, y relámpagos que contínuamente le ofuscaban la vista del

otro; ademas le aterraban el ahullido y bramidos de las fieras, y el horror que le infundia un camino que no conocia, ni era posible distinguir inundado por las aguas que corrian como rios, y le obligaban ya casi á nadar. No hai que dudar que en tal trance se acordaria de las oraciones y súplicas á su gran Profeta honrado en la Meca: se lamentaba de su triste situacion, acusando á la fortuna y mas aun á su locura de darse tanto á la caza para alejarse y verse en tierra estraña: algunas veces se irritaba y vomitaba mil improperios contra su servidumbre, amenazando á muerte á los de su guardia, aunque despues de serenarse y dando lugar á la razon, conocia

que el tiempo y no su comitiva era la causa de esta desgracia: llegó á creer que su Profeta era el qué le enviaba aquella tempestad tan furiosa por algun pecado, reduciéndole á un estado tan peligroso para hacerle arrepentir y corregir sus faltas: con este motivo elevaba sus ojos al Cielo y hacia mil gestos mahometanos; pero cuando mas fija tenia su vista en el Cielo, se la hacia bajar un relámpago horroroso; y aun se aumentó su terror, cuando vió por último llegar la noche, la que con la oscuridad de su manto le detuvo los pasos y el medio de seguir su camino, poniéndole en tal confusion, que hubiera dejado en aquel momento mui gustoso la afi-

cion á la caza y á la compañía de su servidumbre por salir del peligro en que se hallaba. Mas Dios, que cuida siempre de las almas rectas, aunque infectas del error, y que hace brillar el sol para todos, le suministró un medio de salvarse de esta manera. Estando, pues, el Rei africano en tan funesto trance y sin esperanza alguna, vió no mui lejos un poco de claridad que salia como de una ventana mui pequeña: se acerca algunos pasos lleno de temores, y advierte ser una especie de gruta ó cabaña en medio de aquel desierto pantanoso, que le causó el mayor placer, cual es de imaginar, particularmente de aquellos que se hayan visto en semejante conflicto; pues

habiendo sido asaltado por los vientos, la lluvia, el granizo, los relámpagos, los truenos y los rayos; rodeado de lagunas y torrentes impetuosos de los rios que atravesaban el camino, creyó haber hallado un paraiso con el dichoso encuentro de aquella cabaña infeliz: era el albergue de un pobre pescador que vivia y mantenia á su muger y á sus hijos de las anguilas que pescaba en aquellas grandes marejadas. Mansor, apenas llegó á la puerta de este magnífico palacio, cubierto de carrizos y de barro, llamó, y nadie respondió la primera vez á este Príncipe, que estaba haciendo la centinela en una pobre cabaña con mucha paciencia; hasta que viendo no acudian

á saber quien llamaba, repitió su aviso en alta voz; y entonces el pescador, pensando fuese alguna vivandera de aquellas á quienes vendia su pesca, ó algun estrangero que se hubiese estraviado, salió al momento de su choza, y viendo un personage bien montado y ricamente vestido (aunque le tuviera por su señor á tener alguna idea de su persona), se figuró que seria algun caballero de la corte; y por lo tanto, le dijo: ¿qué aventura, señor, os trae á este parage tan desierto y solitario? ¡me admiro de que no os hayais ahogado mil veces en los precipicios y abismos de estas lagunas! —Dios, respondió Mansor, es quien ha cuidado de mí, y no ha querido que pe-

rezca sin hacer mas bien que el que he hecho hasta aquí. —En efecto, parecia pronosticar lo que sucedió; pues se dirá que Dios envió espresamente aquella tempestad para bien del pescador y alivio de toda la comarca, y que el estravío del Rei fue cosa ya determinada por el Altísimo para hacer cegar aquellas lagunas y pantanos, y limpiar todo aquel pais de la inmundicia de que estaba inundado. Iguales accidentes han ocurrido á otros príncipes, como á Constantino cerca de la nueva Roma, cuando hizo cegar tambien ciertas lagunas para construir sobre ellas un templo hermoso y suntuoso en honor y memoria de la Vírgen bienaventurada, que dió

á luz la salud del mundo. Pero dime, buen hombre, le dice el Rei, ¿no serás tú capaz de enseñarme el camino de la corte y el parage donde el Rei se retira? Porque de buena gana, si fuese posible, iria yo allá. — En verdad, dice el pescador, que no es tan fácil ni tan breve; pues de aqui al palacio del Rei hai mas de diez leguas, y necesitais para llegar mas de un dia. — Pues mira, una vez que tú sabes el camino, repuso Mansor, hazme el favor de conducirme, y te aseguro que á mas de quedarte eternamente agradecido, te trataré de una manera singular que no te quede acaso que desear. — Señor, dice el pescador, ya veo yo que vos sois un hom-

bre de bien, y por lo tanto os suplico echeis pie á tierra y paseis aqui la noche, porque ya es tarde, y el camino de aqui á la ciudad no es bueno. —No, no, dijo el Rei: es preciso, si ser puede, que yo vaya adonde el Rei se retira, con que hazme el favor de servirme de guia; pues te haré ver que no soi ingrato con los que me sirven. — Si el rei Mansor, responde el pescador, estuviese aqui en persona y me hiciese igual proposicion que la vuestra, no seria yo tan temerario ni tan tonto que me resolviese á llevarle hasta su palacio sin arriesgarme mucho á estas horas. — ¿Por qué, repone el Rei? — ¡Cómo! ¿por qué decis? Porque las lagunas son tan peligrosas, que

aun de dia, no conociendo bien los caminos, no hai caballo, por fuegos que tenga, que no perezca en esos pantanos; y yo sentiria mucho, si el Rei estuviese aqui, que tuviese el menor trabajo, y el ser yo causa por la imprudencia de no evitarlo.

Mansor, que se complacia de oir este lenguage del buen pescador, y que queria saber la causa de esplicarse con tal interés por su Rei, le dijo: ¿Pues qué te importa la vida, la salud ni la conservacion de nuestro Monarca? ¿qué asuntos tienes tú con él para tomarte tanta pena de que se estravie ó perezca? — ¡Oh! dice el buen hombre: ¡si tengo interés por mi Príncipe! Yo le amo segu-

ramente cien veces mas que á mi muger, á mis hijos y á mí mismo: ¿pues qué no amais vos á nuestro Rei? — Sí, buen hombre, replicó el Rei; pero yo tengo mas motivo que tú, pues estoi frecuentemente en su compañía, y vivo del sueldo que me da; pero tú ¿por qué causa? Tú no le conoces, ni te ha hecho nunca ningun favor, ni puedes esperarlo. — ¡Cómo! dice el pescador: ¿debe acaso amarse mas al Soberano por los bienes que de su mano se reciben, que por su justicia y bondad? ¡Ah señor! ya veo yo que entre los cortesanos, los beneficios de los Reyes son mas estimados, y mas gratos los favores que los hacen, que la virtud y grandeza que á los demas nos los

hacen admirar; y que cuidais mas del dinero, de los honores y de los estados, que de la salud del Príncipe, á quien solo por el respeto de ser nuestro gefe y que Dios le ha hecho tal, para mantenernos en paz y ocuparse de nuestros asuntos y felicidad, debemos tributar cierto cariño, cual le tiene un hijo para un padre, interesándose tanto por su conservacion. Perdonadme si hablo en estos términos en vuestra presencia.

El Rei, que estaba disfrutando de un singular placer con esta filosofía rural, le respondió: nada hallo de malo en cuanto dices, sino el ser tus palabras hijas de la verdad. Pero dime: ¿qué beneficios has recibido tú del rei Man-

sor para amarle tanto? Porque yo no puedo pensar que jamas te haya hecho ningun bien ni favor viéndote en esta pobreza, cuando á todos los que favorece y ama los colma de beneficios, mostrándose con ellos tan familiar como benéfico. —Pero decidme, señor (replicó el buen hombre); pues que vos dais tanta importancia á los favores que los vasallos reciben de sus príncipes, como es debido, ¿qué mayor bien ni riqueza debo yo esperar ni puedo recibir de mi Rei, siendo el último de sus vasallos, que los beneficios que nos prodiga todos los dias en la justicia que hace administrar á cada uno, sin permitir que el rico ni el potentado aflijan al pobre por ha-

llarse desamparado de la fortuna? ¿No redunda en beneficio de todos el celo paternal que tiene para que aquellos, á quienes ha confiado el gobierno de sus provincias, no maltraten y arruinen á sus pueblos con tropelías y exacciones insoportables? Yo aprecio mas su bondad y clemencia, y el cariño con que trata á todos sus vasallos, que todas vuestras delicadezas y las comodidades que disfrutais siguiendo la corte: yo, repito, admiro y respeto á mi Rei, porque aun estando lejos de nosotros, nos hace sin embargo sentir su presencia, como la imágen de un Dios, en la paz y union que su sabiduría y humanidad nos proporcionan, haciendo que gocemos sin

ostáculos, peligros ni vejaciones de los bienes que la fortuna á cada uno distribuye. ¿Quién es sino ese buen Rei, el que nos preserva y defiende de las incursiones y pillage de esos ladrones y asesinos de la Arabia que hacen la guerra á todo el pais; y que no tienen amigo á quien no incomoden si no está siempre vigilante? Ese gran señor está en Constantinopla y se hace tambien adorar de los suyos; pero no tiene tan sujetos á los árabes como nuestro Rei, bajo cuya proteccion y salvaguardia, yo, que no soi mas que un pobre pescador, gozo de mi pobreza en paz y tranquilamente, sin temer á los ladrones; mantengo á mi familia, y me divierto en la pesca de anguilas

que tienen estas lagunas; las llevo á las ciudades inmediatas y las vendo para mantener á mi muger y á mis hijos: con esto me contemplo mui feliz, pues volviendo á mi cabaña rústica, soi contento aunque viva en un desierto y lejos de la sociedad de mis semejantes, por la vigilancia que tiene sobre mi bien estar ese buen Príncipe, porque no tengo quien me incomode ni estorbe en mis viages, ofendiéndome de ninguna manera: todo lo cual me obliga (dice levantando las manos y los ojos al cielo) á pedir á Dios y á su gran profeta Mahoma, que conserve la vida de nuestro Rei, dándole tanta felicidad y alegría como es de virtuoso y humano; y que sus ene-

migos, huyendo á su presencia, sean siempre vencidos y subyugados para que pueda conservar á su pueblo en paz, y criar á sus hijos con la felicidad y grandeza que merecen. — Mansor, viendo esta relacion tan afectuosa de este infeliz, y conociendo que estaba desnuda de toda hipocresía, se descubrió con placer; pero intentando hacerlo con oportunidad, le dijo: pues que tanto amas á tu Rei, no podrás ser indiferente á los de su casa, ni sufrirás tampoco violencia en hacerles un favor. — Y en ello, replicó el pescador, haré mas por el Rei que por los que le siguen solo por engrandecerse; y de consiguiente amándole tanto, podeis estar seguro de que todos sus cria-

dos pueden mandarme cuanto gusten; pues yo de buena voluntad los obedeceré: mas me parece no es regular que esteis de esa manera á la puerta rendido y mojado, y espero me dispensareis el honor de entrar en mi casa, que es vuestra, y descansar donde yo os pondré, no segun mereceis, sino como Dios y su Profeta permiten á mi pobreza; pues mañana os conduciré á la ciudad y hasta el mismo palacio de mi Rei. En verdad, respondió el Rei, que aun cuando la necesidad no me estrechase á ello, tus ofertas sinceras merecen mas aprecio que las de un potentado, y creo haber aprovechado mejor el tiempo oyéndote á tí que escuchando las palabras estudia-

das de los charlatanes que pasean la corte, y que no hacen mas que corromper los corazones de los príncipes. — ¡Cómo, señor!!! dice el pescador: ¿pensais que este humilde vestido y esta pobre choza no son capaces de seguir los preceptos de la virtud? Yo he oido decir algunas veces que los sabios de tiempos pasados, huyendo de las ciudades y de la sociedad de los hombres, se retiraban á los desiertos, para ocuparse allí de la contemplacion de las cosas celestes. —Mucho sabes, le dice Mansor: vamos, me quedaré; pues que quieres sea tu huesped esta noche. —Entra pues el Rei en aquel rústico alojamiento, donde en lugar de alfombras esquisitas de Tur-

quía, ve las redes y demas trebejos de un pescador, y de aquellos artesonados y ricos cielos rasos de los grandes señores, no ve mas que cañas y carrizos que sirven de techo á aquel infeliz albergue. La muger del pobre hombre estaba en la cocina mientras el Rei se servia á sí mismo de escudero y cuidaba su caballo, al que el pescador no se atrevia á llegar. De una cosa no careció y que le era casi la mas necesaria, y fue el fuego; pues tuvo leña con abundancia, asi como la pesca; pero el Rei que era bastante delicado, y que no gustaba mucho de semejante comida, le preguntó si podria proporcionarle un poco de carne, porque su estómago se indisponia so-

lo con el olor de las anguilas. — El pescador, que (como nuestros lectores habrán conocido por su conversacion) era mui natural y franco, se complacia tambien en hacer reir, y dijo al Rei: no me admiro ya de que los reyes se valgan de la gente del campo para hacer la guerra, en vista de la poca fuerza y estremada delicadeza de esos afeminados cortesanos. Nosotros, aunque la lluvia nos acometa de pies á cabeza todo el dia, y nos lave de arriba á bajo, y aunque el viento y el frio nos ataquen por todas partes, nada nos hace impresion, ni nos hace al caso el fuego ni la cama; de consiguiente, comemos lo primero que se nos presenta sin necesidad de salsa pa-

ra despertar el apetito, y vednos aqui sanos, robustos, sin enfermedades ni disgustos, al paso que los cortesanos y demas señores de las ciudades por la mas leve cosa sienten al momento aflicciones de estómago que dan pena y compasion. El Rei, que reia á carcajada tendida oyendo á su patron, le hubiera dado aun mas motivo de hablar si no le tuviese desazonado la necesidad de tomar algun alimento, porque era ya bastante tarde; y asi le dijo: vamos, yo te daré cuanto me pidas; pero me has de proporcionar lo que te he dicho, pues despues satisfaremos á lo demas. — Está mui bien, señor, respondió el pescador, pues no hai duda en que estómago ham-

briento no quiere chanzas. Tengo un cabrito que aun está al pecho de la madre, y voi á componeroslo, pues nunca puede emplearse mejor. — Esta cena, con la graciosa é interesante conversacion del pescador, fue mui divertida para el Rei, á quien por distraerle no dejaba apenas tomar la palabra, sin cesar de hablar con mucho tino en medio de su sencillez y de los términos propios de una cabaña, hasta que al fin de la cena dijo al Rei: esta cena, señor, no ha sido tan suntuosa como las que ordinariamente tienen los señores de la corte; pero me parece que habeis de dormir con tan buena gana como habeis cenado, sin ocuparos en discurrir ni cavilar en el

tiempo que ha durado. ¿Pero de qué sirve emplear en pláticas el tiempo destinado al descanso y á la nutricion, cuando no se hace mas que perderle y aproximarse mas al último dia, comiendo tantos manjares que debieran usarse solo para sustentarse y no para regalar un cuerpo débil y caduco y acelerarle la vida?—Es verdad, dice el Rei, tienes razon, y soi de opinion que dejemos la mesa y nos vayamos á pasar lo poco que resta de la noche en descansar; pues creo que lo haré con el mismo placer que he cenado; y te doi infinitas gracias por tus reflexiones y buenos consejos.—El Rei, pues, se acostó y no tardó en dormirse, pasando toda la no-

che hasta la mañana en un sueño mas dulce que el que jamas habia podido disfrutar tan tranquilo en su rica cama y palacio; y á la aurora hermosa y risueña que se goza en el campo, fue el pescador á dispertarle para conducirle á la corte.—La comitiva estaba llena de una justa inquietud, y no habia cesado en toda la noche de buscar al Rei á fin de evitar una desgracia, hasta que marchando con su pescador, oyó los gritos y fue á su encuentro: aqui fue la admiracion y sorpresa del honrado conductor del Rei, cuando vió el respeto y homenage que le tributaban tantos señores; mas el Soberano, advirtiendo su sorpresa, le dijo: mi amigo, aqui tienes á ese Mansor de

quien ayer hacias tanto elogio, y á quien tanto dices que amas: ya puedes decir que has abrigado en tu choza al que no tardará mucho tiempo en corresponder á tu hospitalidad y cariño, de tal suerte, que jamas se borrará de la memoria de los hombres. —El buen pescador se habia ya puesto de rodillas para suplicar al Rei le perdonase el poco obsequio que le habia hecho, y la franqueza y libertad con que le habia hablado; pero Mansor, haciéndole levantar y marcharse, al despedirle le dijo: á Dios, pescador virtuoso, el Profeta te acompañe; y en pocos dias tendrás noticia de mí. —El Rei mandó construir casas grandes y hospederías magníficas sobre es-

tos pantanos, para retirarse alli cuando fuese á caza, y en seguida se fue formando una hermosa ciudad, despues de haber mandado terraplenar todas aquellas lagunas, lo que se hizo ejecutar al momento; y haciendo cercar todo el circuito de buenas murallas y profundos fosos, concedió el generoso Mansor inmunidades y privilegios á los que quisiesen retirarse á aquella ciudad para poblarla, lo que fue causa de venir á ser en poco tiempo una hermosa y rica poblacion, que es la que hemos llamado antiguamente César-Elcabir, es decir, palacio magno; y estando ya concluida esta obra maestra, mandó llamar Mansor á su pescador, y le dijo: Para que en ade-

lante puedas recibir á tus Reyes como deseas, te doi en propiedad para tí, para tus hijos y descendientes esta ciudad que he mandado levantar sobre los pantanos que rodeaban tu choza, sin mas retribucion ni carga que el reconocimiento, para que conozcas el mio, y sepas que tu rei Mansor no es de los que premian tanto la adulacion como la sinceridad y las virtudes. —El buen hombre viendo tan bella accion, digno presente de un Rei tan magnánimo, se arrojó á sus pies, y besándolos le dijo: Señor, si vuestra singular generosidad no cubriese la imperfeccion de mi mérito, y no supliese lo que falta en mí, me veria precisado á renunciar el alto ho-

nor y beneficio que vuestra innata y real piedad me dispensa, y para la que, por no estar acostumbrado, me conceptuo poco idóneo; pero pues que los beneficios de Dios y las gracias de los Reyes jamas deben ser despreciados, admito y obedezco, dándoos gracias con los puros sentimientos que abriga mi sincero corazon, segun lo exige la clemencia de vuestra Real Magestad, y os juro ser mientras viva esclavo de vuestra voluntad y de la de toda vuestra Real Familia.—El Rei, oyéndole hablar con tal cordura, le levantó, le abrazó y le dijo: ojalá que todos los que gobiernan mis provincias tuviesen un corazon tan puro como yo veo el tuyo, pues entonces los

pueblos vivieran con mas comodidad y contento, y yo con menos cargos de conciencia que los que tengo por no corresponder á mi confianza los vasallos que postergan el público interes. Gobierna, pues, tu pueblo; ahí le tienes; hazle observar las leyes, y procura aumentar su poblacion y hermosura en honor tuyo y satisfaccion mia; pues desde este momento eres su dueño en propiedad perpétua, siguiendo tu familia el órden de sucesion.—En verdad que no era de despreciar el presente; pues llegó á ser una de las mejores ciudades de Africa, y era tierra de negros, como los llamaban los españoles por la proximidad tambien á la isla de este nom-

bre. Era esta hermosa ciudad de César-Elcabir mui abudante de huertas y jardines, y en sus mercados se hacia mucho comercio de especería que llevaban de las Molucas, islas de la India.

El rei Mansor, pues, hizo ver con esta accion la fuerza de un corazon noble, que no puede sufrir que otro le aventaje en generosidad, y menos que un olvido ó indiferencia de los beneficios recibidos le haga acreedor al título de ingrato. El rei Darío, apenas recibió la dignidad real, recompensó á Silo el pequeño obsequio de unos arreos para su caballo, haciéndole señor soberano de la isla y ciudad de Samos. Pero ¿qué virtud mayor puede honrar mas el nom-

bre de un hombre elevado que la de reconocer á aquellos que por su humildad y natural vergüenza no se atreven á contemplar su grandeza? Dios mira algunas veces con mas placer los presentes de un pobre, que todas las gracias y riquezas que le presenta un poderoso. Asi, pues, un beneficio, de cualquiera mano que sea, no puede menos de producir el fruto de la liberalidad en el que recibe, si quiere no ser mirado como ingrato, y gozar en su corazon de la satisfaccion de hacer bien, y de corresponder á quien se lo hace.

Mui laudable es la accion de aquel que con un beneficio obliga al reconocimiento del favorecido; pero cuando un poderoso cree que

todos sus inferiores tienen obligacion de prestarle toda clase de servicios, no tiene lugar el elogio que sus gracias hubieran de otra manera merecido; porque los actos voluntarios y los presentes ó demostraciones de respeto, generosidad y cariño, aunque fueren de un esclavo á su soberano, deben ser siempre, si no recompensados, agradecidos. — Ofrecemos, pues, á la alta nobleza esta historia del rei bárbaro Mansor, para que procuren imitarle, obrando siempre con dulzura, cariño y generosidad con toda clase de personas para merecer los títulos y honores que gozan, y el mayor, que vale mas que todos, cual es la estimacion y buen concepto en la sociedad; y

dando fin á esta historia, volveremos á tomar las trágicas, que habiamos suspendido para dar un desahogo al espíritu afligido con los horrorosos casos y crueldades de las anteriores.

HISTORIA TRÁGICA 9.ª

LAS

VÍCTIMAS DE BELONA,

Ó

LA MUERTE GLORIOSA

DEL PRÍNCIPE

PONIATOWSKI.


UNIVERSIDAD
SEVILLA



¡Ciencia funesta! Ciencia infernal! Cuando cesaras de ejercer tu horrorosa tactica?

Todo el elogio de un héroe está encerrado en su nombre.

Ya el buril, el pincel y los cien clarines de la fama han publicado en toda la Europa que el príncipe José Poniatowski, nuevo Horacio Coclés, aunque menos feliz, eligió un sepulcro glorioso en el rio Elster en la batalla de Leipsig, y que por una adhesion heróica pre-

firió una muerte ilustre á una vida vergonzosa: ya, digo, la Polonia toda, engreida de ser la cuna de este héroe, le ha erigido estátuas, y los mas hábiles artistas acaban de reproducir en Varsovia en un mármol casi animado las facciones de un guerrero que el mundo admira.... ¡Mas ah, tributos, homenages impotentes! vosotros, frágiles laureles, no sois aun dignos, con todo vuestro brillo, de ceñir la frente augusta que coronais, y ni el mármol ni el bronce serán monumentos bastante durables á la gloria de Poniatowski. Para elogiar á un Ajax seria necesario un Homero. La lira de un singular genio poético fuera la que pudiera celebrar en acordes belicosos aque-

lla triple batalla en que el bronce de veinte pueblos coligados alcanzó apenas el triunfo sobre una nacion invencible; en que unas masas de infantería cosmopolita, herizadas de hierro, é inflamadas de pólvora, hicieron por espacio de tres meses inútiles esfuerzos para arrancar á viva fuerza la victoria á un ejército que puede ser hubiera triunfado aun, si de su mismo seno no hubiesen salido enemigos que le vendiesen.... Fosos inmensos abiertos bajo los muros de Leipsig, lúgubre magestad de aquellos innumerables sepulcros, inspiradme en mis narraciones, y decidme cómo se puede hablar dignamente de la muerte gloriosa de cien mil héroes!!!

No es mi ánimo trazar, como historiador militar, ni como escritor político; todos los horrores de este cuadro sangriento: no; lo haré solo como filósofo observador, como pintor filantrópico; trataré únicamente de hacer un bosquejo imperfecto, y de seguir en las famosas acciones del 17, 18 y 19 de octubre de 1813 el carro ensangrentado de Marte, repartiendo la muerte en un espacio de diez leguas, sin que sean bastantes á contener sus horrorosas destrucciones los ostáculos de la noche....

La batalla de Berlin, en la que el humo de la artillería francesa cubria ya los campanarios de esta capital, se habia perdido, y concentrados despues todos los cuer-

pos bajo Leipsig, formaban un vasto círculo de batallones impenetrables. Este fue el teatro que toda la liga eligió para decidir de los destinos de la Europa. A pesar de un tiempo nebuloso y algunas veces lluvioso; á pesar del viento frio de las noches, el fuego del vapor circuló al momento en todos los corazones franceses, y el primer cañonazo fue para aquellas inmortales falanges de la antigua Galia una conmocion eléctrica de gloria que los hizo abrasar á todos por el amor de vencer. Aqui es, sobre yerba mil veces hollada por los caballos, donde los valientes y fogosos escuadrones, al oir el mortal clarin, rompen con la mayor intrepidez murallas de rusos,

de suecos, de prusianos y de ingleses: la victoria es ganada por un punto, y al momento es perdida por otro: los escuadrones franceses, vencedores del primer encuentro con el enemigo, son despues víctimas de un ardid de guerra, y hallan la muerte sobre un volcan de artillería que aquellos habian emboscado. La caballería ligera, semejante á la hoz rápida que en manos del labrador hace caer los tesoros de Céres, cubre aquel terreno de cadáveres; y el cúmulo de muertos y de moribundos forma por sí solo una muralla favorable á las legiones fugitivas. En este huracan espantoso, en medio de estos estruendos del trueno artificial, cae sin cesar una lluvia

de sangre, y tiñe los surcos de púrpura: miembros humanos envueltos en el fango descansan ya confundidos con los miembros de animales inmundos: la cabeza de un toro, que no hace nada era el espanto de los valles, el orgullo de los rebaños de los lugares inmediatos, y el de una tierna becerra, se confunden horriblemente con el cuerpo ensangrentado de un artillero muerto junto á su cañon. ¡Reunion horrorosa!.... Los caballos que tiraban de esta pieza, muertos por las balas, han mezclado la espuma de su sangre con la sangre de los artilleros. En este monton de carnes muertas y enlodadas estan clavados los dientes de un caballo en la cara de un

cádáver, y uno y otro boca con boca en una lenta agonía se han comunicado las últimas angustias de su muerte.... Espectáculo asqueroso y horrible, tú podrás existir, pero no podrás jamas ser sino débilmente descrito.

Mas pasemos de los episodios á los grandes objetos que se presentan por todos los horizontes desde aquel punto de centro: treinta pueblos ardiendo por todas partes ofrecen un espectáculo de los mas horrorosos: las llamas culebreando por los aires enfurecidos, el ruido de los campanarios que se desploman, producen de cuando en cuando un furioso estruendo sordo que forma una base sombría y espantosa en esta horrible armo-

nía : millares de palomas inocentes huyen á todo vuelo de sus palomares, mientras que una nube de cuervos que han acudido de los contornos septentrionales al olor de tanta carnicería, celebran ya con su paso aciago, dando vueltas y revueltas, las locuras de los hombres que van á suministrarles con sus mismos cuerpos un abundante pasto.... Pero todos los sentimientos humanos deben ceder aqui el paso á los intereses delicados de la gloria y del honor. «Ese pueblo oculta una batería,» dice este General de artillería : al momento veinte obuses, mensageros furibundos de la muerte, le reducen á cenizas. Este hermoso palacio, obra de diez siglos, puede encu-

brir tiradores peligrosos, y el fuego debe al instante demolerle. Belona no se para en dificultades ni perjuicios nunca en su ciego furor; sin embargo de que el caballero del palacio, con su esposa desconsolada, madre de dos jóvenes hermosas, sorprendidos todos y cercados por el fuego y las rúinas, van á sufrir una muerte cierta.... Es preciso vencer, y no importa á qué precio; y cuando el historiador hable de la gloria de las armas de una nacion, no se dignará ni aun de informarse si ha sido derramada la sangre de tantas víctimas inocentes.... Asi, mientras que los palacios, las casas de recreo y pueblos enteros son pasto de las llamas; mientras que los ganados

y todos los animales consumidos en los establos y en las granjas ofrecen la triste imágen de la destruccion general; mientras que los artesanos y labradores, particularmente los ancianos caducos, salen arrastrando sobre sus muletas; y mientras que las mugeres desmelenadas se precipitan entre los escuadrones enfurecidos, y hallan la muerte al momento en la metralla que vomita el cañon, los Príncipes, los Mariscales, los Generales, siempre serenos y frios en medio de este vasto incendio, decretan la muerte con faz serena é imperturbable, y con el mapa en la mano saben á punto fijo por el arte de una ciencia topográfica, en qué terreno se puede mejor des-

trozar al enemigo.... ¡Ciencia funesta, ciencia infernal! ¿cuándo cesarás de ejercer tu horrorosa táctica?... Mas las sombras de la primera noche de esta sangrienta batalla apagan ya insensiblemente la luz del dia; el hombre las ve descender con un secreto disgusto; no se podrán distinguir sus víctimas en la oscuridad, y será forzoso esperar la aurora para entregarse á nuevos estragos: el arma blanca debe estar ociosa, y solo el fuego de la artillería será el que se use para destruirse mútuamente. Por todas partes se ven como erupciones de llamas volcánicas: es la luz del cañon que dispara sobre las columnas, cuyo movimiento se ha descubierto por me-

dio de las ollas de campaña; y los ecos de una cordillera de montañas en anfiteatro detras de los ejércitos, haciendo conocer á las ciudades lejanas que se estan degollando á distancia de veinte leguas, las ponen en la mas viva inquietud sobre el suceso de la accion. Mas durante esta misma primera noche, mientras los heridos llegan en masa á Leipsig á pie, en carros, furgones ó parihuelas; mientras que los habitantes, consternados, habiendo recibido la órden de iluminar sus calles y ventanas, abren las puertas al valor desgraciado; mientras que las mugeres se apresuran á llevar paquetes de hilas á los hospitales, en que frecuentemente se hacen

á un tiempo veinte amputaciones en una magnífica sala, que la víspera habia sido de baile; y mientras que en fin, los cohetes á la Congreve revolotean sobre los tejados de las casas, han sido tomadas todas las disposiciones para que el segundo acto del sangriento dramà sea igual en horrores á los del primero. Apenas la aurora alumbra un poco el campo de batalla, cuando todas las máquinas homicidas están ya en movimiento, renovadas las municiones, y la sangre, apenas fria en las lanzas, va á mezclarse á nueva sangre: la fatiga de las guardias, las privaciones del hambre, nada es capaz de suspender el furor de los ejércitos, que para ba-

tirse con denuedo unos y otros nò necesitan mas que sus fuerzas morales. Fórmanse las secciones, la caballería se pone en línea, se distribuyen cartuchos, el soldado los toma tambien de la cartuchera de su camarada muerto en la víspera, y cuyo cadáver durante la noche le ha servido de almohada: se prepara; límpiase los sesos que han saltado sobre su rostro; cambia sus armas por las mejores, y sin pensar en el peligro, no se ocupa mas que de la gloria de su regimiento. Mas durante esta distribucion de cartuchos, viene á caer un cohete fatal sobre los furgones abiertos de las municiones: salta todo en una horrible esplosion: hombres, caballos, cañones,

todo es dispersado en átomos; y los mismos efectos y cuerpos mutilados van aun á llevar la muerte á las filas de una reserva que esperaba con las armas en la mano el honor de participar pronto de la batalla. Pero estas pérdidas, estos estragos en detalle no son mas que episodios insignificantes de la guerra; y asi como en una banca los príncipes y potentados aventuran á veces todo el valor de una importante propiedad, y no se hace mérito de otros puntos insignificantes que arriesgan oscuramente algunas monedas de oro; lo mismo veinte ó treinta furgones volados y cien artilleros hechos pedazos no impedirán la trágica representacion de la pieza, y por un ma-

quinista de menos entran mil á reemplazarle. Dejemos ahora á estos desgraciados artilleros, ciegos, cojos, mancos, desfigurados como los Gedipos sin sus Antígonos, que adivinen el camino del hospital que debe ser su sepulcro, y volvamos á las grandes masas movibles, que semejantes á Vesubios ambulantes no se detienen mas que para lanzar metódicamente su fuego.

¿Qué hacia el gefe en medio de esta carnicería?.... Luchaba en vano contra el destino, cuya mano de hierro pesaba por todas partes sobre sus valientes divisiones. Queria hacer frente á todos los peligros, conociendo, aunque tarde, que habia vuelto ya á treinta leguas de alli por naciones enteras: no

era pues, sino por coger laureles inútiles, el prodigar la sangre de sus soldados!!!.... no era sino por hacer admirar con esfuerzos impotentes que la infantería marina se burlaba en Leipsig de los peligros, como habia despreciado muchas veces los abismos del mar!!!.... De todos modos, estan en el segundo dia de la batalla, y la carnicería no cesa: lobos espantosos penetran en pleno dia en la ciudad huyendo: ruedan por los tejados de las casas las balas, el cañon se acerca, y las divisiones francesas rechazadas amenazan tomar la ciudad por único refugio. En peligro tan inminente el Rei de Sajonia y la jóven Princesa dejan sus palacios, y se refugian en la plaza, en una ca-

sa guardada por dos batallones sajones; por consecuencia, no es ya una batalla lejana cuya distancia permite siempre un campo libre á las congeturas felices ó desgraciadas: la sangre correrá ya en las plazas públicas y en las casas: los hospitales, las iglesias y los palacios no serán sino cloacas infestadas de miembros mutilados, de cadáveres y de escrementos.... Los rincones de las mojoneras son el último asilo de un herido, que muerto de hambre engulle en su estómago la yerba enlodada, y muere sobre el barro que le ha servido de cama. A pesar de todos estos males reunidos, se da la orden (y la historia recogerá sin duda este suceso) á todo amputado de un miem-

bro solamente para salir de la plaza: por lo que solo los que hayan tenido dos brazos ó dos piernas cortadas, han adquirido el derecho funesto de permanecer en aquella mansion de horror!!!....

El terror, el interes de las grandes sensaciones, el espanto y la admiracion son inspirados sobre tantos puntos, que el observador, el filósofo no saben donde fijar su pensamiento en estos grandes espectáculos del alma; por todos goza de los dolorosos espeluzos del terror; y en cierto modo se muestra arrogante de estar aun vivo en medio de tantas ruinas, tal como una roca inaccesible á la impetuosidad de las olas y de los vientos: desentendiéndose de aquel conjun-

to despreciable de ideas vulgares, se eleva su imaginacion á las escenas magestuosas de la muerte, sin dejar de lamentarse de la causa terrible que las motiva. Asi pues, ¿qué importa que una familia anegada en lágrimas haga llegar sus gritos á la casa inmediata; que tiernas vírgenes sean profanadas brutalmente por el hombre inmoral; que aquel niño sea degollado en su cuna.... que la cabeza cana de aquel anciano venerable sea dividida en dos partes de un hachazo, y que el seno de esta jóven esposa tendida en su lecho tenga aun atravesada la espada con que fue herida?.... Todos estos objetos, considerados asi particularmente, son en efecto bien terribles y es-

pantosos; mas para el historiador no son mas que circunstancias accesorias que deben indicarse solamente, lejos del plan principal de la escena.

Aunque en bosquejo, creo haber ya dado al lector, que nunca haya visto semejantes espectáculos, una idea bastante estensa de una batalla decisiva: el pintar ahora las particularidades todas que se multiplicaban á cada paso, como heridos gritando, heridos abandonados, otros muertos á coces por los caballos, ó aplastados por los cañones pasándoles por encima las cureñas.... el cuadro interesante de aquel General, conducido por ocho granaderos de la guardia sobre unas ramas de árboles cubiertas de

verdes hojas que parecen una confusa reunion de laureles.... mandando este mismo General á sus generosos soldados, que vuelvan al campo del honor, mientras él lucha con la muerte que espera al ver la profundidad de sus heridas.... Todos estos lances no podrian menos de conmover fuertemente el sensible corazon de mis lectores: ¡mas ah, qué diferencia no hai aun de cuanto se puede decir á la realidad! Solo despues de haber participado del peligro en la accion pueden conocerse y penetrarse todos los horrores que alli pasan; pues de otra manera no hai pluma que pueda describirlos. Me acordaré toda mi vida de aquellas lágrimas gloriosas y heróicas de un

coronel jóven de húsares, que (á pesar de hallarse con un muslo colgando del arzon de la silla, con una pierna de menos, que le habia arrebatado una bala de cañon, y no advirtiendo en él mas que una masa informe de fragmentos de huesos hechos astillas, pedazos de carne como yesca y con una pérdida horrorosa de sangre) no se lamentaba ni afligia de su desgracia y horroroso estado, sino de la pérdida de su regimiento degollado en mas de dos terceras partes, buscando en las calles y en las plazas el resto de sus valientes soldados para vengar, herido segun se hallaba, la muerte de sus compañeros de gloria.

Alli se ve una escena de grandeza de alma; aqui un rasgo de bar-

barie y la vergüenza de las naciones civilizadas. Los oficiales enfermos y heridos son echados de sus alojamientos sin humanidad ni pudor por los amos ó por sus lacayos, que cometen la infamia de violar con ultrages y por medios humillantes el carácter sagrado de un militar herido, al paso que en otra casa inmediata se prodigan por unas jóvenes humanas sus cuidados hospitalarios á unos granaderos de la guardia vieja. El pincel mas diestro no acertaria á describir tantas monstruosidades: el hombre sensible enmudece con sensaciones tan dolorosas y tiernas: la beneficencia se ofrece á el lado de la crueldad de los calmucos de la Siberia, ó de los robinto-

nes de la América meridional, y el escritor se ve forzado á estampar á cada instante sus opiniones; por lo demas, todos estos acontecimientos no son (si puedo esplicarme asi) mas que unas pequeñas ayudas de parroquia de la metrópoli: las grandes masas siguen obrando siempre, y si un número de barcos ligeros se han sumergido ya en este naufragio, el navio de Belona no por eso deja de marchar á toda vela sobre un mar de sangre, á pesar de las desgracias y de las tempestades. Sin embargo, el navio frances, siguiendo esta metáfora, se veia forzado á evitar el combate en adelante, habiendo vuelto el enemigo, y avanzado su ejército al desfiladero de las Salinas, ocu-

pado por el príncipe Bernardote; y no obstante este peligro, sesenta mil bávaros á caballo sobre el camino de Hanau á Francfort cortaban enteramente la retirada del Rhin. Ya no se puede tratar mas que de realizarla, y no cesar de vencer algun tiempo para aprovechar despues una ocasion favorable. Se acerca este momento terrible en que la esplosion de un puente colocado sobre el Elster, cerca de los baluartes de Leipsig, fue la señal del horroroso sacrificio de cuarenta mil hombres, que como los trescientos esparciatas de Leonídas en el desfiladero de las Termópilas, fueron inmolados á la conservacion del resto del ejército. Vosotros, valientes y generosos polacos, es-

tuvisteis alli siempre en el puesto mas peligroso, vosotros formabais la vanguardia en los sucesos, y la retaguardia en los reveses. Veo relucir aun vuestras lanzas á los rayos pasageros de un sol nebuloso; admiro aun vuestro aire marcial, franceses por el valor, polacos por la fidelidad. Veo á vuestro joven y generoso príncipe, el ilustre Poniatowski, cuya sombra augusta inmortalizará las orillas del Elster. En la edad de las tiernas pasiones no ha conocido sino la del honor y de la gloria, y á pesar de las lágrimas de una esposa y las caricias de un hijo, se ha separado de sus brazos, para ir volando á donde le llamaba su deber. A la cabeza de sus escuadrones ¡qué bello estaba con

aquel brillante uniforme de coronel general! No es su lujo ni sus decoraciones de ricas pedrerías lo que á mí me llama la atencion, sino su graciosa fisonomía, al mismo tiempo imponente, que contradice los sentimientos de viva inquietud de que es agitado. Los cuerpos de ejército que apoyaban su derecha y su izquierda sobre los flancos de sus escuadrones, parecian solo gloriosas víctimas, cuyo sacrificio era necesario para asegurar la salud del ejército: però mientras nuestro héroe opone sobre los baluartes de Leipsig una frente serena é impasible á las bombas, á los obuses y á las balas que diezman sus regimientos, el puente (de triste y mortal memoria) se ve encumbra-

do de equipages, ruedas quebradas, y caballos rendidos: alli caen los obuses, los cadáveres; los moribundos se multiplican, y á las dos de la tarde en el dia fatal del 19, no es sino pasando por encima de cuerpos humanos y efectos innumerables, como se logra abrir camino en aquel terrible paso por entre caballos destrozados y soldados heridos con los brazos alzados, queriendo aun levantarse en medio del horroroso estruendo de la artillería que descarga sin cesar sobre los cadáveres desnudos, mui felices de no tener mas que una vida que perder para ser insensibles á estos nuevos ataques de la muerte.

Los contornos son igualmente

espantosos: las casas se desquician, y sepultan bajo sus ruinas las columnas que por allí quieren abrirse paso: el rio se halla encumbrado ya de fragmentos de toda especie, presagio funesto de una ruina total: las descargas de fusil salen ya de todos los cuarteles adyacentes ocupados por los suecos: las tesorerías son saqueadas, las arcas forzadas con las hachas, y el oro derramado por el barro es bien pronto abandonado por hombres, que de todas partes ven una muerte cierta. A la artillería volante del enemigo se junta el fuego de la de posicion y la de las murallas: las bombas caen á plomo sobre masas de hombres y causan un estrago horrible; otras

caen sobre pilas de muertos, y esparcen por aquel campo sus cabezas y sus cuerpos hechos pedazos.... En fin, este puente minado, este puente atravesado de combustibles y rodeado de barriles de pólvora, salta, lanzando al aire las entrañas de innumerables infelices; cabezas mui bien cortadas por los efectos singulares de la pólvora, ruedas, cajones, cascos, chacós, piedras enormes, cuerpos de cadáveres, caballos enteros que despues de haber figurado en el aire al tráves de un humo espeso inflamado como una erupcion del Etna, vuelven á caer simultáneamente en el sepulcro comun; quiero decir, en las aguas del Elster que debian tragarlos.

¡Pluguiese á Dios que este horroroso desastre, justificado algunas veces por las circunstancias de la guerra, hubiera sido el último en este dia!!!.... Mas convencido el enemigo al momento por la destruccion del puente, que no tenia medio alguno de salvarse ya el cuerpo de reserva y de retaguardia, de que hacia parte el ilustre Poniatowski, cayó con la mayor impetuosidad sobre ellos por todas las avenidas practicables, no dejando á los vencidos otra alternativa que la muerte ó el paso á nado de un rio encajonado y guarnecido en sus orillas de una muralla de piedra, que hacia imposible el acceso á los hombres, y sobre todo á los caballos: precipitaronse

en él aquellos que habian quedado libres del hierro y del fuego de los rusos, de las lanzas de los cosacos, y de las carabinas de los tiradores suecos: allí fue donde se sumergieron, todos armados, como lo hicieron muchos héroes romanos en el Tiber; y coraceros, dragones, infantes y granaderos prefirieron este género de fuga con tanto riesgo, á una muerte humillante. Este rio, pues, se cubrió en pocos minutos de cuerpos medio ahogados, de cabezas sueltas, de hombres cuya vista espantada por el aspecto de la muerte que les atacaba de tantos modos, producia sobre la superficie de las aguas un efecto espantoso.... Los unos, poco cuerdos en su ciega

desesperacion, habiéndose echado al agua, cargados todos del peso de sus armas y de sus corazas, cesaron bien pronto de ser actores sobre aquel teatro de sangre y de agua, y estas mismas armas que tantas veces habian hecho su gloria, causan en esta su pérdida. Vendrá un dia en que el rio, seco por las vicisitudes de los tiempos, ofrecerá á la posteridad estos esqueletos de tantos guerreros valientes de las batallas del siglo diez y nueve, y sus armas é insignias harán ver que son de aquellos franceses que vencieron á la Europa entera por espacio de veinte años.

¿Veis aun aquel cazador codicioso que en este dia de estermi-

nio se entrega ciegamente á su pasion favorita, el interes?.... Con un barril de oro sobre sus espaldas se arroja lleno de confianza á las aguas del Elster.... y el imprudente pretende nadar con el peso de aquel objeto que cree aun ha de ser en Francia el de su fortuna. En efecto, llega milagrosamente á la otra orilla luchando con las olas; y en este momento mismo en que ya se cree libre, muere de un balazo, y se sumerge con su tesoro fatal. Mas no es este espectáculo solo el que se ofrece á la vista y aflige á la humanidad. Esta desgraciada cantinera, con dos niños en los brazos, no cesa de correr confiada en que la salvará su caballo; pero bien

pronto se confunde con los demas desventurados, y lo que se deja ver al traves de la espuma de las olas agitadas por la multitud de caballos, son las manos de aquellos angelitos que articulan las últimas espresiones del delirio del asfixiado....

No tenemos aquí necesidad de la mágia en nuestros encantos y prodigios; mas sin embargo, hai ocasiones en que lo verdadero, bajo la relacion de tantos horrores, cesa frecuentemente de ser verosimil en el tercer acto de este drama sangriento: á mas de que el espectáculo de vanos prestigios de nada serviria, cuando la historia nos ofrece aquí un rasgo tan heróico como el de Poniatowski.

«La victoria, dice, es ya imposible: el desorden llegó al colmo; pero todos los caminos conducen á la gloria, y yo vuelo á ella por este de una muerte cierta....» Asi, en esta abnegacion tan magnánima de sí mismo lanza su fogoso caballo al rio, con aquella calma imperturbable, patrimonio de los héroes. Sin embargo, no ha podido ver sin enternecerse á su amigo, su mejor amigo, muerto á sus pies de un balazo que ha hecho saltar la sangre á su frente; aun se acuerda de él en su veloz carrera, y envidia secretamente su suerte.... ¡Ah! no tardará en seguirle.... porque en vano el soberbio caballo hace esfuerzos prodigiosos para salvar aquella muralla escarpada de la

otra orilla: ¡tentativas inútiles! Poniatowski, el desgraciado Poniatowski se ha cubierto de gloria, es cierto.... mas tambien ha sido cubierto por las sombras de la muerte: el frio ha embotado sus sentidos, la confusion ha perjudicado á su existencia, y solo allá despues de tres dias logran hallar su cuerpo con las Náyades del Elster que se glorian en secreto de ser las depositarias de un Príncipe valiente, digno de la inmortalidad!!!....

Las exequias sin duda fueron dignas de este ilustre personage: su patria le ha hecho los honores que merecian sus cenizas; pero ¿nuestros ojos se han enjugado, han sido cicatrizados nuestros co-

razones de la herida tan profunda que nos hace sufrir una pérdida tan grande?.... No; aun corre la sangre; y todo hombre justo, que aprecie el valor y la gloria, no ha puesto sus ojos sobre el grabado que representa el fin lastimoso de este Príncipe, sin enternecerse. ¿Que será, pues, cuando el viagero vaya á las orillas del Elster á fijar su melancólico pensamiento sobre el mismo parage donde pereció el desgraciado príncipe Poniatowski?.... Aun despues de trascurrido un siglo, no podrá contener el torrente de sus ojos, mirando su muerte como una desgracia presente. «Aquí es, dirá con el corazon oprimido, donde ha perecido el héroe mas brillante de una

nacion belicosa que la inmortaliza y da tanto honor.» Desde allí pasando á los campos de Lepsig, oirá al labrador en qué parages fueron hechos los grandes fosos que ocultan tantos huesos y cadáveres; pero los habitantes de Leipsig conduciéndole sobre las murallas, «Aquí es, le contestarán, en estos inmensos fosos, que diez mil operarios no hubieran podido abrir en dos años de trabajo, donde nuestros antepasados precipitaron las innumerables víctimas de Belona: hombres, caballos, armas, escombros y todas estas ruinas han servido á realizar un plan que no se habia podido efectuar por falta de medios en su ejecucion, y la muerte ha suministrado los materiales.—

Habiendo considerado que hubiera sido imposible dar sepultura á tantos objetos corrompidos sin correr el riesgo de la peste, y conviniendo en que era preciso destinar un campo dilatado y abrir una concavidad enorme, fue elegido el grande espacio que separaba en este sitio dos grandes montañas; y despues de haber nivelado el terreno con cadáveres y una capa de tierra, pisamos ahora las cenizas de nuestros vencedores y nuestros aliados.»

¡Sombras ensangrentadas, sombras ilustres, calmad vuestra desesperacion! vuestros clamores resuenan aun, y han sido recogidos en el seno de vuestra patria: donde vosotros y el héroe Ponia-

towski teneis un altar en cada uno de los corazones verdaderamente franceses, y en el de todo mortal de alma sensible.

FIN DEL TOMO IV.







GALERIA
FUNEBRE

3 - 4


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm